



TRISTAN MAROF

RELATOS PROHIBIDOS

Escrito el año 1976

*

Portada, ilustraciones: Juan Ortega Leyton

Editor © Rolando Diez de Medina, 2007
La Paz - Bolivia

INDICE

Página Nahui Olín
El Ateo y la Monjita
Diego Primavera, pintor otoñal
Rosalía
Biografía de un oriental: Don Daniel
Federico
Netchaew, el revolucionario de las gafas negras
Mister Taylor
Destierro y Fuga.
El viejo soldado.
El tuerto Solares de Sucre.
El "Divo" y la tontería de las mujeres.
Carlos Salazar y Martínez

PREAMBULO

Estos relatos son fragmentarios, por la índole de su género y el lugar donde se han escrito.. Sobre cada uno de ellos, podía escribirse una novela. Todos tienen vida y pasión y sucedieron a través de la latitud de la tierra en diferentes tiempos. Algunos datan de cuarenta años atrás y habrían quedado inéditos para siempre, si la mano de un editor amigo, no los saca a luz. Fueron escritos entre el temor y la duda, porque nadie sabe, si es posible mantener la sensibilidad a través de las tormentas del alma, siempre variable, porque le seduce el color, el matiz y la misma vida tan cambiante como el mar.

El lector no tiene por qué leerlos si no son de su agrado. En realidad son confesiones de instantes que se vivió plenamente y sin prejuicios. Confidencias más que historias. Relatos de intenso dolor y algunas veces de angustia. Los personajes de carne y hueso, y con toda su sangre. Algunos ya han muerto. Otros siguen caracoleando en la pícaro vida, discutiendo con Dios unas veces y tentados por el Diablo, los hacedores de voluntades y destinos... y a nadie nos detiene en este mundo y somos plumas de nuestra imaginación. Tampoco "nada es verdad ni mentira", si estamos al sabio proverbio español del siglo de oro. El alma brota en cada página y el humor es lo único que la sostiene, entre una lágrima y una actitud transitoria, que nuestra vanidad la cree definitiva.

Si alguien pudiera creerse herido en su fina sensibilidad, mil disculpas.

T.M.

NAHUI OLIN

*(A mis amigos
Mariano Silva y Aceve,
Renato Molina Enríquez y
Fernando Leal, mexicanos).*



FIGURAOS amable lector una mujer de regular estatura, rubia, de ojos verdes, brillantes, pestañas aterciopeladas, facciones regulares una nariz voluptuosa que siente el perfume de los dos océanos: el Atlántico y el Pacífico. Mujer bravía, o más bien sacerdotisa del culto viejo de los aztecas mexicanos, que no admite jinete y que devora con delicia lasciva a los que han pretendido domarla. Pero aún no está completo el cuadro. Su cabellera de oro, alborotada y rizada cae detrás de sus finas orejas; siempre atenta al menor ruido. Dos senos turgentes y duros brotan de su pecho ardiente y desafían las miradas de los hombres. Cuerpo como el de una serpiente, con curvas pronunciadas. Toda ella una interrogación, que se contrae y se dilata a veces: caderas amplias y movedizas cuando camina al andar con ese paso retozón de muchacho, saltando por encima de las baldosas. Cintura de avispa, tan delgada que parece romperse. Su piel blanca, muy blanca, con pequeños lunares que la adornan y un tenue vello masculino, algo de hirsutismo, crece en la carne tostada por el sol y el dorso tan musical y flexible como arco de violín. ¡Ah, me olvidaba! Debajo de los senos pequeños y turgentes nace un vientre firme, combado y sutil que vibra como un arpa. Y sus labios carnosos y rojos que anuncian besos largos y prolongados. Y sus manos suaves que saben de caricias y que se abanicán al hablar. Sería imposible describir enteramente a Nahui Olín, nombré elegido por ella y que en lengua "nahua" quiere decir "cuatro movimientos". Y todo lo que es imposible describir...

* * *

Estaba inquieto por conocer a esta extraña mujer de más de una veintena de años que la veía todos los días, saltarina y desgarrada, corriendo por las calles mexicanas, sin sombrero, luciendo sus encantos, despectiva a las miradas de los hombres, fría y aparentemente soberbia, porque creyese superior a todos y, sin embargo tan sensible, tan enamorada de la vida y con tantas calidades de mujer. Posiblemente los hombres brutales y de negocios la juzgaban a Nahui una "loca", los mundanos una presa, pero Nahui no hace caso a nadie y vive su vida absorbida y ausente, pensando en Novalis: "lo más extraño y poético encierra siempre un fondo de realidad".

Habitaba por entonces una especie de zaquizamí en el último piso de cierta casa vetusta con olor penetrante a marqués y a canónigo del ochocientos. La fachada del edificio ya imponía recogimiento: paredes centenarias, escudo heráldico a la puerta, amplias escaleras y con descansos en los cuales se veían retablos y vírgenes diosas. Verjas forjadas a martillo por viejos herreros de la colonia. Y en cada piso, corredores silenciosos y austeros con macetas y tiestos de flores. Pero Nahui no tenía vivienda en ninguno de los pisos y subía las escaleras como una luz, apresurada siempre, saltando dos o tres a cada paso.

Habíase construido un nido en lo alto de la casa vetusta, cerca a la azotea, pero más cerca a las estrellas para cogerlas alguna vez con la mano entre el amor y el sol, y también para alejarse del bullicio de la calle viendo a los hombres desde las almenas, diminutos y absurdos en su continuo arrastre de gusanos.

Eso yo pensaba, pero cuando la conocí me sopló al oído:

—Por simple comodidad, estimado amigo: aquí yo puedo andar desnuda y tenderme de vientre sobre las baldosas. ¿Le parece bien?

—Además, yo sé gozar...

—Yo también, le respondí con timidez, pero no había en mi mirada ninguna convicción.

* * *

El zaquizamí de Nahui vale la pena de ser descrito. Un cuarto amplio es el corredor y sus paredes están decoradas por las propias manos de la artista, pintora apreciable y extraña como su alma, dominada eternamente por una inquietud que jamás ha encontrado sosiego. Nahui adora el sexo y ha hecho del culto fálico su propio culto, como en un tiempo remoto hicieron los viejos mayas.

El viajero que ha visitado México ha visto en el museo secreto un enorme faro labrado en piedra, de tres metros de alto con inscripciones esotéricas que encierran la más sutil y refinada poesía.

—No hay otra cosa digna de ser adorada en esta tierra —dice Nahui— con cierta vanidad: el ¡faro!...

—Pero, para entender este culto es preciso sensibilidad refinada, —añade—. Es el camino divino por el cual vamos al cielo y nos elevamos un poco hacia Dios.

Nahui pasa largas horas en el comedor junto a los primeros cuadros que pintara en su pubertad y a las cajas de roble viejo que contienen mil recuerdos y encantos..

La pieza tiene aspecto de alcoba de abadesa y el color negro domina con ciertos destellos rojos, sala en la cual los rayos de luz se introducen como cuchillos dando a los rostros apariencia ascética y torturada. Una mesa amplia, barnizada también de negro y con manchas floreadas de verde y de rojo sostiene grandes jarrones de Guadalajara y de Michoacán. En los rincones se ven petacas de cuero, arcones sagrados que guardan bordados y telas de Veracruz. En las paredes pintadas a la cal dos retratos al estilo modernista se comen con los ojos el uno al otro. El más joven pareciera que desafía al viejo, de grandes bigotes y barbiches, las pupilas ardidadas y los cuernos diabólicos. Del techo cuelga una lámpara antigua con velas, simulando "falillos" de ángel doncel al estilo plateresco, alumbrando la demoníaca estancia de la infiel o de la santa...

Sobre los ángulos de las repisas se ven misales y antifonarios que seguramente pertenecieron a antiguos templos saqueados por los feroces guerrilleros de Zapata o de Pancho Villa. Abro al azar uno de ellos y leo estas notas marginales, escritas probablemente por abates descreídos y libertinos: "todo lo que ¡dice este viejo y cabrón libro, es mentira". Y en otra página unas cuantas líneas temblorosas escritas a lápiz y con la premura de alguna monja que no quiso ser sorprendida en pecado monstruoso: "el obispo no vendrá hoy, sufre de la próstata y lo tiene en mal estado".

Frente a la puerta del comedor una escalerilla en caracol conduce al dormitorio de Nahui. La habitación es tan amplia como el refectorio con grandes ventanales que inundan de claridad y la llevan al lecho poéticamente, lleno de almohadones surrealistas. Un gato ¡de angora duerme a pierna suelta hasta que le llegue su turno de ser expulsado.

Desde la azotea, observatorio de la artista, se divisa el viejo México atormentado y dramático, con barbas de oro y sangre; se ven también los antiguos patios mexicanos llenos de amor y de flores, y en la lejanía el bosque de "ahuahuetes" que los chapoltecas plantaron en Chapultepec.

La cama "nahua" o turca donde Nahui extiende su cuerpo está decorada primorosamente y se reserva multitud de sorpresas, tejidos y luces. Al frente, de la cama entre un ventanal y un biombo de tres alas pintado de colores vivos, el piano de cola con las hojas a medio abrir, espera que la sacerdotisa arranque a las notas las armonías de su música favorita. En el otro ventanal la mesa llena de papeles, manuscritos con letra enrevesada, fórmulas y jeroglíficos, versos, ecuaciones y apuntes dan una idea de su actividad cerebral. Nahui escribe mucho y guarda en

delicados archivos sus producciones para que se produzca el milagro y alguna vez le concedan celebridad, tal como se la concedieron a Stendhal después de cuarenta años de su muerte gracias al descubrimiento que hizo un escritor polaco de sus originales.

El zaquizamí tiene el encanto de ser muy personal, lleno de recuerdos que la imaginación hace revivir pedazos de vida. Chucherías mexicanas reunidas de todas partes cuelgan de las paredes; obsequios de alguien que amó; retratos surrealistas de mozuelos con ojos de corza y los cuerpos de mimbre.

Interrogo por simple curiosidad.

—¿Quiénes son éstos?

—Mis últimos amores; el uno más estúpido que el otro. Por eso les puse esa expresión animal, la lujuria en sus rostros; la sexualidad en la palma de la mano para descubrir la mujer. Cuando me vio desnuda Onofrio quería devorarme como las fieras devoran los corderillos, sin caricias ni palabras, sin el adorno de un preámbulo ni la ternura de un beso. Sin embargo, ya lo ve usted: es bello, pero en la intimidad, se lo digo a usted, un cuadrúpedo, deportista; apenas si le llega a la cabeza una débil vibración... de que existe. Y así con todos... desdichadamente. Reaccionó Onofrio por la abundancia de mis formas. Mi cuerpo fue la comida más tremenda que haya comido en su vida jamás. ¡Ah, después de poseerlo lo mataría sin piedad! El otro, un dibujante aventurero disfrazado y de romántico, esa especie inextinguible de "don juanes" de barrio que se creen irresistibles, devoradores de corazoncitos de mujeres.

Quería conocerlo; mi curiosidad es mi pecado y he aquí mi pena porque también es granuja y posee excelente apetito a costa de las mujeres. Y es que toda mujer a pesar de su sexto sentido padece una estupidez crónica en ciertos momentos y no tiene tiempo para despertar... Se llama Santoyo. Le amé un tiempo, puse pasión, rabia, sabiduría y desinterés como frecuentemente lo hago yo, como debo amar... No obstante jamás, el tal por cual, correspondió a mi ímpetu. Santoyo, el pobre Santoyo busca diamantes y yo sólo podía ofrecerle la riqueza de mi cuerpo y algo más...

Calló y de sus ojos verdosos brotaban lágrimas suaves. Estaba en trance. El delirio la hacía hablar y el recuerdo se enredaba y la confundía mezclando el húmedo de la lágrima salobre y tierna.

Cuando dijo ese "algo más" sus pupilas brillaron, esas pupilas de las aguas de la fuente que el doctor Atl, "millonario y mago", las ha pintado. Se escurre este mago en la vida de Nahui y es parte de su vida de insomnio y de aventura.

—¿Quiere que subamos a mi dormitorio? —me dijo— allí estaremos más cómodos y con los amigos no se puede estar sino en la intimidad. Somos los seres humanos apenas unos "segundos de vida" y creemos que son años y siglos, pretendiendo la inmortalidad. En el espacio y en el tiempo no somos nada.

Nahui tomó la delantera; yo la seguí contrito pues estaba a su disposición y seducido por su ternura. Comenzó a subir por el caracol de la escalera y los pies de Nahui casi me pisaban la cabeza. Yo la seguía. Levanté mi vista sin ánimo y sin curiosidad y mis ojos se nublaron... Pedí excusas tontamente como hacen los magistrados ante un público timorato, y ella con la más agradable de sus sonrisas, interrumpió:

—No se asuste; no llevo calzones...

Y comenzó a reír estruendosamente.

Nos instalamos en el dormitorio junto al piano de cola, charlando hasta el anochecer. Me leyó páginas inéditas de sus libros; me enseñó sus pinturas y más tarde en la cuasi penumbra, sus dedos ágiles arrancaron notas viriles y raras al teclado.

—Sabe usted, ¿ qué es esto?

—¿Una creación suya tal vez?

—¡El poema al sexo! ¿No oye cuánto fuego? La delicia escondida y la dulzura de la sangre y de la idea. Y después el adiós tímido y vacilante, el beso que se evapora como el rocío y no vuelve a humedecer la misma flor, la mano trémula en la suavísima presión y el nudo en la garganta.

—Adiós.

—Adiós no, hasta siempre, estaremos el jueves.

* * *

Nahui Olín tiene historia singular, dramática, dieciochesca. Si no hubiera nacido en México podría sospecharse de falsa, pero su historia es una de las tantas que tiene originalidad de ser muy personal.

Nahui poseía apellido ilustre a los quince años y la sociedad exigente del viejo general Porfirio Díaz la nombraba "señorita Mondragón", hija de aquel otro general famoso y táctico que reformó el cañón francés 75, y que entre los estudiosos del arte de la guerra se conoce con el nombre de "Chaumont -Mondragón".

La hija del general Mondragón educada con esmero aprendió a hablar francés, tuvo sirvientes de librea y coches con hermosos troncos de caballos. Su padre, el general, a la sazón ministro de la guerra del régimen porfirista que no daba señales de concluirse en México, estaba en su más completa seguridad. La señorita Mondragón inquieta y movidiza jugaba en la casa señorial con los grandes perros daneses y divisaba a escondidas a los edecanes de la guardia, un tanto ancianos, de don Porfirio, es cierto, pero llenos de medallas y brillantes uniformes franceses.

Temperamento fino y sensible no consintió en casarse con uno de aquellos bravos guerreros, veteranos en la lucha con los indios yakis y avezados a sofocar motines de cuartel. Eligió esposo entre los artistas, siendo un pintor el agraciado. Celebróse la boda con todo el boato oficial y la pompa que correspondía a la hija de un ministro del "Magnífico", como llamó a Porfirio Díaz el escritor mexicano Bulnes. Y hay gentes que todavía recuerdan la boda: carrozas, cientos de ramos :de flores, champaña, un mar de obsequios, tules, sedas y discursos.

La señorita Mondragón a sus quince a abril no era aún la "Nahui Olín" que describimos, a pesar de que ya la esbeltez de sus formas y la agresividad notoria daban que hacer a más de uno. Nahui recuerda esos comienzos con ternura y además hay documentos fotográficos... Se la ve con ojos candorosos, la cabellera repartida en dos trenzas que caen sobre sus espaldas. Pero ya en esa época hablaba con delicia de y ciertas cosas y tenía presentimientos.

El pintor, buen mozo y fino, dornado de una fisonomía prerrafaelina, hijo de tuberculosos, pálido y redondo de carnes agradó a Nahui que no comprendía el misterio del sexo y no hacía distingos entre los hombres. Nahui ha estado inhibida de este conocimiento hasta muy tarde por el prejuicio de su educación y el rubor del arte. Lo mismo sucedió con el Dr. Atl, viejo sesentón y pintor de frescos de quien nos ocuparemos más adelante.

Si creemos en las confesiones que hace Nahui podemos decir que ella puso todo su ser, amó profundamente, desvaneciéndose el amor en el delirio, la inquietud y el dolor.

La pareja feliz salió de México en viaje de bodas a Florencia, donde se detuvieron para vivir y amarse. Ella le daba sus mieles y él ponía reservas, hasta que una noche los ojos espantados de Nahui vieron algo horrible y decadente.

Su idolatrado y adorable esposo la engañaba.

Interrumpí con brusquedad y candidez:

—¿Con una mujer, seguramente?

—No. ¡Con el mozo del hotel...!

Algo oscuro y turbio nubló la imaginación. Hasta entonces ella, tan fina y sensible, quiso evitar el ultraje, y a pesar de su juvenil edad tomó el camino de la separación inmediata, retornando a su país.

Ya se sabe que el individuo tiene los dos sexos. En el misterio de la procreación el uno anula al otro, fui repitiendo en silencio, recordando lo que había leído en un libro de sexología.

Pero de todas maneras Nahui estaba indignada y herida. Su educación absurda e impedía hacer la más leve concesión en este sentido. ¡Ella, la doncella, había sido ultrajada! El compañero que le diera la Iglesia con toda su pompa se frustró; lo veía con asco: homosexual, pederasta, buscador de mozos de hotel. Ella quería el hombre viril, el gallo que canta y que posee ...para cantar otra vez.

—Yo no comprendía nada de esto -insiste Nahui- la vida me aclaró de golpe y encendió la llama que tenía en mi interior ya por mi propia cuenta y riesgo. Acerté, pequé, me perdí. Todo queda en la respuesta de la sangre, en la vena física del sexo y nadie ha penetrado el misterio de las almas.

Lo demás es una serie de accidentes sin importancia o de los más importantes para cada uno. Vino la revolución y descuajó de raíz el añoso tronco de las familias mexicanas. Algunas huyeron al extranjero llevándose a Dios... Otras fueron asesinadas. Los soldados villistas y zapatistas, los de Pablo González y de tantos "románticos" de la dinamita, tenían el lema de extinguir la doncellez del país al mismo tiempo que mataban a cuanto hacendarlo "gachupín" o chino encontraban. Intencionalmente violaron a las vírgenes de pergaminos y recrearon en los excesos bailando "jarabes", descorchando botellas de tequila a balazos en ruidos sangrientos y crueles, teniendo a mozas de rodillas a sus pies. El famoso general Mondragón murió y su familia como tantas otras de México, tuvo que adaptarse a la nueva situación; Nahui tomó carta de revolucionaria curada ya de su primer amor; más con una sed inmensa de aventura y ardiente como nunca.

* * *

Debutó en la capital con el nombre que la conocemos, haciendo compañía a un doctor en ciencias ocultas, émulo de Cagliostro, más viejo que el italiano, más avezado en el arte de mentir aunque no desposeído de condiciones y de ingenio, con ciertas facultades "vanguardistas" y de "avanzada", como las de hacer desaparecer en unos minutos autos "Hudson-supersix", ordenando a los compañeros que los emparedasen para evitar las "tentaciones" de otros generales que andaban en la misma "faena", los cuales desde el norte del país venían arrasando como una tromba la propiedad ajena.

El doctor Atl desprendióse en las afueras de la capital de México del ejército del general Carranza, y sin títulos ni nombramiento alguno, creyó cumplir su deber revolucionario tomando conventos y abadías en nombre del gobierno, expulsando a los frailes y monjas y reservándose uno que otro edificio para su goce individual fuera de lo que, por derecho revolucionario le correspondía, tratándose de objetos de valor artístico.

Este famoso doctor Atl -aunque sesentón y temblando de coraje- como en el poema de Porfirio Barba Jacob, muy ágil de labia y de enormes audacias fue el amante y el iniciador sexual de Nahui Olín, si damos crédito a lo que ella misma nos ha referido.

Pero jamás el amor de un mago ha sido natural y sus actividades están llenas de filtros, ungentos y brujerías.

Después de hacer suyo un convento, el doctor Atl, poniendo su mirada y la barbilla rubia como testimonio, iluminando sus palabras con ojos temibles y diabólicos, expulsó a los honestos frailes que rezaban a Dios y engordaban a su costa, bebiendo vino y siempre en pecado de gula,

lascivos y ardientes como es de rigor. Luego convirtió la morada en refugio suyo, apareándose a la doncella Nahui, la cual presa de frenesí sexual y ya poseída por el demonio comenzó a destruir las cabezas de las imágenes santas con un martillo de ocho libras, despojándolas de sus telas de terciopelo y sedas para transformarlas en blusas bizantinas y gorros frigios muy del agrado de su amante, el doctor Atl.

En los largos corredores silenciosos del convento y todavía con olor a santidad de los frailes descalzos, al filtrarse la luz suave por los vitrales realizó se el connubio, y junto a la capilla perdida en el claustro el doctor demoníaco inauguró su altar, oficiando la sacerdotisa Nahui, nimbada de una aureola resplandeciente, desnuda y con una varita de oro en las manos que apuntaba al cielo.

En el altar conjugaban los dioses del pasado: el del sexo fecundo y risueño; el del agua, el de las flores y el de la sangre, tremendo y trágico con dos caras como Jano; el del placer y el dolor. A los lados ardían pebeteros platerescos quemando esencias y resinas de Yucatán y Campeche. En un ángulo un ex -voto del doctor Atl estaba representado por un toro con cuernos dorados y grandes testículos relucientes. El ex -voto de Nahui fulgía en una estrella con mil destellos prendida de los belfos del toro.

A los pies del altar que otrora fuera sitio de devoción y de fe donde los cándidos frailes caían de rodillas, fatigados y tiernos de llorar sus pecados innúmeros, el doctor Atl tendió variadas pieles de animales feroces sobre los cuales ardían enormes cirios en forma de faros. Los labios se abrían y cerraban musitando plegarias, temblaban, y una débil luz filtrada como filoso cuchillo hería la garganta, y unas manos asentadas sobre el armonium desgarraban sus notas gangosas y lentas como lenguas invisibles y cuerpos devorados por las llamas. Y en la quietud y el silencio un gusano hilaba el beso de fuego y la interrogación de la tumba.

* * *

El amor de Nahui y el doctor Atl no podía durar. Enigmático y preocupado con sus estudios y filtros el satánico doctor, rival de Paracelso en eso de descubrir el "Alkaest", vieja fórmula de los alquimistas de la Edad Media para trastornar el mundo, poniendo el dedo sobre el estiércol, trasmutándolo en oro, olvidó a Nahui y la relegó en los años sin oír el lamento del sexo de la carne joven que bramaba en el templo.

Nahui en una de sus salidas furtivas del convento conoció a cierto joven paliducho y desnutrido que acababa de llegar de Nueva York. Se llamaba Santoyo y por la apariencia parecía un galán de cine. ¿Por qué se enamoró de este jovencuelo con arrostos de Valentin y mañas de tanguista? Nahui responde que lo quiso porque sí, como todas las mujeres tontas que llevan en el subconsciente el "divo", para arrepentirse muy tarde, curadas de su estupidez, cuando ya han logrado el vuelo nupcial de la abeja en el aire, matando al macho. Santoyo a quien conocí en un café expresaba con su "lengua de trapo" horrores de Nahui.

—"Insaciable, devoradora del seso... Eso es ella".

El seso de Santoyo se perdía en la ecuación menor, a ras del suelo, pero él lo cuidaba con tanto cariño como Einstein.

Nahui era lastre demasiado pesado en su carrera de arribista; le ataba al carro de su sexo impetuosamente y el pintorcillo soñaba con mujeres ricas, burguesillas, herederas de grandes haciendas que le entregasen el tesoro acumulado por sus padres. Nahui sufrió mucho y recurrió a la magia del doctor Atl para que volviera el galán; se equivocó y el filtro le trajo mala suerte como en el "Asno de Apuleyo". Escribió largas cartas que quedaron sin respuesta. Aún el insulto y las injurias resbalaron por la epidermis del hombre de cálculo,. Refirió Santoyo en círculo de amigos, en un menguado café de barrio que su salud se resentía cohabitando con Nahui, y las extravagancias y la locura sexual de la sacerdotisa le conducían a la muerte.

—Creo, y casi estoy seguro, que me dio sangre de menstruación en mezcla de vino y cuando la hemorragia era más copiosa —expresó.

Los ojos de los oyentes hicieron una mueca de horror y de asco.

—Y no lo advertiste —dijo alguien— como si expulsara de la boca un sapo de Belial o al propio Diego Rivera.

—Eso se advierte y se siente sólo en el instante que uno recobra la razón, —replicó.

Santoyo ingresaba a las confidencias, muy bebido de tequila y con las narices húmedas de un polvillo blanco que relamía; la sal en el pulgar y el licor, le nublaban su entendimiento.

—Nunca pudo quedar satisfecha; me devoraba —agregó.

Nahui hablando de Santoyo, lastimosamente retornaba a la tierra, le imitaba sus gestos y se —divertía - de la manera de hablar y de disculparse.

—Pobre Santoyo. ¡Un imbécil! ¿Enamorarme yo de ese tipo? ...

Se ponía de pie y borraba Con sus plantas el polvo del recuerdo y le acosaba la rabia.

—No vale nada, pero nada...

Le nublaban sin embargo los remordimientos de la pasión, descubriendo en una última carta, escrita a lápiz su rencor, digna del archivo de un psicoanalista:

"Pobre Santoyo, resultaste un infeliz, un pobre hombre, buen mozo y estúpido, que las mujeres en sus angustias encuentran a cada paso. (Ninguna mujer confiesa en su delirio que su hombre es un estúpido) .

"Te creía hombre, muy hombre por tu apariencia de matoncillo y la espiral de tu pantalón. Me equivoqué. ¡Tu sexo no pudo resistir al mío, jamás! Tu cerebro de mosca se diluía... Inepto para las caricias que es el prólogo de todo amor, nunca tuviste exaltada imaginación, que es de allí, de donde viene el misterio de la vida... Hoy, decepcionada, para siempre jamás, te confino al ostracismo y quedas proscrito del amor. Me dicen que andas buscando compradora para tu sexo y que lo quieres vender muy caro. Denunciaré la estafa públicamente. Te lo digo yo: Nahui Olín".

—¿ Qué le parece? —me interrogó angustiada, luego de estrujar el papelucho.

—Un documento -respondí-. Esta clase de documentos rara vez son escritos por mujeres, Y lo mejor, sin el artificio de la lituratura, Y tienen el valor de la autenticidad

—Voy a intentar publicarlo en algún diario de México a manera de boletín noticioso.

—Magnífica idea -le dije-. De seguro que "Excelsior" y "Universal", diarios serios y grandes intérpretes de la opinión, no le negarán sus columnas. No se olvide, igualmente, de enviar copias a Suzanne Lafolette, directora de "New Freeman" y al sexólogo Havelok Hellis y a tantos otros, por ejemplo, al padre Escudero, de Santiago de Chile, que colecciona documentos literarios y antecedentes de escritores suramericanos.

Nahui divagó en el vacío y se le cayeron las lágrimas. Apoyada en el regazo de la ingratitud vaciló antes de hablar. Hablaba tímidamente, creía, que yo la escuchaba y le servía de confidente. Y así era.

Hechizada por el filtro del doctor Atl se atrevió a decir:

—¿No sería mejor evaporarse en el espasmo como gota de ínfima materia antes de caer a la tierra? ¿Amar? Pero, ¿para qué amar? ¿No sería mejor sucumbir valientemente? ¿No estamos ante el misterio como hace siglos? ¿Ilusión de bellos rostros, ilusión de formas, todo el engaño en un segundo, y no poder hablar libremente, sin trabas; pretender escándalo y no escandalizar a nadie, porque tampoco nadie entiende?

Divagaba en la nada y cada palabra suya era triste en la noche como la misma noche. Su música, los cuadros que pintaba, el amor que pretendía, todo, la misma tristeza disfrazada

quebrando el lamento como eco del mundo que pisaba, y sin embargo muy pocos lo sabían. ¡El sexo, lo único, la única sorpresa de la Vida!

Durante el tiempo que fuimos amigos Nahui y yo teníamos la costumbre de almorzar y cenar en un restaurante veracruzano perdido en una calleja de México, fonducho baratón que olía a ajos, a pescado frito y a mujeres sudosas del trópico. Pero no se comía mal, y el bienestar humano se introducía a uno por los condimentos y la alegría de las mozas. El vino "chiaro y el tinto" junto con el asado de lechón en los términos que se expresaba el Licenciado Molina Enríquez, daban realce al lugar y, además los moluscos que llegaban en el primer tren que venía de Veracruz. Las "meseras" conocían a los clientes y les dispensaban atenciones para "comérselos" después, si venían solos.

Tenían el cabello negro, las caderas anchas y hablaban el lenguaje sensual y sucio de las pocilgas del trópico.

Nahui alegrábase esas noches conmigo y no obstante pretendía herirme para abrirme el apetito contándome nuevas aventuras de su vida. Ya no le creía nada y reíamos locamente haciendo honor a los nueve meses y a los jugos que bebíamos para entibiar la sangre. Luego ordenaba ella; una docena de ostras para empezar, varios limones de Jalapa y ron; caldo de pulpo cocido en olla de barro con cebollas; guajalote en salsa de chile. Otras veces gustábamos tortillas de cebollas y chile, y esos deliciosos dulces de Querétaro y café de Uruapan. En los intervalos escanciaba Lupe, la moza de las más anchas caderas y de abundantes senos el vinillo del norte, pasable y un poco amargo.

Y ya entrada la noche unos tequilas con limón y sal, en el "despacho", esperando a las artistas de barrio, en el mismo cafetín que el pintor Clemente Orozco lo decorara con la única mano que aún le quedaba y con la que hacía todos sus dibujos, al lado de futuras estrellas de cine y mujercuelas famosas con los cabellos sueltos, que darían que hablar en el futuro, "chingándose" unas a otras en el léxico popular del país, futuras Lupes y Marías Félix ...

* * *

Las confesiones de Nahui revelan el claroscuro de su vida. Jamás ninguna mujer me hizo exposición de las delicias y de los goces sexuales en forma tan espontánea.

La Rachilde, vieja escritora francesa desvergonzada en los libros que ha escrito, es moralista al final.

María Lacerda de Moura, respetable paulista de cuarenta y cinco años, autora brasilera de un libro, "El amor plural", se muestra poco artista.

Tal vez Tacila D'Amaral; tal vez la uruguaya Vaz Ferreira, muerta en una playa de Montevideo, tristemente. Tal vez Blanca Luz Brun que ha hecho de su vida amor y episodio mezclado con la política. Tantas mujeres que el azar las preserva y el pudor las descubre un segundo ante los ojos. Cuando volví a insistir sobre ese "algo más..." Nahui más segura de su confianza, habló impetuosa:

—Poseo el sexo más ardiente y creador que ninguna mujer. Por eso escribo y canto. Ahí está mi vida: contradictoria, absurda si se quiere, sensible y fría... y sin embargo luz yola, lengua que quema y púrpura encendida: irreverente y humilde no obstante, llama que arrasa y funde todos los cuerpos metales.

Y poniendo sus dos manos sobre mi cabeza, agregó:

—Nací para morir en los brazos del amor, juntar mi boca en el beso repitiendo eternamente esa frase tan falsa y tan exacta: ¡te adoro! y darme toda, amigo... El sexo canta su poema sinfónico; se adelanta en el ritmo a la gracia y al goce; se desvanece en el recuerdo y sin embargo está viviente y existe. Todo parece un sueño que nunca uno hubiera soñado si el inconsciente no lo fija sensible en un milésimo de segundo...

Otra ocasión Nahui me enseñó una colección de desnudos suyos, fotografías artísticas tomadas en diferentes poses que ella estaba decidida a publicarlas en los grandes diarios del

mundo. Había una de pie en la actitud de un cuadro de Ingreso otra recostada sobre pieles a la manera de la "Olimpia" de Manet y de la maja desnuda de Goya, descubriendo sus admirables muslos y sus movibles caderas; y, finalmente la más infame y obscena enseñando sus maravillosas nalgas en cuatro pies y con la cabeza por debajo de sus muslos.

—Esta —me repitió despectiva— desearía enviarla a "La Nación" de Buenos Aires para sus páginas dominicales...

—Estoy seguro, -añade- ¡que la publicarían en seguida! Aún no ha habido una mujer que desafíe a la opinión pública y al pudor con una fotografía tal y en postura tan inocente sino en los prostíbulos y eso por negocio... La suya es desinteresada e idealista...

—¿Lo cree?

—Podíamos hacer la prueba. La sociedad argentina a pesar de su arrogancia y de sus reformadores es demasiado ingenua. No ha traspagado los límites del festín. Todo allí tiene, refiriéndose al sexo, nombre carnívoro y comestible. por ejemplo: "churrasca, tripita, bombón, pichoncito, bife", etcétera.

—¿ y Francia?

—Francia no se ocupa de los salvajes americanos. Como más tarde nadie se ocupará de ella. Las criollas americanas son más ardientes y más interesantes que las francesitas y conocen las delicias del amor por intuición. El viejo mundo precolombino era superior a Francia en el amor y lo demuestran sus cerámicas y sus vasos.

Unas líneas más sobre Nahui Olín: Sigue viviendo en México sin importarle un ardite de nadie, atormentada y sensible.

Me dijo al despedirse:

Viviré unos dos años a lo sumo. No podría tolerar la decadencia de la curva. Yo he nacido para el amor. Adiós...

México, 1930.

(Nahui Olín, murió hace muchísimos años. Nadie escribió sobre ella, ni siquiera Octavio Paz) .

T. M.



EL ATEO Y LA MONJITA

La historia parecerá extraña! no lo es. Las cosas suceden en la tierra y no son extrañas: el matiz y la imaginación les dan colorido.

Santiago ¡del Estero es la capital de una provincia argentina que vive del sol y la mayor parte del año abrasada por calores tremendos que revientan los huesos y secan las entrañas. Población que brota en la arena candente donde el mismo Diablo se consume en la lascivia y el deleite, lo que dio lugar a que San Francisco Solano, oriundo del lugar, hiciera sus milagros que son de regla y nada extraños.

Población de ancestro quechua, de gentes espigadas y morenas, y uno que otro inmigrante rubio de brazos robustos y cara tostada al sol con un color barroso sucio... El santo Francisco Solano que ando por estos lugares, dejó al Diablo boquiabierto, porque domesticaba zorros y los convertía en mansos animales, y se dice que una vez, deseando tener un templo, en su honor, como las vigas fuesen cortas -llenos de pesadumbre los devotos albañiles- les alivió de la pena, alargándolas con solo una mirada. El milagro se produjo en la noche... Mi buen amigo Bernardo Canal Feijó nacido también en Santiago del Estero, literato de fama, teólogo y hombre de profundos conocimientos esotéricos, asegura que estos milagros son comunes en los humanos, siempre que tengan olor de santidad y el alma inocente y pura, tan dados a la fantasía que, basta la palma de la mano en la espalda del lobo hambriento, para que éste se trueque en cordero. No digamos de las serpientes y de todos los quelonios y alimañas que obedecen al ritmo sobrenatural y metafísico, sobrecogidos de espanto ante los santos, porque ya los conocen por el olfato. ¡Así, lo que voy a relatar no tiene nada de extraordinario. Es más no pasa de un asunto picaresco que podía haber pasado en el siglo de Leonardo, y que Casanova lo relataría gustoso en sus memorias, lo mismo que el "caballero André de Nerciat", ignorado de la mayoría de los escritores hasta que Aldoux Huxley lo cita por primera vez en una de sus novelas.

Sucedió el asunto en la ciudad adormilada de Santiago del Estero que sestea de sol a sol y que habla trabajosamente en medio de cuerdas de guitarra y unos cantos del Inca, porque tiene la idea de que está soñando despierta.

Es la historia exacta tal como la contó el protagonista, mi amigo el doctor Matías Fernández, médico argentino y, como la pude comprobar más tarde, personalmente, valiéndome de subterfugios.

Matías vivía en Santiago del Estero dedicado a la noble profesión de médico con títulos registrados en la Universidad de Córdoba. Sanaba enfermos y curaba parálíticos que apenas podían "mover las orejas", pero la mayor parte de su tiempo lo dedicaba a la agitación política pronunciando discursos a las almas sordas a la evolución y a la ciencia en tanto que el cura, su rival, con sólo desdoblar las sotanas y extender las manos poseía todos los bienes terrenales.

No obstante estas ventajas execraba desde el púlpito a los ignorantes que pretendían que las almas se mantuvieran en estado de impureza tan ingratos a Dios y a sus ministros del culto. Matías el rebelde, quería la pureza del espíritu y la conciencia -y algún libro le había soplado eso de la inconsciencia- en su ardor de redimirlos.

Matías era discípulo de Bakunin, de Mala testa y de Ferrer. Creía en el amor libre, en la abolición de la propiedad privada y en el reino de la abundancia. Y estaba convencido como anarquista de que no era preciso pasar por estados intermedios ni etapas.

—La explotación, bramaba poseído de santo furor. ¡Hay que destruir el mundo capitalista!

Y en los recuerdos de su imaginación soñaba con el amor libre, expresando que dos cosas habían detenido el progreso de la humanidad: la propiedad privada, es decir el capital y los prejuicios religiosos.

—¡Ah!, decía, si el mundo volviera a la naturaleza, con los adelantos del siglo, ¡cómo viviríamos felices...!

Y no vivíamos, según él, porque la estupidez circulaba en las venas de la sociedad y la propiedad privada separaba a los hombres como leprosos, sin el distinguido de la capacidad y el talento.

—Si cada cual tuviera su noria y diera vueltas alrededor, se eliminaría la estupidez paulatinamente. Lo grave es que todos dan vueltas alrededor de la noria de los ricos. Y ellos son dueños de todo. ¡De todo...!

* * *

En Santiago del Estero Matías era apreciado por su carácter bondadoso, el desprendimiento que ponía en sus acciones y el optimismo radiante, siempre en procura del bien de sus semejantes. Por eso no le atemorizaba defender las causas más difíciles y sufrir por ellas, dejando en el camino halos de emoción y de ternura.

Matías no era profundo en sus conocimientos pero no le hacía falta para curar almas que venían hacia él. Y se disculpaba ampliamente, pues la medicina con todos los adelantos modernos y los aparatos, se halla aún a un Paso de Hipócrates. Y después de todo actuaba él en un mundo esotérico, intocado y del cual el hombre sabe muy poco o no sabe nada. (Leyendo al célebre médico húngaro Janos Plesch en su famoso libro "La Historia de un Médico" se ve cuánta farsa y cuánto engaño encierra el mundo médico).

La única debilidad de Matías era las mujeres y su apetito sexual incontrolado y lleno de fantasía.

Su fisonomía era interesante. Ojos grandes, verdosos, llenos de bondad y que casi le comían el rostro. Nariz aguileña; cabello blanco y abundante. De apariencia enérgica, sus rasgos demostraban dureza y bondad. Descendiente de españoles inmigrantes, tal vez celtas, conservaba esa imaginación viva de los hombres logrados en la lejanía del mar y de la aventura con nostalgias tremendas de acción, y por eso le comía en la sangre el microbio anarquista, una especie de antídoto contra el suicidio y la desesperación de ser y ser en esta tierra de lágrimas y tormentos.

Me contó que el mayor pecado y remordimiento que le roía el alma era el haber dejado morir a uno de sus tíos, literato de estirpe, porque no consiguió el suficiente dinero para unas inyecciones caras. (En ese tiempo era estudiante de medicina y sus limitados recursos ni siquiera le alcanzaban para comer).

Matías se formó y educó en dura lucha con el medio, sufriendo hambres y padecimientos hasta que logró imponerse y triunfar. Cuando yo lo conocí era ya un triunfador. Tenía casa amplia y florida, un huerto y un baño a la romana, sostenía perros y se había casado con una mujer gorda y bondadosa que le toleraba y le ayudaba en los desvaríos y desvelos, sin contradecirle. ¡Qué felicidad! Una clientela numerosa sufragaba los gastos.

Todas las gentes más dispares venían a lo del médico y él, orgulloso de su profesión, podía demostrar que los anarquistas no eran simples charlatanes sino elementos de pro que curaban el cuerpo y el alma.

Pero Matías no sólo concretábase a eso: curaba todos los males: los "daños", las brujerías, la impotencia, los complejos, el mal de ojo, la doncellez pasajera y la otra... las enfermedades nerviosas, los celos rabiosos y los que se propagan por tercera persona, los histerismos de las beatas y el ansia de las muchachas en flor. Para todo poseía remedio, su fe era inagotable así como su fantasía, convertido él mismo en medicina y "medicamento" infalible, lleno de sorpresas y de vigor en la dicha de la aventura...

* * *

El asunto sucedió en esta forma.

Matías ejercía la medicina; despertóse su interés por la sexología, al extremo de convertirla en su especialidad.

Teniendo ilimitada fama y siendo su repertorio infinito, un buen día tocaron el timbre de su consultorio dos monjas contritas y piadosas. La una vieja, superiora de un convento, regordeta y con carnes abundantes y grasas, devorada por la gula y la beatitud, pues toda su vida la había consagrado al rezo, meditando en la santidad y el deleite del cielo que no concluye en esta vida sino que se prolonga ¡por cientos y miles de años en el paraíso, con la compañía de serafines y querubines. Junto a la superiora caminaba con humildad una monjita joven, tímida y pudorosa, de carnes primaverales, en el estado místico de corderillo pascual.

Después del exordio breve y de palabras rebuscadas el joven médico entre una sonrisa y otra, respondió a la madre superiora lo siguiente:

—Reverendísima madre, evidentemente padecéis de una enfermedad grave. Vuestra vida consagrada al culto, las ocupaciones nocturnas, las meditaciones y la falta de ejercicios y de dispendio corporal os han llevado a la arterioesclerosis. Tal vez algunos baños de diatermia serían aconsejarlos en este caso.

—¿ Qué inventos maléficos me proponéis, buen Matías? —repuso la superiora.

—Unos bañitos que los renovarán las arterias y de paso arrojarán al pícaro diablillo que anda jugueteando en vuestras venas y que os produce esos dolores en las articulaciones, madre.

Elevó la madre superiora los ojos al cielo y con voz dolorida y mística que parecía un gemido y recobrando su autoridad de superiora de convento, acostumbrada a domar rebaños de su mismo sexo -interrumpióle:

—Si el Señor aconseja eso, cúmplase su voluntad.

Luego encrespase como una serpiente, enseñando el áspid en su lengua devota y derramando mediana dosis, agregó:

—Y aunque tú eres ateo o aparentas serlo, (rió con sorna de convento) no me negarás que Dios en su infinita bondad y sabiduría quiere ejercitarme y darme ocasión de que conozca al demonio en !persona, transfigurado en médico!

Matías, agachando la cabeza, respondió:

—Así sea, madre.

—Yo no digo mentiras, hijo (señaló al cielo y continuó). Aquel que ha hecho de nosotros miserables criaturas, sabe cuál es nuestro destino. Se vale del ángel o del diablo para salvarnos o perdernos.

Matías respondió en el mismo tono:

—Dios en el fondo es un gran humorista. Realiza, a lo que veo, su trabajo de Dios, sin hacer caso de nadie, burlándose la mayor parte de las veces, trasmutando como hacían los

alquimistas al gusano en hombre y al hombre en gusano. No le comprendemos. Quiso hacemos a su imagen y semejanza y se equivocó, poniendo al alcance del hombre cierta malicia y vicio.

—Así es, hijo mío.

La superiora tembló y en sus carnes jamonas hubo más de un estremecimiento. Luego dijo compungida:

—Yo, ya peque. Ya peque... Y esto no tiene remedio. Fue la gula, la satisfacción más vulgar. El diablo me atrapó como al pez por la boca. Otros pecan, blasfeman y matan. Yo convertí mi cuerpo en montón de tripas y excremento. Comí demasiado. ¡Ay de mí...!

Temblaba y sus ojos se desvanecían, queriendo expresar en turbión sus pecados innúmeros y repugnantes.

Matías se había elevado en su trípode de adivino y oía. Sus palabras eran suaves sus manos se parecían a las de los monjes antiguos para bendecir.

La madrecita joven, sin saber por que, lloraba. Un sudor frío le pasaba por todo el cuerpo. Del pecho púber le brotaban suspiros y la ahogaban. Ella no quería pecar ni siquiera venialmente. Se acordaba de los magníficos dulces y de las comilonas que se daban con frecuencia en el convento. Quería morir antes que pecar. Le parecía la vida trasparente como la luz. En su fantasía se imaginaba "Sor Inés de la Cruz", cuyos versos había leído. Quería imitarla y elevarse hasta el infinito; volverse estrella, fulgir en el cielo y tal vez convertirse en querubín.

* * *

Y comenzaron los baños de diatermia.

Desde ese día la madre superiora bien arrellanada en el sillón tomaba diez a quince minutos para arrojar el fuego diabólico que la consumía las entrañas, la devoraba el rostro y las articulaciones. Pero sucedió que a medida que se curaba el Diablo la hacía descender a los infiernos y allí le ofrecía en bandejas llameantes manjares deliciosos, y un picaruelo le hacía cosquillas en sus carnes, excitándola. Poco a poco fue gustando de esta curación necesaria para su alma y su cuerpo, y todos los días sus pies se encaminaban hacia lo del médico ateo, acompañada de la monjita joven, volando casi y con el ansia de no perder ni un segundo.

Mientras ella tomaba los baños de diatermia, Sor Gloria, leía unos manuales de biología dejados al azar en la mesa de visitas, y cada página le producía tanta seducción que fue tomando el hilo muy despacio, hasta que ella misma tejió la escala al cielo, y subía por sus peldaños en tanto que la cola peluda de un diablillo familiar rondaba la cabeza y llegó a presentarse primero en la mano apretada de Matías, luego la suavísima presión, y una y otra luz verdosa que brotaba de sus ojos. El tratado de biología servía de pretexto y fue el vínculo que los unió. Días después se juntaron los labios tan quedamente que la superiora enargollada de manos y piernas creyó oír el revolotar de una mariposa. Finalmente vino el abrazo cálido sin un murmullo en la ternura recóndita de los sexos como las sombras, en la musicalidad de la sinfonía brevísimamente...

* * *

Este amor fantástico no podía durar, realizado en las más temerarias circunstancias, con besos apagados como se apagan las brasas y suspiros ahogados en sangre, sin otro guardián que un pequeño biombo que fue testigo mudo. No podía durar, no estaba escrito que debía durar ni siquiera escurriéndose como la anguila entre el pecado de gula de la madre superiora y la doncellez de Sor Gloria. Era un simple apaciguamiento doloroso y torturado que hacia fintas detrás del biombo y de lo irreal, buscando paliativo a la conducta, porque ambos creían en el dogma moral que regía las costumbres y les imponía cadenas y cielo.

* * *

Meses más tarde Matías había ingresado a un estado de locura. Aceptaba pues, a pesar de sus exagerados arrestos de ateo los principios, que habían regido la sociedad humana desde Moisés hasta Savonarola.

Los acataba si no en la conciencia, en la subconsciencia, creyendo eludirse de la trama apretada y minuciosa, de las costumbres, valorada en su ingenuidad y en el ejercicio de la profesión que la Medicina era ciencia matemática que resolvía los problemas del alma cuando apenas podía acertar a medias los del cuerpo y eso a duras penas. Sucedió el mismo fenómeno que incendió a la madre superiora. Matías, en medio de sus elucubraciones, veía cosas extraordinarias: trasgos y brujas, demonios con la capucha y el hábito de fraile; monjas que adoraban sexos inverosímiles; flores que se convertían en sexos de monja; procesiones de suplicantes con los estandartes y los faroles como enormes faros; coros de ángeles que volaban por los aires anunciando violaciones de pueblos enteros; todo el mundo libertado y la posesión brutal de los hombres, devorados por la lujuria, sucumbiendo y creando nuevos mundos...

* * *

Interrogado alguna vez el doctor Matías sobre sus amores contraía el ceño. Le parecía una profanación que algún indiscreto lo hiciera. Sin embargo convenía que la revelación de un amor está en la vanidad, jactándose el hombre muy humanamente de eso mismo: que sin revelación no tendría el menor goce. Y entonces se expedía regustando nuevamente el goce... Me leyó un poema que había hecho en homenaje a Sor Gloria y que le recordaba el deleite: "Cierva del Señor, cervatilla con los muslos de coral y la boca hiriente; caderas con olor a incienso y a mirra, apretadas y envueltas en tela santa, sin embargo tan suaves y ardientes... Todo aquello parecía una pira: honra fantasmal que se desvanecía en la plegaría, queriendo regustarla y adivinó la Nada".

Lo felicitó. No hay como el amor para iluminar el ingenio y convertir al humano en ángel. (Aquella monja de Portugal que escribió las cinco cartas de amor más notables que se han escrito en el mundo, en el siglo pasado, es una prueba de la elevación del espíritu cuando se siente tocado por una pasión superior). Matías me confesó que tenía pensado robar a Sor Gloria y abandonar el pueblo. Su pasión era imperiosa, como pasión estaba relajada: quería vivir y arrastrarse por los suelos en la intimidad diaria. Matías pretendía el escándalo, la vergüenza, la persecución porque sin ellos no hay grandes amores. Casi estaba resuelto al rapto y él se hacía ilusiones candorosas. La monjita arrojaría los hábitos y quemándolos a la luz de la luna exclamaría: "¡Oh Gran Señor que has hecho el Amor y nos sometiste a tortura en su nombre iluminado Seas; ya recuperaré el Conocimiento. ¡Quiero Amar!" Regresaría a la vida mundana convirtiéndose en mujer de médico: amante, es la palabra; más artística y fuera de cualquier apreciación filosófica y por encima del mismo arte.

Vino al café argentino donde se reunían hombres absurdos y empecinados en la revolución social, calcinados por la brutal ingenuidad y la fe anarquista y tuvo la desgracia de exponer su proyecto a los íntimos, sin matiz, para que riesen los trogloditas, dando comidilla a la sexualidad ligera, recibiendo felicitaciones y hasta ayuda para el caso de que hubiera tiros Matías estaba loco y había perdido la discreción. Creía él en la bondad de los hombres y con su vara los medía en la sencillez del poeta.

—Se vestirá de blanco, exclamó: la adornaré de todas las galas; sus manos de nardo y de jazmín perfumarán el aire; se pintará los labios y las uñas de los pies y de las manos; bailará y recitará desnuda los versos de Salomón... y será la diosa del Paraíso en los éxtasis y en la creación de la forma y el misterio. ...

Habría realizado su intento Matías, si no le interrumpió el trabajo de redención de Sor Gloria los gruñidos de la madre superiora como desgraciado epílogo. Lo cierto es que apenas aliviada por el calorillo en las venas, la tal madre, por cierta intuición y como destajo a su conciencia confinó a Sor Gloria a un lugar distante y remoto de la República Argentina donde murió en tiernísima edad, cantada ¡por querubines y serafines que se refocilaban de que una súbdita del Señor hubiese logrado salir del capullo por simple razonamiento... Algunos versos dejados al azar, dedicados posiblemente a los ojos verdes de Matías, en el sufrimiento y dolor de la carne, todavía le ataban a este estúpido mundo...

Años más tarde, vagando por las arenas de Santiago del Estero pregunté por Matías. Había desaparecido del Lugar, combatido y enemistado con el vecindario. Desapareció con él el agua cristalina y la ingenuidad de las creencias. El brujerío más evolucionado y con un instrumento más penetrante descubierto por Freud: el psicoanálisis, ingresaba en los círculos médicos y le contaba entre sus profetas. Matías explicó muchas veces que él nunca había leído tratado alguno del célebre médico vienés y que sus descubrimientos los debía a su imaginación.

Un día caminando por la Avenida de Mayo, en Buenos Aires, alguien me tomó del brazo y me puso en mi rostro sus enormes ojos verdes. Era Matías, el médico que conocí en Santiago del Estero. Nos dimos un abrazo cordial y lo primero que me vino a la mente fue el asunto de Sor Gloria. Le dije de sopetón sin esperar su respuesta:

—¿Habría tenido usted el coraje que redimirla? ¿Por qué? ¿Es usted el Hacedor? Lo que le seducía en resumen era su vestidura religiosa, el complejo que usted guarda de la infancia sobre las cosas sagradas, su intención anarquista y atea de inducirla a la profanación del voto como en efecto lo logró en cierta medida. Usted es un creyente en el fondo; hace gala de su ateísmo como Sor Gloria de su religión. Ambos son iguales, confiese, amigo.

Matías me respondió titubeando, dándome razones tan curiosas e infantiles que no le creí. Al despedirse, después de una larga charla que omito, entre un adiós cortés y una sonrisa, exclamó:

—¡Era muy bella, tan bella vestida de religiosa que la creí a instantes divina!

Entonces volví a comprender que el amor es la gran fuerza e ímpetu que alienta a vivir a la especie humana y a las más inferiores, realzándolo, fingiendo y elevándolo a la nota musical y al verso. Luego se desvanecía en dolor y lágrimas; quedaba en nada...

Matías y Sor Gloria eran dos almas opuestas. Parecían opuestas, sin embargo lo opuesto las unía. Los unió su fama de ateo, sus ojos verdes de mago que despedían llamas y la dulzura mística que brotaba de los senos y de lo más profundo y recóndito del sexo de Sor Gloria. ..

Buenos Aires, 1932.

DIEGO PRIMAVERA, PINTOR OTOÑAL



Viendo en México conocí a Diego Rivera y a una de sus mujeres, Lupe Marín. Las conocí a las dos, también a Frida Khalo. La primera era una morena de ojos verdes en una cara agresiva, de cuerpo flexible y de una locuacidad abrumadora, pero con ingenio y vivacidad, al extremo que el pintor Rivera la temía, y se sometía a veces. La segunda, más discreta, aunque desposeída de las condiciones de belleza de Lupe, fue su compañera hasta la muerte. Ambas vivían en una misma casa "Tampico N° 8" de un barrio residencial de México. Diego se había divorciado, pero Lupe se negó a salir de la casa diciendo que era suya.

Prejuicios burgueses, alegó el pintor, y vivía en el segundo piso. Lupe recibía a sus amantes en el primero, entre ellos al joven Cuentas o Cuestas y Diego en rueda de amigos dijo que sólo había dos ingenios: el de Lupe y el de su amante, que era de azúcar...

Diego Rivera a pesar de su monstruosidad, ciento y tantos kilos de peso, se creía conquistador y hasta tiró cartas a María Félix, la estrella mexicana del cine, que luego cayó

enredada en la música de Lara y sus millones, el hombre más feo de México desde el tiempo de los aztecas.

Esta crónica la escribí hace treinta años atrás y nunca se publicó. Hoy sale en el libro de relatos y no la he variado sino en el exordio.

Muchas veces escribí para el pintor mexicano Diego Rivera y envié artículos a Fernández de Castro, director de la página literaria de el "Diario de la Marina", el más importante de La Habana.

Diego escribía con un lápiz grueso como si fuera un pincel y sus más pequeños artículos salían en treinta o cuarenta cuartillas, sin ortografía ni sintaxis. Al día siguiente yo los corregía y les daba forma literaria. Fernández de Castro, travieso y avezado en las lides literarias, publicaba los escandalosos comentarios sobre pintores, escritores y políticos mexicanos con el mayor desparpajo. Luego nos enviaba una veintena de ejemplares para que los distribuyéramos en los círculos intelectuales de la capital mexicana.

Muchos querían ultimar al pintor y muchos darle una paliza. Diego se ocultaba unos días, mientras Lupe Marín reía a carcajadas.

Una vez salimos de excursión con Lupe a Xochimilco, uno de los lugares más poéticos y que recordaban el tiempo de los viejos aztecas con su corte y sus flores, una serie de canales de agua que se atravesaba en balsas con música y flores, en medio de comidas y de pulque. Bailamos en una isla y nos divertimos como niños jugando en medio de los árboles a la escondida.

Lupe me dijo que no lo había hecho con nadie; me contaba su vida familiar y las extravagancias de su marido, que él las exageraba para que le temieran, pues siempre asistían a su círculo cobardes y tímidos que aplaudían a rabiar sus genialidades.

Esta crónica es de primera mano y no he tratado de rectificarla ni de herir al famoso pintor con el cual conviví un tiempo. Relato con simplicidad lo que otros escritores no se han atrevido a hacerlo por temor o por ciertos complejos que brotaban de su incondicional admiración. Luego los fulminaba con una mirada y la pistola 45 que tenía dispuesta en el cinto.

Más o menos escribí treinta años atrás:

El pintor más gordo que he conocido, de la época antediluviana en la cual grandes batracios se arrastraban todavía en los caudalosos ríos y en los arroyos dejando sus improntas pesadas en el suelo. Un cuerpo voluminoso, cabecita pequeña, con rulitos escasos de cabello, ojos como huevos de gallina, crudos, labios sensuales y gruesos, el cuerpo en rollos de carne que se aplastan y se encogen a voluntad como acordeones viejos. Sin embargo, unas manos admirables y en el cerebro un sentido de color y de gracia como nadie ha tenido en estas tierras americanas.

Es posible que el admirado pintor reaccione y me insulte, siguiendo su costumbre de atemorizar; inclusive me calumnie en "jerga staliniana", pretendiendo ser poseedor de la verdad; desenfunde la pistola mexicana y exclame que me matará sin piedad, como ya en alguna ocasión quiso hacerlo, pero conozco a Diego y sé que jamás ha dado un tiro, y la primera en reír será su esposa Lupe Marín, mi amiga deliciosa, la cual una vez me dijo:

—No le haga caso. Los que lo conocen no le tienen miedo, pero yo lo domino y me burlo de su genio y de su pintura.

Cuando escuchaba Diego, como saliendo de un trance onírico respondía con humildad:

—Es verdad, es verdad, "Lupe eres mi mejor crítico y hasta sabes los trucos que hago.. Me rindo: conoces mi fondo y mi trasfondo..."

—¿Alma?, me atreví a decir. ¿Dónde está? ¿En las vísceras, en el pincel o en esa frondosa imaginación que nunca descansa y que hace tanto bien como hace tanto mal?

Diego Primavera sonreía. Su enorme cuerpo Lleno de complicadas vértebras y el rostro que se le teñía de un lejanísimo rubor. ¡El rostro! Era verde, amarillo, los ojos echaban chispas y caía rendido en la vana tentativa de ponerse de pie. Por fin se incorporaba trabajosamente y la primera vibración estaba en su lengua de cascabel, el áspid siempre fresco y rociado con toda la gama de colores de su paleta.

Se creía joven y viejo, de una vejez estudiada -unos cuantos siglos- por eso conservaba incólume su memoria. Conoció a los ídolos aztecas, al presidente Guadalupe Victoria, a los guerrilleros del padre Hidalgo, al tirano Santa Anna, que se proclamó Emperador de México, a los revolucionarios actuales...

Cacique a su manera, al estilo de los viejos mexicanos, no admitía crítica ni réplica a no ser que se tratase de algo muy lamentable: la democracia, por ejemplo. Y entonces el pintor político se erigía en pontífice cuando alguna vez a su "atelier", reporteros americanos venían para cotizar sus cuadros, o cuando se trataba de algo muy ruin que él, elevado a los cuernos de la luna en su categoría de demiurgo, lo trasmutaba en virtud, para que los tímidos burgueses y los granujas de la prensa le hicieran propaganda servil, y las gentes extrañas dijeran a escondidas: ¡Ese Diego, ese Diego es un fenómeno...!

Un día fui a verlo, estaba de mal humor y de entrada, me dijo:

—La prensa revolucionaria ha pretendido silenciarme. Conozco a esos tales por cuales. Aunque los he pintado, los pintaré de nuevo...

Y su ocupación era pintar, pintar en las paredes que le daba el gobierno revolucionario, en los muros de Educación, en los de Agricultura, los frescos más atroces en estilo apocalíptico y sicalíptico, revolcando a sus personajes en el cieno, descubriendo las partes pudendas y las intención también arbitrándose el papel de moralista supremo, juez de la historia, sin apelación, con tal de estampar su firma en caracteres gruesos: Diego Primavera.

Así aparecieron en todas partes paneles con los mejores tintes en que se relatan la opresión del siervo y el sadismo del patrón, la estupidez de los conquistadores y la sabiduría de los aztecas, raza incomprendida y cruel que significaba por miles púberes y viejos, vencidos y príncipes que se habían atrevido a dudar del dios sanguinario que estaba presente en piedra y con ojos de záfiro, reclamando siempre nuevos crímenes.

—Ahora tratamos de volver a la barbarie científica — dijo Diego—. No mataremos sino a los extranjeros, y eso haciéndoles un señalado servicio. Usted, de pronto, puede ser sacrificado uno de estos días y le aconsejé prepararse bebiendo tequila y mexcalt, pócimas admirables para el valor. Nuestra revolución se hizo a base de estas bebidas.

—No mata a nadie, ni siquiera a un gato — interrumpió Lupe Marín— es el monstruo más domesticado de todos los tiempos. Tiene manía homicida como todos los de su generación pero tiembla a la idea de ser verdugo, a pesar de que se cree emisario de la justicia. Lo dudo.

Diego se puso a comer un plato de frijoles y chile, divagando en el espacio. Su mujer Lupe, estaba reducida a cero. El genio creaba, su mujer se burlaba. Todas las mujeres de los genios han sido así, cronistas fieles de las debilidades de los hombres.

—Si Diego se hubiese abstenido de irrumpir en el campo de la sociología como vengador apocalíptico quedaría como un apreciable pintor. Pero su manía de sangras, su afán de defender la historia, su historia, su cropolalia, lo sitúan en el género que él eligió. Mexicano, muy mexicano. Picasso y Dalí son sus rivales, pero él se imponía con su verba florida y su pistola. Los dos españoles son inocentes pajarillos al lado de Diego, ornado como está de un paisaje de basílicas, de endriagos, de vestiglos, de octosaurios y dragones. ¿Lo comprende usted? Toda la obra de Primavera es sexual desde el comienzo del mundo hasta nuestros días. Cualquiera de sus cuadros es la representación de un período de la creación del planeta; planeta, atrabiliario, no responde a reglas ni a escuelas definidas. Primavera es el fenómeno del siglo y además comunista...!

Lupe Marín me miró con sus ojos verdes profundos en el marco de su piel morena, la cara espigada como el cuerpo, graciosa para hablar y sonreír. Le había tocado la fortuna de domar al monstruo y lo tenía a su voluntad dominante. El monstruo en agradecimiento la pintó varias veces y muchos retratos suyos se lucen en la “Escuela Preparatoria de México”.

Lupe Marín de origen tapatío, nacida en los valles de Guadalajara conservaba el acento y la picardía de su tierra. Moviada por extraña impulsos planetarios aceptaba el rol que le había acordado la sociedad revolucionaria para captar matices y abcesos, tumores y la linfa clara que brotaba del pincel del genio. Soportaba enardecida cuando algún turista o reporteros venía al estudio del pintor para analizar y observar. La mayoría eran cretinos de editoriales. Entonces se sentía huérfana porque no hablaba con nadie y sus impresiones quedaban inéditas.

Tenía una triste experiencia de sus amigos intelectuales que un tiempo merodearon por su casa, resultando definitivamente “jotos”, es decir homosexuales o pederastas al servicio de la burocracia, tales como el poeta Salvador Novo, el enorme y cretinísimo Salvador, el inefable Javier Villaurrutia y otras más que pastaban en los jardines del presupuesto, en posturas de propaganda para atraer turistas y literatos extranjeros del mismo oficio...

Oyéndole hablar a Lupe apreciaba sus dotes perspicaces y su sagacidad cuando mencionaba entre risas a sus amigos de otro tiempo:

—Decía, relamiéndose, ese Salvador ha engordado como una vaca y no tiene ni veinticinco años. Se cree un adolescente y es el “joto” más viejo de su barrio. ¿Lo ha visto usted? Sus mofletes y caderas de jamona. Escribe con pluma de ganso los panegíricos a sus enamorados y los versos más sucios. Javier es más refinado y odia en silencio a Salvador, calificándolo de “joto” de provincia y además ridículo.

—Y esos mozuelos corruptos — pregunté— ¿son los que redactan los discursos y las proclamas de los generales revolucionarios?

—Desgraciadamente sí. Le sacan jugo a la revolución y viven de ella.

El pintor Primavera despreciaba a estos tunantillos y no les concedía piedad, esperando que la revolución social los exterminase irremisiblemente.

—No puede haber compasión para estos mariconcillos— dijo, e hizo un movimiento con el pulgar y el índice como si matara liendres.

Pero volvamos al pintor y a sus divagaciones.

Uno de sus deleites era la revolución social aunque no creía en ella.

Para matizar sus ocios se había adherido por capricho al partido comunista, veleidosamente yendo de un extremo a otro. Tan lo mismo aparecía italiano como trotskista. No obstante los succionaba, viviendo de la propaganda que le hacían.

Diego Primavera sentía pasión y mando de líder. Cambiaba de posición como cambiaba de colores. No le importaba pasar del amarillo al rojo y al verde, para volver a encarnarse con el menor pretexto. Tenía sed de sangre y como su sed era mexicana asesinaba por centenas con la imaginación y el pincel, no dando tiempo al entierro. Debido a esto, posiblemente, los cuadros que exponía tenían toda la leprosería habitual: cadáveres, gusanos, gusanos que salían de la boca, de los oídos y de los ojos; putrefacción en todas partes; pintura primaveral según la expresión de los críticos...

—¡Esos reaccionarios! — gruñía— no merecer ni el honor de ser devorados por los coyotes.

Tenía costumbre de hablar en tono apocalíptico, tratando de atemorizar a sus admiradores incondicionales, narrándoles las cosas más extraordinarias y falsas, y cuando alguien se atrevía a argüir le insultaba y hasta le calumniaba, usando ese lenguaje dialéctico que aprendió en la “Academia de Moscú”.

Tampoco creía en Stalin porque una vez me dijo, con toda frescura:

—Stalin tiene cabeza de maní y es más borracho que Churchill. Su dosis, para acostarse, después de ordenar los fusilamientos, es una botella de vodka. Cuando habla de marxismo se parece a los mexicanos que están en los cursos elementales. Lenin sabía que era un buen asaltarme pero nunca creyó en su talento. Se reía de sus escritos y le enviaba a que se los corrigieran. Yo quise hacerle un retrato pero no supe por dónde empezar, si por la cabeza o por los pies...

No obstante Diego cuando hablaba en público elogiaba a Stalin y tenía el mismo vocabulario de los académicos del Soviet: “vendido, traidor, lacayo del capitalismo, falsario, policía, granuja, espía, cobarde”. Sus amigos pintores eran todos reaccionarios. Y sus insultos caían como lluvia menuda y penetrante, desafiando a los tímidos burgueses que se rendían a sus plantas, algunos en cuatro pies.

Diego Primavera, alegaba como un marxista cabal:

—Los que no conocen sociología y el espíritu del burgués, pueden criticarme. Yo soy mexicano y aquí nos insultamos, sacando en “primer término la madre”, luego la pistola, y sobrevive el que tira primero. Esos adjetivos míos desmoralizan. A los revolucionarios les resbalan por la epidermis, sabiendo que la moral no existe, que sólo es un prejuicio y que ha habido tantas morales como los colores de mi paleta.

Y el famoso pintor tomaba asiento en un taburete, asentando sus enormes nalgas de varias toneladas de peso como si crease un mundo nuevo y los espectadores estuvieran anhelantes de ver el resultado...

—Si a mí me dicen las peores palabras del diccionario —agregó — inclusive las de mayor brillo en la lengua mexicana como cabrón, bolsiqueador, traficante de cocaína, ¿cree usted que me indignaría? Jamás. Pero, si los calificativos vienen del partido, ya tienen algún valor, representan una acusación y su permanencia.

—La “Liquidación” tal vez — le respondí — la pérdida de la personalidad ¿Qué le digan a usted que es una especie de Dumas de la pintura?

Diego Primavera tembló, porque el asunto le parecía serio.

—Yo, — respondió sin rubor — he pertenecido a todos los partidos, es verdad, desde los más reaccionarios hasta los super-revolucionarios, pero me parece que la política es eso: ser político, revolcarse en la tierra...

—Pero, ¿qué es la política? —agregó — un trampolín cómodo que se lo puede usar a disposición cuando uno posee talento mediano. La política no es de los grandes talentos, ya lo demostró el pobre italiano Machiavelo que se moría de hambre y nunca llegó a ser sino un simple secretario. Sirve la política para hacerse elogiar por unos u otros y abandonarlos luego, después de que le han dado credenciales. ¡Idiotas! Y también fortuna. Si la revolución mexicana no hubiese sido tan sangrienta, estaríamos todavía pintando paredes para el vecino, como el desdichado Hitler en su primera época.

—¿Quiere decir, entonces que la revolución ha sido benefactora?

—No. Las revoluciones no son benefactoras jamás: son justicieras. Si encuentran al que sabe servirles lo utilizan. Poetas, pintores, sociólogos, generales, genios, todos tienen necesidad de escenario y al encontrarlo se acomodan a él, defecto del capitalismo decadente que no los descubrió a tiempo.

* * *

Diego Primavera tuvo veleidades trotskistas de las que se arrepintió muy luego, Alojó en su casa al gran perseguido León Trotsky, para traicionarlo en la primera ocasión. Es decir no lo traicionó: cambió de papel. Tenía su paleta necesidad de nuevos colores y de matices. No

obstante apareció Primavera tan fresco como antes, pidiendo su reincorporación al stalinismo porque era parte de su alma cavernaria y cómplice.

En esa época destiló algunas frases de sus labios gruesos y carnosos:

—¿Qué le importa al stalinismo que se lo traicione cuando se lo sirve con fidelidad, dándole crédito? Un pintor que se adhiere a las purgas es difícil y menos a la esclavitud. Se precisa tener la pasta de mi querido amigo Alvaro Sequeiros, militar de profesión, guerrillero por temperamento y pintor por afición. Cuando se es Sequeiros, véase la pintura con otros ojos. Se imagina que uno vive en el Renacimiento italiano con filtros, papas y condotieros; se sirve incondicionalmente por el placer de la sangre. Yo soy Primavera. Varío todos los años como las serpientes y cambio de pelaje y de ideas con el viento norte y con el sur, con el mar y con el movimiento del planeta, que no es el mismo en ningún segundo de su larga historia de milenios de siglos. ¿No piensa usted lo mismo?, se atrevió a decirme. Trotsky un vencido, un divagador brillante y un teórico del pensamiento, tenía que ser derrotado por la estupidez y la malicia de ese mundo nuevo que pretendió crear. Lo creó un comisario de policía. La historia humana es cruel y si no fuera así no sería historia de los hombres. Stalin, en cambio, poseía todas las virtudes del mediocre ensimismado y la cabeza de alfiler de los conductores de pueblos. Por eso no se equivocaron los comisarios rusos al elevarlo a la categoría de “Jefe Único y Monarca del Planeta”, para que los escupiera y les diese de puntapiés y el obsequio de un tiro en la nuca.

Me atrevo a hacerle una pregunta última, sospechando qué es lo que me responderá. Aprovecho la ocasión de que se encuentra manso y que necesita hablar.

—¿Y por qué esas contradicciones tan frecuentes en su alma y en su organismo?

—Ya se lo he dicho y me parece que no me ha entendido usted. Jamás Diego Primavera ha sido dos veces igual. Es un planeta en rotación: todas las furias y las gracias en una sola estructura.

—¿Gracias usted en las gentes?

—Ahora me doy cuenta de que las gentes me visitan para verme devorar cabritos y batracios que me brinda Lupe todos los días en el desayuno. Un ser que se estima, tiene la obligación de no ser nunca igual. Lo que hoy es verde mañana es mentira y viceversa. Sólo los fanáticos de las religiones creen que el mundo es eterno, inmanente, creado exclusivamente para ellos y a su deseo, para que gocen, forniquen y se mutilen en homenaje a Dios. Yo vivo para el Sol y la Gloria. En la luz y los matices de mi paleta. Por eso cambio de color, que es como cambiar de piel. Alma no tengo; nunca la he tenido. Soy por esta razón amasijo de órganos deformes y monstruosos como la mayoría de los hombres, pero me diferencio de ellos porque hace siglos que he nacido... Todo lo he gustado, y posiblemente si vivo un siglo más los biógrafos que se ocupen de mi arte me describirán “elegante y delgado”, de buen mirar y hasta galante. La actriz de cine María Félix, “esa Casanova con faldas”, ya me vio así, pero se enredó con el músico Lara que es tan horrible y lleno de cicatrices, que a su lado yo soy un Adonis. Todo se perdió en un minuto. Soy el único ejemplar brotado de tierras mexicanas, y debido a eso ya me consideran en vivo, un monumento nacional. “Julio. Jurenito” debido a la pluma de un escritor ruso es una pobre biografía de mis arrebatos de pintor y hombre de acción. Su mérito consiste en que después de ser stalinismo como yo, se arrepintió en la vejez y lloró delante del público ruso.

Lupe Marín, agradable y bella, con la piel tostada del trópico y unos ojazos verdes, me sonrió con alegría. ¿Otra vez a Xochimilco? Me hizo un mueca y señas para que me fuera. Me fui.

—De un momento a otro Diego Primavera puede romper sus cadenas y como animal antediluviano es muy peligroso.

México 1929

ROSALÍA

(Visión de una rumba habanera)

Eso era en los tiempos, (la belle époque) como llaman los franceses. La Habanera era un cabaret de los americanos que disponían a su agrado: finanzas, mujeres, música y todo lo demás... El pueblo más cordial de la América Latina y el más acogedor, sin duda entre todos los pueblos del continente, era La Habana. Más tarde se bañó de sangre y sigue en su afán de ser muy distinto de lo que en realidad es: cordialísimo, amigo de la broma y de la crítica. Ahora se ha vuelto político y pretende convertirse en "líder de la revolución", aunque la rumba es su himno y todo allí, en esas playas, se mueve a compás de la música y hasta los gestos más fieros se diluyen en sonrisas.

En ese tiempo visité La Habana y me topé con sin número de amigos tropicales tan expertos en todo y de una locuacidad abrumadora.

Recuerdo a don Juan Antita médico homeopático, gran señor, dicharachero y libertino a su sesenta y pico de años, grave y solemne para divertirse a su antojo, curandero y entusiasta por las aventuras y chascarrillos, poniendo su claro ingenio a disposición de sus amistades, la mayoría mujeres, y su sangre liviana para aparecer unas veces monje del Renacimiento italiano, mezcla del Aretino y Tetarca, y otras como legislador de sus principios y de la isla a la cual adoraba.

Fue con él que recorrí los barrios pintorescos de La Habana a las dos de la mañana. Nos precedía el embajador de México don Carlos Trejo de Tejada, varón de suficientes hígados y de esclarecida memoria, descendiente de uno de los Presidentes mexicanos que hizo historia y reformas al lado del indio Benito Juárez, el más grande de su tiempo y de su raza; también estaba en la partida el escritor Fernández de Castro, el cubano más jovial y más gentil con los extranjeros. El cubano tiene esa particularidad entre las gentes de América: es extravertido, humano y alegre. En dos segundos le tutea y le invita a la amistad si es que simpatiza con uno. La Habana que yo conocí, es una de las pocas ciudades de espíritu jocosos que no padece de angustias y hasta las lágrimas se transforman en risas...

Don Juan Antiga caminaba a mi lado tieso como una caña de Indias, flexible de cuerpo a pesar de su edad, vestido impecablemente de traje blanco de lino, cuello duro, corbata negra y en la nariz unos quevedos redondos y enormes de los cuales colgaban unos cintajos que se abrochaban en el ojal de la solapa con broche de oro.

Yo, más alto que don Juan, la barbilla tupida y con aspecto de fakir, los "bolsillos llenos de poemas y de dólares", según la expresión del poeta Porfirio Barba Jacob, que también vivió en La Habana e hizo sus correrías entre sorbos de ron y negritas.

—Apuesto, me dijo don Juan, que no conoces a las morenillas de La Habana.

—En verdad, no.

—Y te digo, que lo mejor que tiene este país son sus morenillas, naturalmente fuera de los mariscos y de sus revolucionarios...

En ese entonces Cuba estaba gobernada por el siniestro Machado que liquidaba a sus enemigos arrojándolos a los tiburones.

—Realmente, añadí, nadie me ha introducido a esos círculos tan elogiados por usted y además que cuente con un amigo tan elegante y de tantas campanillas.

—¡Oh! Mi dilecto amigo, el plato hay que gustarlo en su propia salsa y tiene que ser después de una cena con langosta y muy buen ron.

Luego don Juan me hizo una larga descripción de las diferentes calidades de negros y negrillos desde los nañigos fanáticos y supersticiosos hasta los jamaiquinos con trompas de

elefante; pero en todo caso los negros habaneros poseían cuerpos flexibles como arco de violín y piel suave como el marfil.

—Con la explicación deliciosa que usted me ha hecho —le dije — creo que estoy en disposición a gustar esa deliciosa carne negra en su propia salsa y con el honor que se merece.

Don Juan reflexionó unos segundos y puso cara de filósofo. Cambiase de lentes y voló su imaginación en la búsqueda de negrillas:

—Ana María, Pagú, tal vez Suspiro. No sé si estarán en casa. Vamos a hablarles por teléfono. Son mulatitas de calidad y muy suaves y tiernas. Te recomiendo a Rosalía (me tuteaba y a ratos volvía a la dignidad del usted). Es admirable y posee un vientre que es un primor. Y nadie hay en La Habana que le gane a bailar rumba.

Arreglamos la fiesta y les dimos cita en el “atelier” del pintor Vals, cuyos dibujos y pinturas trasuntan valores y matices negros, la sorpresa de rasgos psicológicos en el deleite y delicia de las curvas.

Jaime Vals en esa época era pintor de éxitos y su taller confortable con tres salas se prestaba a los cultos esotéricos. Además disponía de un coche lujoso, de una magnífica ortofónica y licorcillos guardados en el vientre de un muñeco que servía de cantina.

Fuera de esto el espíritu de camaradería se notaba al segundo y aún las discusiones enardecidas las suavizaba con tono cordial y de señor. Cuando llegamos ya estaban instaladas en los amplios sillones las negritas. Nos recibieron con muestras de regocijo y ensañando su blanca dentadura. Tenían en la cabeza “foulards” de colores vivos y sus trajes estaban ceñidos y pegados a sus carnes ardientes del trópico. Ana María era un poco gruesa, con las caderas amplias y senos enormes. Rosalía se veía flexible y el color de la piel purificaba con gotas de sangre blanca; su tinte adquiría así el tono feliz de la mulata sin perder las ondulaciones de la negra y la palpitación misteriosa de su tierra. Suspiro, la mayor de todas, llevaba un bazar de adornos en las manos, en el cuello y en las orejas; temblaban sus senos y los dientes blanquísimos estaban enmarcados por labios rojos como heridas. Pagú tenía el trasero rebelde y levantado y unos brazos como serpientes que deseaban abrazar.

Indudablemente, había rango y distinción en las negrillas. Se notaba calidad y clase. En los brazos torneados de ébano, inquietos y suaves llevaban brazaletes y joyas baratas; de sus orejas pendían zarcillos de perlas japonesas y se abanicaban con plumas de garza salvaje despidiendo luz y fuego por los ojos que a veces parecían blancos.

Para contraste de la fiesta también estaba invitada una “flapper” americana y rubia, de formas opulentas, pero nosotros teníamos interés en las curvas de las negras.

* * *

El pintor Vals puso discos en su ortofónica, de esos tan populares en los ambientes de América, mientras el doctore Antiga sabio en curar enfermos con sólo una lechuga y su mirada, preparaba cocteles mágicos, explica las fórmulas, y su voz, hacía confidencias, igual que los monjes al preparar sus filtros. Al mismo tiempo la música sensual desataba las piernas y más de una mano exploraba con suavidad los muslos de las negrillas...

—¡Que baile Rosalía! — dijeron todos.

De un ángulo de la sala brotó el cuerpo cimbreado, cadencioso, lascivo, incendiando el aire con sus ojos de fuego y la lujuria que se desprendía de sus curvas. Era tal vez la Josefina Baker o mejor que la artista, incansable en el ritmo, el trasero rebelde que llevaba a compás y lo descomponía para encontrar nuevos ritmos que emergían de sus caderas y del vientre, además el son y el tonito azucarado al hablar, la chispa y la intención amable y zalamera de Cuba.

—¡Oye chico, no te vayas a ensuciar!: este cuerpo es tuyo, ven tócame.

Pero Rosalía sin camisa es otra cosa. La rumba según la expresión y el folklore cubano hay que bailarla sin camisa. Rosalía sin camisa estaba en la tela del pintor Vals: fruto sazonado

del trópico bajo un sol de fuego junto al mar de tiburones, de langostas y de políticos. Diez y ocho años: cuerpo de diosa nubia, nariz un poquito ancha y graciosa; labios de guinda, carnosos y sensuales que se abren a cada instante para sonreír; senos en flor, terminados en puntas, duros, firmes y desafiantes. De su cuello de marfil, una línea admirable ondula por la espalda y se desliza suave hasta abultarse y dar nacimiento a un traserillo levantado y redondo y brutal. Y su piel fina y sus muslos y sus piernas de bailadoras de rumba. El vientre de comba y reluciente como un espejo. De ese vientre brota la rumba; de ahí nace el ululeo como un mar. Los golpes secos y a compás como las olas al quebrarse sobre las rocas. Baile enloquecedor, lúbrico, afro cubano que enardece y se convierte en lengua de fuego que acomete e incendia, que ofrece y rechaza. Se oyen gritos horribles, mordeduras de serpientes en celo, el espasmo triunfante que a veces es movimiento, quietud, ternura, furor y delicia.

Y no hay descanso. La rumba es baile de sexos delirantes; desafío de traseros y vientres que hablan su lenguaje; espectáculo tan fuerte como la sangre. Se oyen las maracas, el oboe, el bongo y el cornetín que nos recuerdan cantos y ritos del África. Y las carnes son pinchadas con alfileres al rojo vivo. Un deseo de vivir, de poseer, de entregarse locamente. Y después el largo abrazo y el trasero retozón que viene y va, ondulante, sin descanso. Las caderas se quiebran y las piernas alternan, el torso vibra y el vientre es un espejo de luces.

Rosalía bailaba admirablemente y nos arrancaba gritos de júbilo.

Desde el primer movimiento de entrada hasta el último puso ardor y magia. Y era evidente, según el viejo Antiga, patriarca y arúspice de la isla: esas caderas sabían triunfador en el baile y en el lecho.

—¿Quieres que te haga un retrato? — interrumpió cándidamente Vals—. Tu cuerpo es hermoso.

Los dedos del artista se animaron al catar líneas invisibles pero al instante quebró los pinceles con rabia. ¿Podíase acaso pintar el furor de la danza, el movimiento diabólico y la sensualidad de esta negra? Levantó la copa en alto y a manera de homenaje, exclamó delirante:

—Brindemos por Rosalía y por la isla. Eso es Cuba: ¡tierra de gente alegre, apasionada, dulce y tremenda!

Respondimos con la copa en alto. Había más que baile: un rito, una exaltación patriótica que empezaba con la rumba y concluía con la muerte.

Rosalía desnuda paseaba por la sala entre las sombras que la pincelaban y realzaban su piel de mulata. Bailó muchas rumbas y cayó rendida, los ojos ardidos y anhelante el corazón para refugiarse en los brazos de todos. Ana María y Suspiro bailaron también, igual que Pagú, arrojando una a una sus enaguas de seda y sus trajes en las manos de los invitados como los toreros sus capas en el ruedo. Sus cuerpos jocundos enmarcaron el de Rosalía.

—Esto es el trópico, el sol y la luz, la selva y lo que imaginaron poetas y pintores al enamorarse de paisaje maravillosos: Baudelaire y el ingenuo “aduanero” Rousseau y Gauguin.

En un rincón Fernández de Castro cortejaba a la “flapper”. Invítóle a bailar pero el ritmo de sus movimientos no era el mismo. Sus caderas no se partían con rapidez y había algo de pesado y deforme en su cuerpo blanco y opulento. La rumba no era su baile, no entendía el misterio de la tierra caliente y sus ojos no derramaban lágrimas de ternura ni se conmovían.

En la penumbra, un ahora después, anunciaban nuevos exorcismos. El viejo Antiga nos impuso silencio. Ahora se oían gritos pausados y a veces exaltados como en las macumbas; se desvanecían en quejas y lamentos.

Ana María y Pagú acompañaban el rito de pie y con un cirio en las manos. Una voz de bajo se oía como si saliera de un cántaro rajado.

Tan, tan, tan, luego negrillas desfilaron en procesión y se esfumaron en la sombra. Otra vez el silencio.

En uno de los ángulos sobre un sofá el cuerpo desnudo de Rosalía se hizo presente al brillo extraño y rojizo de un mechero de luz que filtraba en la estancia. Aquello era otra pintura. Ahora se veían sus muslos admirables, los senos pequeñísimos y firmes y una mancha que sombreaba el sexo. Pintura de Goya, de Manet o de ese extraordinario Modigliani. Estaba cansada y dormida. Me acerqué a ella y la besé en la boca, sintiendo al instante sabor de moluscos y de algas marinas. Entonces sus belfos carnosos me cubrieron la cara, la atraparon, la deshicieron y me pasó por las venas la descarga eléctrica de la anguila: mezcla de rubor y de temor, perfume de nardo en la sangre caliente y la perdición del demonio para siempre en todo mi ser, poseído y aniquilado por el fuego del infierno.

La Habana, 1930

Este relato lo encontré inédito en la valija del poeta Barba Jacob, en México.

Muchos años después, siquiera treinta o más, La Habana volvió a la rumba al compás de la balas y de los gritos frenéticos de la revolución, en baños de sangre y centenas de muertos, fusilados en el Paredón, fría y fríamente.

El viejo don Juan Artiga, murió muy viejo, después de haber sido ministro de Salud en uno de tantos gobiernos. Con sus clarividencia pronosticó que el país sería arrasado de un extremo a otro como en los relatos de la Biblia...

1964

BIOGRAFÍA DE UN ORIENTAL: DON DANIEL

Lo estoy viendo a mi amigo oriental perdido entre matorrales, en medio de la selva cruceña, dando voces como si fuera un general, riendo a solas, escribiendo en la oscuridad, relatando cuentos fantásticos de luchas con leopardillos del vecindario, porque don Daniel fue periodista y ahora se ha vuelto escéptico y socarrón no dando su amistad sino a muy pocos. Tampoco nadie lo visita.

Jamás don Daniel, como le llamamos familiarmente, quiso aceptar ninguna invitación, ni tampoco le interesó la novedad de los recién llegados.

Vive retraído, silenciosamente; ha ejercitado diversos oficios para ganarse el pan y naturalmente tiene un panadería. (Más bien, es su esposa, con sentido práctico, la dueña del negocio).

No obstante su vida es interesante en la falta de lecturas últimas con su imaginación caudalosa, porque nació para figurar, para hombrearse con el medio, y la mala fortuna cada vez lo ha ido reduciendo al silencio, hombre en medio de sombras y literato eficaz con ingenio cuando publicó algunos libros.

Pero de esto ya pasan treinta años...

Lo más interesante de don Daniel es su charla colorida, versátil y localista. Nada es serio en don Daniel, ni siquiera su persona ni su filosofía. Festivo, humorístico y agradable pertenece a esa generación que flirteó con el "socialismo". Generación desdichada que padeció, sufrió, pretendiendo erguirse en un ambiente conservador, entre las piedras grises del altiplano y la maraña de la selva. No tuvo éxito ni recogió las mieles. (Los que son precursores, jamás tienen éxito. Esto está escrito en el libro de los libros).

Fue otra la que aprovechó después. Turbia, estúpida y multitudinaria que apareció en turbión en el escenario patrio: insignificante y agresiva, pero dotada de un arma: la demagogia, dispuesta a tragar y a divertirse con la "revolución". Aparecieron torcidos y deformes con el banderín del "nacionalismo" y con su jefe el señor Paz Estensoro, que disponía de la estupidez

del país y de su séquito que estableció tienda mercenaria durante doce años, en todo el territorio cantando un himno que revolvió el estómago.

* * *

Lo estoy viendo a mi amigo, don Daniel: es él mismo; el que me hablaba en la puerta de la quinta donde vivía en Santa Cruz y donde me llevó la aventura, el “retiro obligado” y pude sobrevivir entre el hambre, las personas grandes y pequeñas que me rodearon, haciendo frente a toda clase de dificultades.

Don Daniel fruncía el ceño al hablar. Tan pronto aparecía su risa socarrona como el gesto agrio, solemne, de perfecto comediante, imitando a unos y a otros. Los ojillos móviles y pequeños, achinados, se insinuaban a cada alocución; había algo de picaresco en su mirada. Se complacía en tejer astucias y desenredarlas por puro gusto; en dar movimiento y vida a lo más inverosímil sin que su cara de oso amaestrado o de caimán de arroyo, se inmutase sino en la medida precisa de la intención.

Lo veo agitarse, mover todo el cuerpo voluminoso y sin embargo ágil sentándose y levantándose a cada instante, haciendo rebúsqueda de frases en su cabeza enorme y su frente abombada; arquearse como un violín, reír a mandíbula batiente y mostrar en el curso de la conversación sus dientes disparejos (acaba de gastar en el dentista y sus dientes son tan afilados como los de un ratón), los diferentes gestos de su rostro tan pronto socrático como de Rabelais, el accionar de sus manos y su dedo tieso y acusador de sus manos y su dedo tieso y acusador que jamás lo dobla por un accidente de la profesión, (infección de espina de cuguchi) pues don Daniel hizo de todo: médico de cambas, abogado de necesitados ante comisarías, periodista agresivo, comerciante, adivino y seductor, hombre sin suerte, rico en ideas simples y sin embargo condenado por la pícara vida a ganarse el pan dura y risueñamente.

* * *

Hace años que conocí a don Daniel, allá en mi juventud, cuando él luchaba en el altiplano y forzaba por abrirse una rendija a través de las letras. Lo perdí de vista por muchísimos años. Nunca supe nada de sus andanzas y tropelías ni de sus escritos hasta que una tarde en el camino de la quinta, cerca a la besana, me di de narices con él ya entrado en años pero todavía con el ademán enérgico, la risa fresca en los labios y junto a la anécdota picante y el comentario sabroso —entre un juicio y otro sobre los hombres, el país, las letras y los valores — cosa difícil cuando uno encuentra a cada paso gente con el bocio a cuestas, que le sonríe sin saber por qué...

Bolivia es nación mediterránea e ignorada que nadie la conoce ni los mismos bolivianos ni los extranjeros comerciantes que habitan su territorio y viven llenos de prejuicios, excepto los poquísimos buscadores de oro y de berilos en el altiplano y en la selva, sin otro interés que la búsqueda cultural y también histórica...

* * *

Y a propósito quiero hacer hincapié sobre un juicio del intelecto peruano Luis Alberto Sánchez, muy conocido en los círculos de América que acaba de escribir en la revista “Zig-Zag” de Santiago de Chile un artículo sobre los escritores bolivianos a quienes califica de “encuevados”. Hasta cierto punto tiene razón cuando habla de ese genio que alumbró América, llamado don Franz Tamayo y que nadie lo comentó excepto un inglés de apellido Osborne, y tantos otros que vivieron los amigos, soñaron y nunca dieron a la literatura otro valor que la expansión espiritual y familiar, siendo ignorados de todos los pueblos del continente. Igual que los persas y los hindúes, o los chinos que han vivido siglos en la filosofía y la literatura, sin ser difundidos por las agencias y los servicios de propaganda occidentales. Pero a lo que veo, Luis Alberto Sánchez es un intelectual urbano, de charla de café y de viaje en berlina o trasatlántico, con la pluma sopada en la última charla, ávido de cotización literaria, la piel mulata, sensible al halago y los ojos saltones de catedrático aprista. Este tal Sánchez no conoce Bolivia sino a través de invitaciones, copetines menudos en las Universidades inocuas y las recepciones frívolas. Por eso, no es de extrañar que escriba de prisa, cumpliendo un compromiso editorial para ganarse la vida. Es el turista literario que recorre pueblos y que nunca ha andado dos leguas y pie y menos ha sufrido hambres; no tiene las cicatrices del camino. Hace treinta años que anda exiliado para recobrar el puesto de rector de la Universidad de San Marcos que él lo ha convertido en vitalicio.

Es muy difícil en estas circunstancias que conozco lo más apetitoso del viaje: la aventura. Y es improbable que un señor de campanillas como él, literato municipal de Lima se aproxima a la fuente de la ingenuidad y de la verdadera literatura, que es la está derramada en América. Por ejemplo, que conozca a los “nativistas” y poetas vernáculos. Que se haya topado con don Daniel y con tantos otros que no tienen nada de “encuevados” ni de silenciosos y que lo único que les falta es tribuna para su expresión. (En los pueblos pequeños no hay otro sitio de publicidad que la tienda o la farmacia de ungüentos para dar rienda suelta a la imaginación, pero siempre con peligro de la policía). ¡Oh, si los bolivianos dispusieran de medios de publicidad y contaran con rotativos como “La Prensa” y “La Nación” de Buenos Aires, o por lo menos “El Comercio” de Lima para irradiar su pensamiento, o siquiera “La Tribuna” aprista, maestra en el arte de abultar y prodigar alabanzas a sus líderes, estaríamos servidos. Y se conocería a Jaime Sánchez poeta de infinitos vuelos de extraña metafísica como no hay otro en América y tantos más que no los cito por dificultades...

Lo curioso es que Luis Alberto Sánchez no se atreve a hacer la crítica de los intelectuales argentinos o cubanos que son extravertidos, es decir el polo opuesto de los altiplánicos.

* * *

Don Daniel, nombre extravertido por necesidad y fecundo de imaginación, vale tanto o más que cualquier coterráneo de Sánchez. No acierto a comprender cómo el escritor laureado Diez de Medina, gloria de las letras nacionales no le dijo más a Sánchez y lo dejó que se fuera tranquilamente de Bolivia, después de cobrar en oro sus conferencias académicas. Lo cierto es que en Bolivia se ha cultivado desde la colonia el humorismo entre gentes de exquisita inteligencia y de muchos quilates, haciendo caso omiso de las opiniones extrañas. Que no nos venga el catedrático Sánchez a darnos lecciones y, a que le festejemos su descubrimiento de que los bolivianos somos “encuevados”, porque le podríamos probar con ventaja que en el partido aprista a parte de uno o dos la mayoría son más “encuevados” que los bolivianos.

* * *

Me sirvió mucho don Daniel en el “retiro obligado” con sus consejos oportunos, sus mentiras piadosas, sus relatos inverosímiles mientras me afeitaba y vestía, al extremo de que sus visitas frecuentes levantaban mi ánimo y le daban vuelo en el bregar absurdo y diario de seguir tecleando la máquina sin sentido...

En sus relatos don Daniel era inimitable. Tomaba cualquier asunto en el recuerdo de su imaginación y lo cubría de galas, de flores, lo adornaba y realizaba de tal manera que el oyente seducido por su verba y sus mentiras caía seducido...

Describía hombres, mujeres y paisajes al minuto. Se alejaba a veces del relato para ponerle marco, sacaba mandrines de su cubil, del palacio encantado y de la casa vieja y al hablar los estaba reviviendo. Veía bosques, oía ruido de agua, volaban silfos por el aire, brujas; se topaba con magos poderosos o se encontraba con doncellas cándidas y bandidos terribles. Describiendo a las mujeres degustaba a su sabor usando un léxico especial: “magníficas piernas y voluptuosas caderas, ojos dulces, cabello ondulado y suave.” Todo lo había visto y lo más curioso que en los cuentos se arbitraba siempre el papel principal de testigo o actor para dar mayor veracidad a lo que decía y tener suspendida la imaginación del oyente.

—¡Oh, — exclamaba, frunciendo los ojillos pícaros—, cuando yo la tomé a la “peladinga” esa en mis brazos y me fugué al bosque...! Que de disgustos, de fatigas y de hambre. Finalmente crucé el Río Grande y ella se perdió para nunca más volver a verla. ¿Me cree usted? Su padre, un viejo cacique, la recogió y años después...

Hubo un silencio. Le pregunté irónico: —¿qué sucedió?

—Figúrese usted, figúrese, fue a dar al campamento del general Toro, obsequiada por algunos oficiales adictos, en bandeja, y llena de flores...

—¿Pero es verdad, don Daniel? —le repetía cándidamente.

—La verdad absoluta. Algunos historiadores de la guerra han relatado el pasaje. ¡Lo merecía el general Toro por sus hermosas derrotas!

Otras veces me contaba sus lances con bandidos redomadas cuando él estuvo en la provincia de Cordillera, presenciando escenas tremendas. Un amigo suyo, el “fiero Suárez” de origen tarijeño, por encargo del gobierno de Hernando Siles “liquidó” en una sola expedición a más de sesenta bandidos.

—Los ataba el “fiero” debajo del catre donde dormía, les daba agua y comida por última vez y de mañanita los ultimaba con un tiro de pistola en la nuca, igual que lo chequistas rusos. (Añadía, relamiendo el recuerdo). ¡Pero qué bueno era el tal “fiero”! Un cordero en la amistad y muy íntegro. Bailarín de primera y amigo de las buenas mozas. Farrista consumado y a mí me quería mucho...

* * *

Discutíamos nerviosamente ya por costumbre sobre diferentes temas y don Daniel no se acertaba en eso de poner apodos y tatuar a sus personajes. Los mataba como el “fiero Suárez”, si no de un tiro de pistola en la nuca calcinándolos con una frase.

—Yo creo, me dijo un día, que nuestro país ha estado gobernado siempre por bandidos, y si el “fiero” Suárez no llegó a la Presidencia es porque le faltó oportunidad. Y si usted revisa la historia patria que nos trae recuerdos de la infancia comprobamos que fulano y zutano fueron tremendos bandoleros, enfermos de diencefalosis.

—¿A qué se refiere usted?

—Al diencéfalo, explicado por Nicola Pende, célebre profesor de la Universidad de Roma. En el diencéfalo están todas las pasiones y los crímenes que muchas veces vienen del ancestro... Hasta el erotismo...

Usaba una terminología pintoresca y colorida que no es frecuente en la charla. Así cuando quería elogiar a una mujer, decía: “buena argolla”. Y si se trataba de hombres de su terruño empleaba: “opa letrado”, “buey sumiso”. Al que le era simpático o veía en él un triunfador del pueblo: “garganta segura para hablar al pueblo y bragueta firme...”

* * *

Don Daniel ya en edad madura había participado en una expedición buscando un avión perdido. Se trata del “Juan del Valle” del que no se tenían noticias. Era divertido oírle contar esta aventura.

Tenía costumbre de encogerse de hombros, de volverse pequeñito, es decir insignificante, de disminuirse él mismo hasta la piedad.

Solía decir: “yo que soy un pobre y mísero hombre, el más mísero de los seres. Yo que vivo en la miseria y la orfandad”. (Y luego ensartaba una serie de frases picantes y cáusticas con burla de las gentes). “Yo que soy nadie en esta tierra”, fui comisionado en cierta ocasión para buscar los restos del “Juan del Valle”. Hacía tiempo que todos los pasajeros estaban bien muertos, (cadáveres), comidos y devorados por los gusanos y posiblemente no quedaban ni los huesos, pero un comité patriótico local quiso descubrirlos vivos, para los cual organizó una comisión de salvamento. Naturalmente don Daniel, el más descreído, fue elegido jefe de tan filantrópica empresa y como es de regla se compraron vituallas para que la expedición no careciera de nada: machetes, víveres, medicinas, etc. También como es de ritual, se despidió a los expedicionarios con bandas de música y discursos conmovidos.

(Aquí don Daniel hace una pausa y lanza una carcajada, expidiéndose:

—Tuve que hacer cara de circunstancias, derramar una que otra lágrima y dar un serie de abrazos, cariñosísimos... Se suponía o suponían mis enemigos que yo debía perecer en esta expedición tan peligrosa, internándose por parajes desconocidos, pero sucedió al revés. Dos semanas tardamos en llegar a un poblacho en cuyos contornos se creía que estuviesen los restos del malaveriado avión. Afortunadamente una viejita interesada de las que no faltan en ninguna parte ni en la puerta del infierno, me dijo dos frases al oído:

—¡Pero que farsa don Daniel! Aquí no ha caído ningún avión. Se sintió el ruido del motor pero de esto a que sepamos dónde están los sobrevivientes, dista mucho.

—Cállese por favor, le dije. Ni una palabra a nadie porque nos arruinaríamos todos.

—Entonces arguyó la viejita con profunda convicción: hay que abrir los bultos y distribuir las provisiones entre los verdaderos sobrevivientes que somos nosotros y el asunto queda concluido. Ahora si usted quiere introducirse a la selva por su cuenta y riesgo eso ya no me interesa.

—Ni una palabra más — respondí casi emocionado, agregando —: ahí está las provisiones...

—Pero esto no fue nada con los que tuve que soportar después. Me encontré de sopetón como cuando uno da vuelta una esquina y se tropieza con un toro. ¿No se imagina con quién. Con el famoso y terrible “fiero” Suárez. Y antes de que nos diésemos el abrazo “cordial y efusivo” de los bolivianos, el “fiero” ya me soltó a la cara: ¿cuánto has traído?

Le tuve que mentir, como es de regla en estos casos y justipreciando la cantidad que me habían dado que no era mucha, pues los dinerillos del Estado se van casi siempre en preámbulos y francachelas. Así que le dije, la cuarta, y compungido como si hubiera sido estafado el “fiero” me acompañó a protestar.

—Pero están locos esos tales por cuales. Me miró a los ojos fijamente. Eso es una insignificancia y no se podrá encontrar el “Juan del Valle” lo menos por cincuenta mil pesos. Te has hecho estafar y eso que pesas en el vecindario de Santa Cruz como un pícaro. Yo por mi parte he gastado un dineral en búsquedas y rebúsquedas y no se a quién cargar la cuenta. En fin, confío en tu honorabilidad. Dame esos cinco mil pesos que te quedan: ¡son míos!

—El “fiero” era inflexible en cuestiones de dinero y no se le podía eludir, teniendo la pistola siempre lista en el cinto. Alegé lo que pude y después de gestiones difíciles le puse en las manos tres mil, quedándome yo con el resto. El “fiero” refunfuñando y sospechando que le estafaba alargó su mano y a manera de consuelo me dijo:

—Aunque dudo que podamos cumplir con la sagrada misión de rescatar a los del “Juan del Valle”, creo de mi deber aceptar esa pequeña suma que no compensa ni el sueño ni el sacrificio. De todas maneras te agradezco. Y levantado la voz como un gran capitán de tropas ordenó “ipso facto” que le trajeran dos docenas de cerveza y que se presentase la banda de música del lugar. Y agregó: ¡a bailar se dijo y que vengan las peladas y todas las que quieran divertirse con nosotros que para eso somos comisionados del gobierno. Y bailamos muchos días hasta que se agotaron los recursos y nuestras fuerzas de tanto beber y amar. Finalmente el “fiero” para quedar fino conmigo organizó el banquete de despedida en el cual con frases felices de algún personaje de Cervantes, habló:

—Si no se ha hallado el “Juan del Valle”, que ya no hace falta, en cambio ha llegado “Daniel, mi íntimo amigo”, testigo de hazañas en la provincia de Cordillera y de otras, que no quedarán inéditas porque su pluma las hará brillar y rebrillar a la luz de los acontecimientos históricos, de haber librado esa zona de tremendos bandido y malandrines que se apoderaban de lo ajeno, especialmente del ganado, comiéndose solamente la lengua y el resto para las “suchas”. Y no había deleite ni tranquilidad en esos pueblos ni doncellas con títulos que exhibir ni petaca que no fuese violada. ¡Brindo por Daniel, mi amigo!

Don Daniel volvió a fruncir el ceño, se agarró la quijada con las dos manos y según relata él tuvo que responder en términos parecidos la espontaneidad del famoso “fiero” Suárez.

Los restos del “Juan del Valle” fueron hallados casualmente mucho tiempo después por uno campesinos. De los dineros dados al “fiero” no se supo nunca.

* * *

¿Dónde nació don Daniel? Muy posible que en alguna alejada región del Beni. Si hubiesen buscadores de cosas raras ya el lugar estaría descubierto junto con las petacas de

recuerdos y originales de novelas indígenas. No faltaría un editorial yanqui que lo contratase para publicar sus relatos, pues su repertorio es inmenso y sus crónicas abrumadoras. Pero nadie puede topar con él porque está siempre de viaje, vendiendo chucherías y fascinando a los campesinos con su charla. Además se esconde y en lugar del literato aparece el cazurro dispuesto a regatear centavos.

Una vida como la de este oriental, cultivado a su manera es extraña, y es muy lastimoso que quede entre sombras. Como no hay interés literario en Bolivia los talentos se pierden y los anula el mismo público atento a la noticia de las radios, embriagado por los diarios y diaruchos, el fútbol y la fiesta de los “buris”. ¿Qué le importa al vecino que un escritor haya nacido en su terruño o el poeta cante sus glorias? La maraña de la ignorancia más tupida que la selva, vuelve a cubrir con el olvido caudalosas vidas, dando rienda suelta a lo que puede entender, la mediocridad que es reina y gobierna a los pueblos.

Don Daniel sufrió y padeció en su juventud. Creyó en el socialismo y se hizo su abanderado pero con la risa en los labios carnosos. No fue jamás un fanático. Su lado humorístico le preservaba. Hasta creyó en el pueblo soberano. Ahora que todo el mundo lo explota y lo ha puesto de cuatro pies y le obliga a desfiles, don Daniel no cree ni en él mismo.

—Cuando nos enfrentamos, doctor, (me habló así para halagarme), no habían en el territorio sindicalistas profesionales. Los líderes vivían en la miseria y había que darles todo a los obreros: devoción, sacrificio y dinero. Y hemos llegado a viejos. ¿Vale la pena eso? ¿Llegar a la madurez y ver el campo arado por malandrines? Cabezones, doctor, revolucionarios ávidos para meter manos en las cajas de caudales, políticos con jugo gástrico que envidiaría un puerco. La caja de música rota, la mariposa sin alas primorosas y el pajarillo cantor olvidado en el corazón. Sin embargo vivimos y no somos tan malos como parece. Lanzó una carcajada.

—No, — le dije —; no somos derrotados. Llevamos en el alma la novela inédita de la vida y ríase el que quiera, hemos sido hombres...

Santa Cruz de la Sierra, 1954

FEDERICO

Lo conocí ya maduro. No fui amigo de niñez ni compartí con él juventud. Lo encontré varias veces en el extranjero y nos unió mutua simpatía, deleitosa comprensión y hasta el espíritu alacre, enajenado siempre en busca críticas sabrosas y exquisitos momentos, arrojados al azar, sirviendo como “blanco de nuestra puntería” las gentes, los entes ridículos, lo vano y vacío de la sociedad.

Hicimos el pacto nunca escrito de no agredirnos sino con guantes de seda para conocer nuestros propios defectos y para no enmendarlos jamás.

Vivimos en la soledad, cultivándola para nosotros, tapando los resquicios, sorbiendo muchísimas veces el dolor y la alegría, viendo el revolar de una mariposilla de primorosas alas o extasiados ante los matices de una flor.

No alejamos del mundo, de las gentes, de todo lo que pudiera ser molesto, y construimos un castillo fantástico, imaginario, a base de nuestros propios recursos y de largos tragos espirituales.

Peleamos por el intento de una mirada de mujer, el gesto no cumplido o, simplemente, para extrañar en el silencio y la distancia esas charlas y esos mismos enojos.

Ahora Federico no existe. Ha muerto. Ha muerto simplemente y no se oye ya su voz. Por eso lo recuerdo y escribo estas páginas de amistad.

Nadie ha escrito sobre Federico, hombre fino, que en medio de su vulgaridad y plebeyez produjo este medio ambiente. Por eso mismo le escribo a la eternidad, donde reposa santamente, ajeno a toda adulación.

* * *

Raras veces se coincide en amistad, y la nuestra fue desinteresada, altruista, episódica y valiente. Nos confiamos todo y siempre había algo que decimos, desnudábamos al adversario y sobre la piel áspera de la intención le poníamos un alfiler más, alguna frase voltijeaba y se desvanecía, produciendo escozor y sonrisas. Nos reíamos del "bueno y del malo", del trascendental, del manso y del rabioso, si le encontrábamos algún puntillo vulnerable por el que nuestras lenguas pudieran perforarlo; y solíamos tejer largos y abultados ovillos por el puro gusto de desenredarlos, entre charla amena y casuísticas complicadas... El hombre, el libro, el animal, el cambio de clima, el panorama político, la pérdida de la doncellez de fulana y zutana, la putería ambiente, el drama mínimo de las vidas mínimas y hasta el caracolear de los amigos, juntamente con el cacarear de los gallos, ocupaba nuestros instantes desocupados, dando a las palabras fugacidad y procurando aliviarlas, para que ellas mismas se desvanecieran elegante y suavemente...

* * *

¿Dónde nació Federico? Los hados lo echaron en la vieja Charcas, también La Plata, orillada por dos cerros epónimos de nombres quechuas, riente y triste: la misma Chuquisaca que con los tambores de la revolución de Mayo cambia de nombre en homenaje a un general venezolano de rostros moreno, cabello ensortijado, pálido y austero, que tenía nombre del azúcar en francés. De esa ciudad triste y risueña fue Federico. Y tenía que nacer allí y no en otra parte.

El Padre de la Calancha, erudito en sueños y aires de la colonia, escribió hace siglos, posiblemente degustando las mieles de Sucre, inspirado en su clima suave, la linfa clara y el agua secreta de la fuente... que todo el que nace en la ilustre ciudad tiene nervios finos, la mente suspendida y apta para todos los juegos de la imaginación, y que allí brota la inteligencia como manantial fresco e inagotable... gracias a sus aires puros y tiernos, ni más ni menos que en la vieja Atenas...

Una suerte, que tan preclaro lar, no cuente con historiadores profesionales y los cronistas aislados no recojan las charlas sabrosas, ni se las registre en ningún papel, dejando que se pierdan dichos y hechos, que esa ha sido la vida de sus habitantes, siempre atentos, burlones, solícitos, comidos por un orgullo nefasto, tremendos con el prójimo y con ellos mismos, próximos a la hazaña heroica y, sin embargo hoy, caídos en el vacío abismal, que repercute en el tañido lúgubre de las campanas de sus iglesias, anunciando el vuelo de una gloria más, desaparecida del alar, en tanto los fantasmas maldicientes danzan apenas se anuncia la oración, queriendo recobrar su pujanza tal vez de los que fueron a la luz del sol de la vieja historia...

* * *

Una niñez angustiada, compungida tuvo Federico. Posiblemente andando el tiempo habría sido reflejo fiel de lo que su padre, buen burgués, honrado a cara cabal; pero Federico se crió en la calle y vivió su aventura infantil en medio de ella.(1)

Por ese tiempo frecuentaban su barrio malandrines con títulos, oleados y concebidos en el "cántaro de chicha" que jugaban a la taba, hablaban un idioma procaz y juraban mil veces al día por la puta y reputa, como si se encomendaran a la virgen. Este fue el escenario de fondo que tuvo, y se salvó de ser un malandrín más debiese a su sensibilidad y a esos misteriosos filtros que cada cual lleva en su sangre.

Pero no quiero ocultar el légame donde Federico hizo sus primeras armas y lo que aprendió en el primer curso. Tenía la boca libre, su latín muy suelto para las injurias más coloridas. Sin embargo todo en él revelaba otra pasta. Cuerpo fino, rostro prerrafaelista, piel suave, casi femenina, ojos vivos e inquietos.

Su academia es el brillar, su libro preferido el "diccionario pardo", sus compañeros de andanzas pilluelos y badulaques mayores que él, corruptos desde el vientre de su madre, adornados de todos los vicios como para espantar a los santos más disolutos como el mismo

(1) Federico desciende del coronel Ostría, realista del ejército de Olañeta, el último en ser derrotado en el Alto-Perú.

conocimientos, incitando a los más pequeños a imitarles. No obstante el alma de Federico vuela sobre el vicio y sus pies que pisan el lodo tienen alas para resistir y alejarse.

Fue en esa época que viaja a Chile a estudiar, pero el estudio no es una solución para las almas atormentadas y curiosas. ¡Ese estudio, tal como se acostumbra en las Universidades! El adolescente creador e imaginativo quiere otra clase de aprendizaje. No le interesa ser médico ni ingeniero: es un observador de la vida. ¡La psicología todavía no es una ciencia que dé riqueza, ni siquiera para comer! ¡Qué mejor academia que la calle y el café, entre el humo de los cigarrillos, las risas de amigos derrochadores de juventud y energías, y las miradas de mujeres! El muzuelo todavía con olor a incienso de Sucre y pecado tempranillo, afina sus nervios y se convierte en un “habitué” del libro. Ansía otra cosa: beber a largos tragos la misma juventud, y el licor preferido a esa edad no se lo encuentra sino en aventuras extrañas, en los ojos dulces y tiernos de las mozas, en la plástica de sus curvas. Es un divagador. Las horas de las clases las reduce a paseo; su curiosidad requiere jugos extraños que sólo las páginas crueles de Lautromont, de Lorrain, de Baudelaire, pueden darle. Es el tiempo en que los jóvenes del continente ingenuo leen a Oscar Wilde y son atraídos por su prosa elegante e irónica, y sus sarcasmos. Los buenos burgueses de raigambre española aman la vida tranquila, se asustan de los hijos poetas jengendros de Satanás! y les cierran las puertas.

Ellos quieren irse al cielo para reposar tanto como lo han hecho en la tierra: el romanticismo llega muy tarde a la América y la manera de evadirse de la realidad es buscando algo exótico en el arte y en la vida. Las almas ilusionadas creen en los dulces refinamientos de la literatura y se enloquecen, deshojando flores y escanciando filtros que les parecen sobrenaturales. Federico, el adolescente, en ese tiempo, es un muchacho delgado, cínico y bohemio que derrocha juventud, y las horas le parecen leves en la contemplación de su propia vida, sin otra finalidad que el goce. Pero tiene una esperanza: descubrirse a sí mismo, vivir intensamente, saciarse del veneno que a cada rato encuentra. Es despectivo, irónico y las gentes le parecen en su mayoría seres animados y movidos por pequeños apetitos en la lucha diaria y la gran comedia humana. Aunque es pobre, desprecia a los demás y no le interesan sino aquellos que pueden ofrecerle algo a su espíritu ansioso y tremendamente inquieto.

Pero, ¡por Cristo!, es imposible vivir sin fortuna en esta tierra. El código burgués obliga a los hombres a un ejército regular que se llama “trabajo”, y es implacable con los que sueñan o tienen delirio de sentirse ajenos a él. Federico vive al azar, en la miseria y el vaso de vino barato que la imaginación lo transforma en elixir... Sus amigos son vagabundos, bromistas y nada serios. Algunas veces alternan con burgueses de alta calidad que le aprecian, pero éstos son los menos. Versos, lances, la aventura alígera, el demonio corre por sus venas. ¿A qué pensar en el mañana? ¿Qué es el mañana? Cuando uno despierta con la alegría renovada y el alma sensible para nuevas aventuras, no hay mañana. En la edad azul el panorama es bello, los ojos no se cansan de mirar lo bello; el alma se distiende como abanico displicente reclamando nuevos aires. Los sueños le parecen al alcance de la mano. “Para todo hay tiempo”. Ya vendrá otra época y cambiarán las cosas y en el ala le traerá el pajarillo de la suerte el nuevo rumbo... Mientras tanto se vive y se goza, las noches son cálidas y las veladas agradables; se oye el cuento inconcluso del amor, la noticia del amigo, el poema truncado por la aventura, la música de un vals. Vale más leer en los ojos de una mujer y sentir el apretón de manos que detenerse en las páginas de un libro.

Las manos estrujan el papelucho de la cita. ¿A qué preocuparse del porvenir? La vida está delante con todas sus galas, el esplendor de las cosas enceguece la vista, las promesas tocan su arpa y golpean el corazón, la misma pobreza de la calle parece un manto tendido para acostarse y soñar. ¡Dorada Juventud! Dorada juventud que sólo una vez se gusta, que vuela del cuerpo y se evapora del alma sin sentirlo, y cuando despertamos y nos restregamos los ojos, cansados de tanto encanto ya estamos viejos... conservando los sentidos, apenas el regusto de lo que fue ayer...

* * *

Había en Santiago de Chile en esa época un poeta colombiano que se llama Uribe, descendiente de famosos guerrilleros que se batieron en las lides por la libertad. Se hacía llamar Claudio de Alas y era moreno, de fisonomía etrusca, fino y alto, los bolsillos llenos de poemas, ameno “causateur” y hombre de agallas, que hizo migas con Federico. En su “estilo vargasviliano”,

y también en su vida, bebía el néctar de las noches y se trenzaba en cualquier aventura, saliendo irónico del lance, para ostentar después sangre fría y escribir versos amargos y dolientes. Murió de un tiro de pistola en la urbe porteña de Buenos Aires, “ciudad de suicidas nativos”, y extranjeros, que fueron a ella llevándole su talento y nunca les comprendió, preocupada de sus vacas y de sus cerdos; pero antes mató a un perrito suyo, lloroso y fiel, para que en la melancolía de la tarde nadie se acordase de él. Murió asustado de vivir, escéptico hasta cierto punto, y con la misma enfermedad del poeta colombiano Asunción Silva, exhausto ante el drama cotidiano. Sus versos han quedado desparramados entre amigos y queridas, entre vagabundos y portaliras nocherniegos; más de un editor hizo fortuna después. Alguien los ha recogido más tarde, seleccionándolos. Ahora se leen dolorosamente en los cafés y en los prostíbulos, porque el vate cantó el dolor; se creía discípulo predilecto del “maestro” Vargas Vila y tenía que morir con la lira quebrada en la ciudad más comercial del continente. Federico recordaba esos días de niebla y él, que jamás fue un sentimental, vertía algunas palabras por el poeta colombiano: “se mató por el hastío y la pobreza o tal vez le mataron ambas. ¡Pobre Claudio, cuánta vitalidad malograda gratuitamente...! Pero no podía hacer otra cosa; estaba en deuda con la muerte.”

* * *

La academia al aire libre terminó un día, entre los aires fríos del invierno santiaguino, los escasos recursos y la juventud con ansias de liberarse. Regresó Federico al lar nativo en busca de sol pero no estuvo mucho tiempo. No tenía nada que hacer. Quería estudiar seriamente el escenario de América y el ambiente de su pueblo le parecía diminuto. Sentía en las venas el impulso del luchador pero una mano — el destino — le sujetaba siempre horrorizándose de todo lo que fuese trabajo regular. El bohemio que tenía en su alma vencía siempre y la “dromomanía” le ponía ilusión en las alas. También debió repugnarle el conservantismo de la pequeña ciudad que le recibía con soberbia y sin cariño. Todo habíase extinguido en su ausencia.

Así sucede en las ciudades pequeñas e ilustres. Y no encontraba a su paso sino amores insepultos y nostálgicos, afectos lánguidos y “amigotes en lugar de amigos”. También viejos caducos con el alma reseca de la capital y las mismas calles que sólo le evocaban hazañas desabridas. Felizmente alguien, ese alguien, que no está jamás en la memoria de uno, se acordó de él y le ofreció el viaje a París. ¿A París? Allí completaría sus estudios y refinaría la aventura. Se decidió en un segundo. Viajar, viajar. Tentar el pie por caminos no hollados, poner el corazón en todas partes y finalmente vivir la aventura de la vida en la esencia, con el sueño columbrado infinitas veces, visible y palpable por algunos instantes.

* * *

¿Qué vida se lleva en París a los veinte y dos años? La de todos los suramericanos de esa época. La de Federico fue de divagaciones y de “estudio”. No había leído hasta entonces la Casanova ni a Ovidio ni a Anacreonte. A esa edad hay muchos Casanovas en potencia y el mundo se lo ve exclusivamente destinado al goce. ¡Mujeres, vino, un poco de arte, amigos bohemios, charla agradable! ¿Qué más puede pedir la juventud, cuando todo lo ve de color de rosa y otros subvencionan los gastos? ¿Ser útil a los demás? ¡Qué cada cual se arregle como pueda! El espíritu se embriaga de placer y no existe otra filosofía que el cuerpo de la moza que le acompaña a dormir y despierta con lágrimas en los ojos, atormentada por el celo de imaginar siquiera un segundo que el amante pueda gozar en los brazos de otra. Y todos los días y todas las noches la misma función báquica y orgiástica, eligiendo a la de ojos garzos, a la de piel suave, a la de los ojos cándidos y de suspiros angustiados dispuesta a todos los sacrificios, inclusive a morir...

Federico, aunque sentimental a instantes, era profundamente egoísta, y aunque estudiaba reía de las bobas, las ponía en cueros, admiraba sus senos en flor, le conmovían un tanto la suavidad de sus caricias y se iba siempre en busca de amigos para completar sus “estudios”...

* * *

En ese tiempo los suramericanos eran legión en París, y no faltaba el argentino rico que derrochaba lo que producía la fecundación de sus vacas; el chileno aventurero y locuaz; el peruano relamido en busca de princesas y, sobre todo la cantidad de centroamericanos morenos y “revolucionarios”, juntamente con los políticos y generales, soportando el exilio amable, rodeados de cortesanos y amigas galantes.

Federico lucía por las calles de París su fisonomía esmirriada y sus modales de príncipe pobre. Vivía en cualquier hotelucho por cinco francos al día y al día siguiente en otro. Gozando juventud florida y apuesto garbo; las mujeres se prendían a él creyendo encontrar utilidades, saliendo generalmente defraudadas. Más tarde se volvió un “connoisseur”. Pero no es posible caminar por esas calles de Dios y frecuentar los buenos restaurantes sin dinero. El bohemio tiene que inventar métodos sutiles para salir de más de un compromiso si quiere anidar de sobremesa. Federico conocía de memoria los métodos castesianos y los otros, por intuición, debido a su juventud madura, riqueza y don que son aprovechados por ciertos espíritus elegidos. Otros, los más, los dilapidan y desbaratan en francachelas. No hay, como desde mozo, conocer la pobreza y la necesidad de superarla. Además la imaginación da recursos, saca ventajas y es un filón de riqueza permanente. Con ojos de lince y aposturas donjuanescas sabía distinguir el terreno amoroso para aterrizar sin ser sorprendido con el beso en los labios. Hay diferentes clases de círculos en cualquier parte y los de París se distinguen por el de los ricachones con queridas, y el de los pobres que participan en sus banquetes, recibiendo por “canales secretos y misteriosos” el máspreciado manjar con permiso o sin permiso del dueño, en un acto de nivelación y de justicia... Federico usó de sus artes y de sus malas artes para ser uno de los “convidados de honor” en esa lides y forcejeos de voluntades, y vivió apacible en la perpetración de la aventura que se le ofrecía gratuitamente como la más perfumada flor. Algunas veces la desgajaba para vivir un poco más en el ansia de conocer almas y darse, pero se retiraba después de desgajarla, rompiendo los pétalos uno a uno en sus manos finas. Leía versos de Baudelaire y de Rimbaud, sintiéndose raro; ajaba lo mejor que tenía y espaciaba el tiempo entre la cita de la adolescente, oliendo todavía a enagua planchada por propia mano y la inocencia de su cariño. Por las noches frecuentaba los bodegones bohemios creyendo encontrar en el vaso de vino de la ilusión que se le escapaba después de lograr la carne.

Años, llevó esta vida inútil, (pero nadie sabe si es útil o inútil), descuidadamente, entre el azar de la juventud y los cálices de deseo. Escanciaba el vino y solicitaba otra emoción, entre tantas, en la locura de “encontrarse”, de ser otro, de vivir plenamente. Perdió la noción del solar nativo y ya no conservaba sino el lejano recuerdo de unas montañas azules que le dieron la ubre sin ternura. París lo había absorbido y se sentía un “ciudadano de Montparnasse”. El idioma de Cervantes y sus aventuras caballerescas los tenía guardados en la valija pobre al lado de dos camisas y una carta que le llegaban de vez en cuando. Ahora sentía fluir en los labios las frases de Rabelais o los versos de Verlaine, trezándose en discusiones ruidosas sobre el matiz de la piel o el azul de unos ojos de damas que llegaban al café, empleando todo el detalle de un desocupado, sorbiendo las eres, francés por adopción y “meteco”, es decir intruso, en un mundo extraño y cosmopolita, creado para sus andanzas y vaguedades. Al decir de alguien: esclavo suramericano rendido de rodillas ante el genio de Francia, como les sucedió a miles y miles de pobres jóvenes ilusos en el siglo pasado y a comienzos del presente. Decadentes de espíritu o ineptos para la gran lucha de la vida.

* * *

Había dormido una noche, palpando los senos pequeños de una francesita sentimental y enloquecida que lo quería para sí en el delirio de su vicio y de sus celos; y levantándose muy tarde como de costumbre y vagando por las calles ilimitadas de la ciudad, buscando aplacar sus nervios, vio de repente que las gentes se arremolinaban a leer unos papeles azules que ordenaban la movilización general. Es la guerra decían unos; otros dudaban. Lo cierto es que la guerra vino y fueron obligados a salir de París miles de extranjeros, entre ellos argentinos y cubanos que vivían del amor y de enredos amorosos. Toda la flor de la badulaquería extranjera buscó refugio donde pudo y a algunos los llevaron a la cárcel.

Federico quedóse sin embargo, eludiendo a la policía y pasando momentos amargos para encontrar un pedazo de pan hasta que le embarcaron a Portugal y de allí a Buenos Aires. Buscó en la geografía de su memoria un punto fijo y apareció la “ilustre ciudad” que le vio nacer.

Llegó con sombrero alón de Montparnasse, la corbata flotante y la chalina al cuello. No estaba con la salud completa, hablaba despacio y tenía delgada la voz. Lo recibieron con curiosidad pero sin cariño. Los viejos importantes de la ciudad le compadecían; las viejas le hacían cruces...

Para no aburrirse escribió articulejos en un diarucho liberal, pero su manía de conquistar mozelas le desacreditó en seguida. Querían su amistad aún sintiendo miedo. Resolvió pues, no

importarle nada, buscando los bancos de la plaza para calentarse al sol y de paso dar clases gratuitas a los que quisieran oírle, sobre temas variados. Muy pocos hicieron migas con él, teniéndolo siempre como individuo exótico, de lengua afilada y extraño al medio.

Felizmente estaba en auge la badulaquería súrquense y en el pajar nativo se daban tipos tremendo de vastísima personalidad, como nunca tuvo la ciudad de los cuatro nombres en sus años de Republica. Y este esplendor de Sucre coincide con la riqueza de las minas de plata de Conquechaca, y con la teatralidad de la badulaquería espiritual, que es su epílogo y el abatir de alas del cisne en su agonía. Tan príncipes fueron el tuerto Mendieta, locuaz, mal hablado y poeta como el vate Claudio Peñaranda, cuyas poesías rubendariacas las componía en medio de tragos abundantes, recitándolas luego en coro de amigos liberales, que las festejaban y las aplaudían a rabiar. Otros monarcas que rodeaban las mesas del hotel de Villarpando, eran el vatecito Ortiz Pacheco, deslenguado y de un humorismo envidiable, derrochador de juventud y dinero, junto al tuerto Solares; el guitarrista Aníbarro y otros vatecitos de menor categoría. A estos aedos y portaliras de las letras sucrenses había que agregar los príncipes de la fortuna: jesa doña Clotilde de Argandaña y su marido “el fiero” Francisco!, con sus capas de armiño, perpetuados para siempre en estatuas de barro en los fundos de sus propiedades rústicas de “La Glorieta”. Esa “locuela doña Clotilde”, —decía Federico — que a sus sesenta años y más hablaba de amor juvenil, creó una corte para su gasto y su vanidad, recorriendo algunas noches las calles de Sucre con su séquito bromista, o se divertía dando saraos y recepciones en su mansión a sus parientes ennoblecidos por arte de magia, vestidos de levitas rojas y a los innúmeros adulones, mientras el “fiero” Argandaña en tertulia íntima repetía a sus amigos: “yo, pues, soy muy fuerte, tan fuerte que me ha dado la viruela tres veces. Por eso, mis amigos, me dicen “el fiero”.

* * *

Federico se hizo amigo de esa badulaquería gárrula y maldiciente que nunca fue estimada en la antañona ciudad, debido a sus tropelías y a sus borracheras escandalosas en nombre del arte poético, a su desparpajo y a sus menosprecio por los títulos heráldicos, pero más, porque hacía gala de ateísmo y se burlaba de las vírgenes y doncellas de una ciudad de tantos pergaminos. Los vecinos ilustres miraban a esta aristocracia del talento con el rabillo del ojo, inquietos de saber lo que hacían y lo que tendrían que hacer en sus farándulas frecuentes, sorbiendo el néctar de las noches poéticas, acompañados de cholas bulliciosas y “literatas”, maestras en el arte culinario, cuyas especialidades en picantes nunca han sido superados. La crónica de la ciudad de esa época recuerda al famoso tuerto Solares, mozo de pelo en pecho, capaz de las mayores audacias y de los desatinos más tremendos como que una vez tomó la policía él solo, desarmando al comisario y acostándose en su cama hasta el día siguiente, abusando de su fuerza y de la influencia que gozaba como periodista oficial del gobierno de Montes. Tampoco se quedaban atrás el “opicho” Aníbarro, mago en las cuerdas de su guitarra y cuyas manos trémulas arrancaban aires tristes y melancólicos tan necesarios en los brindis y los “cortos” de singani; el vatecito Ortiz Pacheco malintencionado en sus dichos, con la cabeza enredada y el habla fácil para burlarse del prójimo; Quespi Pantojilla, juez y versificador de la cholas, petiso, arrubiado, muy bueno para la guitarra y los tragos; Osvaldo Molina, cuentista de calidad, que entretenía con su charla matizada de fina ironía. Tantos otros que constituyeron un cenáculo y dieron categoría de Academia al aire libre, “tribunal sin apelación” en el juicio de valores intelectuales, arbitrarios siempre y fanáticos de su arte y de la botella, como que todos ellos “murieron al pie del cañón...” fieles soldados de la aventura y de un mundo de fantasía creado exclusivamente en su imaginación, entre brumas de un Verlaine que nunca habían conocido y los sueños de Poe o de Darío, el bardo nicaragüense que vivía en París.

No había otro círculo tan negador y atrabiliario donde pudiera introducirse Federico. Dióse íntegramente a él y los amigos bromistas del gobierno liberal le pusieron en las manos el cargo de profesor de gramática para que matizase sus ocios y “afinase el idioma”. En esa misma época aparecen escribiendo artículos Alberto Ostría Gutiérrez, Ignacio Prudencio Bustillo, Luis Arce Lacaze y el prefecto de la ciudad don José María Suárez. También pertenecían al círculo literario los poetas Gregorio Reynolds, el “chino” Arroyo, Roberto Guzmán Téllez y Juan José Campero.

El novel profesor de gramática presentóse a sus alumnos vestido a la francesa, el traje ligero, el sombrero de amplias alas, los zapatos puntiagudos, trascendiendo a cierto perfumillo, restos de París. Hubo expectación y algunos intentaron silbidos pero muy pronto el joven “dandy”

entonó un exordio y de sus labios brotaron palabras suaves y agradables y la clase que amenazaba barullo convirtiéndose en charla amena y literaria.

Por ese tiempo vivían en Sucre pedagógicos belgas que un ministro de Instrucción los trajo al país en misión educacional. Federico mezclase con ellos y participó en polémicas ruidosas, criticando a la beatería local. El bohemio estaba transformado en profesor competente y con alumnos aprovechados. Ahora parecía otro y creía en la educación...

En esta fiebre por el estudio inscribióse en la Facultad de Derecho, puesto que hasta entonces no había tenido ninguna profesión oficial y ambicionaba las borlas de doctor en leyes. Al cabo de algunos años obtuvo diploma de abogado pero nunca hizo ningún escrito ante los tribunales, no le interesó la abogacía y alguna vez se hizo burla de ella. El día que le consagraban de doctor, para sellar la tradición, bebió agua de la "Fuente del Inisterio", y aunque no le hacía falta, sus facultades intelectuales rebrillaron, pues esta agua maravillosa concede humor y gracia a los que la beben. ¡Pero hay que nacer con el alba y respirar los aires suaves de Chquisaca...!

* * *

Sin embargo Federico no vivía su propia vida y llegó a sentir fastidio y cansancio en sus venas y en su cuerpo. Todo le producía horror: las gentes acartonadas, las campanas lúgubres e las numerosas iglesias, los amigos aplebeyados y las diversiones absurdas en ese medio pequeño y con pretensiones, en el cual el comentario del vecino decidía el destino de los habitantes.

Para matizar sus horas muertas buscó refugio y consuelo en el amor de una mozuela adolescente, cholita de ojos garzos y senos que brotaban recién; de piernas que adquirían contornos deliciosos, tempranilla y picarueta. Cayó ella como un pajarillo en la trampa, aleteando apenas y con la boquita llena de miel pegada a su ilusión. Federico que ya era profesor de gramática completó su aprendizaje; la hizo su amante, le puso casa y alquiló una "tienda" en los suburbios, pero sucedió que un día unas señoras, ilustres damas de la más recatada sociedad de Sucre, enterándose del idilio y de que en esa buhardilla con olor de santidad se realizaban ciertos ritos extraños, y envidiosas del amor, resolvieron intervenir sin que nadie las hubiese llamado, secuestraron a la adolescente y luego de exorcizarla la llevaron a un convento de monjas reformadoras y crueles, enemigas de la juventud. Federico sufrió un revés, pero no pudo jamás emplear sus dotes en la minúscula ciudad porque sus argumentos no valían de nada si no estaban asperjados con agua bendita. ¿Qué es lo que podía hacer? Dio rienda suelta a su lengua y cubrió de denuestos a tan ilustre sociedad que se ocupaba del amor privado. Pero todo amor es ángel y demonio a la vez, y, aunque se le cierre con veinte llaves y se le ponga cinturones de castidad logra siempre un resquicio por donde se cuele un suspiro y el recuerdo imperecedero no muere jamás. Obligada la mozuela a confesarse y a vaciar su corazón al sacerdote, en medio de las confesiones de sus pecados volvió a sentir la delicia de ellos, y las lágrimas le quemaban el rostro deleitosamente.

Consultados los sacerdotes sobre esto opinaron que la adolescente estaba "condenada..."

* * *

Otras conquistas realizó Federico en la ilustre ciudad, entre ellas una muy bien comentada y episódica. Se trataba esta vez de una chola garrida y de senos exuberantes que se enamoró de él, y una noche, como en anteriores ocasiones, le conducía de la mano al segundo patio de la casa solariega de unos señores de apellido Malpartida, seguramente para brindarle sus encantos. De repente le cayó una lluvia de palos, acompañados de insultos. Toda la familia habíase reunido a su alrededor, no sólo para avergonzarle sino para darle de leñazos, pero Federico tuvo la suficiente sangre fría para responderles con argumentos... Así cuando le increpaban furiosos su "inmoralidad", replicaba él, que era una perfecta moralidad de acuerdo a los códigos de la naturaleza y del amor... pero los palos seguían y no es posible argüir con católicos empecinados que por una aberración religiosa consideran pecado el desnudo, y ya sabemos, que el amor, se filtra por los resquicios de la "camisa bendecida" como una tentación del demonio. Lo mejor que hizo Federico fue huir abriéndose paso, aunque con el cuerpo maltrecho como hacen los carneros acosados.

No escarmentó sin embargo, y las niñas casaderas le seguían tentando con miraditas insidiosas cuando iban a comulgar a la iglesia y a escuchar los sermones de los padres jesuitas. Cada una al salir del templo le hacía llegar papelitos y se lo disputaban como una flor. Había una de ojos claros, enormes, de caderas opulentas que muchos años después la casaron sus padres con un ricachón un tanto idiota, flaco de carnes y encorvado. Federico le suplió, y a altas horas de la noche, tomando todas las precauciones en ese ambiente curioso y pequeño, se introducía a la mansión, para tenderse junto a ella sobre colchas de vicuña y embriagarse de amor y de vino. Otra le sedujo con su doncelez a medias y era tan ardiente que le quemaba los labios con sus besos. Casó más tarde con un diplomático y Federico sólo tenía el recuerdo vago de un “cepillo de alambre” que su mano cálida tocó alguna vez por entre los muslos. Y eran los pelos de su nido, ríspido y violentos al contacto de los dedos.

* * *

Su vida de profesor de gramática no tenía interés alguno. Concluyó un día de la manera más casual. Un primo suyo, don Hernando Siles fue elegido presidente de la República, firmando para el caso un documento al caudillo Saavedra de que jamás lo traicionaría. Una vez en el poder, en seguida lo traicionó. Llamó a Federico para confiarle el alto puesto de oficial mayor de gobierno. Este cambio coincidió con su matrimonio. Federico casó y aunque había sido refractario a la sociedad quiso verle ella redimido. Pero no se redimió jamás. Vestía para es época con esmero y murmuraba en las calles y en los lugares públicos al extremo de que el “Monarca” presidente le llamó, y entre broma y broma, le dijo:

—Esa lengüita suya, Federico, me quita el sueño. Si la pudieras guardar unos años, por los menos, mientras gobierne yo me harían un inmenso bien.

Federico no le hizo caso y siguió murmurando por vicio, por el deseo de hablar y de condimentar la crítica. No tenía el menor gusto de callar, si nunca lo había hecho. Daba su opinión rotunda sin disfrazarla, llamando a cada cual por su apodo si al servicio de gobierno convenía.

—Oiga su viborilla — decíale al señor Rico Toro, un compinche suyo —; supongo que no presentará sus facturas nuevamente; ya están pagadas.

Y al intelectual Palza, autor de tratados filosóficos, le tenía sin vida.

—Este Palza — comentaba — no sé cómo puede escribir artículos tan sesudos, si apenas tiene una cabecita de alfiler...

La cuestión es que Federico desde el alto puesto de gobierno administraba los fondos del Estado como si fueran suyos y al que quería le granjeaba buena parte.

A los intelectuales nacionalistas les soltaba mendrugos, pesando y sopesando sus servicios por los artículos laudatorios al Presidente Siles, al cual comparaban sin ningún rubor con el mariscal Sucre y con los grandes de la mitología griega. Federico los conocía muy bien y se divertía con la bajeza humana, bautizándolos a los más exigentes con el apodo de “mamones”.

No todo, sin embargo, marchaba bien. Es bien sabido que las presidencias de la República son “monarquías transitorias”, en las que el monarca y su corte succionan copiosamente las ubres del tesoro. El señor Siles pretendía alargar su monarquía de cuatro años a seis, pero el pueblo siempre “vigilante de la democracia”, un día se aburrió de Siles, y lo arrojó del poder en medio de tiros y matanzas, corriendo mucha sangre en las calles. En lo alto de las montañas estaban encendidas las fogatas de los indígenas que reclamaban “libertad” como todas las veces. Federico tuvo que huir y el presidente caído refugiarse en una de las legaciones para salvar la vida. Una monjita doncella, le preservó con su cuerpo, para que no lo ultimasen a balazos.

Federico se vió nuevamente en la calle, sin una brújula y con la diputación frustrada, pues había sido elegido diputado. Se le abría el ostracismo como una boca siniestra y lo tragaba como un insecto más. Pero había salvado el pellejo tan grato y querido para él. Ahora tenía que trabajar para vivir. Y ahí estaba el inconveniente. Caído Siles todo estaba derrumbado y sombrío. El hada

de la fortuna que siempre le había protegido meciéndolo entre el mimo diario y el ocio, le negaba en adelante su protección.

* * *

Lo encontré tiempo después en Buenos Aires en la Avenida de Mayo solo y desamparado. Me contó su vida amarga, habiéndose perdido en la huida su haber, sus bagajes y sus letras bancarias. Me dijo que estaba en la ruina, y lo peor con una neurastenia aguda que le invadía todo su ser, produciéndole el desaliento y pinchándole con sus agujas el sueño y su fina sensibilidad...

Federico sentía correr por sus venas las más terribles desgracias. Esto duró años y lejos de endurecerlo le convirtió en un ser displicente, analítico, tremendo de sus propias desventuras, incapaz del goce, sin sentir en el preámbulo la anticipación de lo fugaz, la inutilidad de ningún esfuerzo.

Dotado de condiciones admirables para la crítica, su mejor crítico en las circunstancias recónditas de su alma fue él. Creía verse a través de un cristal; veíase sin contemplaciones; se hería con las perores frases y torturábase en largos análisis sutiles y crueles sin perdonarse nada como esos santos antiguos que sentían complacencia al castigarse con disciplinas feroces para la purificación de su alma.

Yo estreché amistad en esos trances. Fui su amigo y su confidente.

Duró nuestra amistad muchos años con altibajos, con peleas y discusiones feroces, y nadie ha sabido los sufrimientos que padecía, las ansias que le devoraban y los ideales que perseguía; lo que habría querido ser y lo que nunca pudo lograr: un desconsolado, flor de ecuación equivocada, maniático del siglo, sentimental y duro a la vez, muy bueno y muy malo, ilustrado e ingenuo, generoso a veces y egoísta las más; de una fineza muy personal aún en los menores detalles y de una brutalidad sin escrúpulos cuando alguien trasgredía sus intereses que no sólo los creía privados sino que se referirían a la instituciones y a la suerte del país. Entonces el hombre escéptico al cual no le importaba nada sacaba a relucir lo mejor de su repertorio: sus adjetivos coloridos y los sarcasmos precisos con los que hacía frente en cualquier parte y en cualquier sociedad. Y en esta labor era un maestro.

* * *

Quiso dejarme sus bienes y quería ser un hombre de provecho. Muchas veces hizo o pretendió fundar alguna institución para los artistas pobres y los escritores desdichados del país con tal que fuesen rebeldes y verídicos. Nunca llevó a cabo estos proyectos que los tenía "in mente", soñando con una "Fundación". Aborrecía a sus familiares y vivía lejos de ellos en la soledad de una quinta porque no le habían comprendido ni estaban a su altura. En su ancianidad se volvió meticuloso y cuidador del centavo, imaginando que viviría largos años más. Otras veces se transformaba en Mecenaz ocasional y hasta pródigo por unos días, regresando a la tacañería ridícula que no se conformaba con su alma audaz. Estaba viejo pero no se retiró de las lides amorosas, pretendiendo si no el amor de muchachas la simpatía de ellas. Y hasta el día de su muerte tuvo cita con alguna que le encontró frío y con los ojos abiertos, inclinado en su sillón, teniendo un diario en las manos...

* * *

Su muerte fue horrible y en silencio. Muy poca gente la supo, ni siquiera sus amigos. Le acompañaron dos o tres. No hubo duelo ni le rodearon de coronas. Tampoco lágrimas. Decía él que iría sin acompañamiento y sin cortejo fúnebre. (Al muerto le interesa un confite el mundo de los vivos). Esta era su frase cuando alguien fallecía y le llenaban de discursos, porque no hay "muerto que hubiese sido malo...". Murió cuando el hada de la fortuna le protegía nuevamente, dándole riquezas y abundancia. Unos terrenos que los obtuvo hacía muchos años se valorizaron y pudo disponer de un regio coche, de una cómoda casa e invitar a sus amigos intelectuales que él seleccionaba y escogía.

Sin embargo su felicidad fue breve. Hasta volvió a reincidir, casándose otra vez. Decía él que necesitaba compañía y buen yantar. La compañía le duró escasamente un mes. Regresó a su soledad y al angustia le ciñó estrechamente hasta la muerte, convirtiéndolo en uno de esos monjes laicos y ateos.

Nada ya podía interesarle: ni amigos ni mujeres ni arte. Leía las horas largas del día y de la noche, comentando las obras con ese espíritu claro y claridad de su inteligencia.

Divagaba y pensaba en muchas cosas. Quiso ser altruista y pensó seriamente que la fortuna que le había tocado en suerte la debían disfrutar los artistas inteligentes y los escritores de honestidad y alta moral revolucionaria. Me dijo una vez, que lo mejor era esto, puesto que él había sufrido tremendas miserias en su niñez. Le aplaudí y en eso estaba y cierta ocasión fue a lo del Notario para redactar su testamento en compañía del pintor Juan Ortega y Lestón.

Pero como nunca se decidía, la muerte que le vigilaba el dio el beso último, paralizándole el corazón, en la misma silla donde después del almuerzo hacía su siesta.

Nadie estaba presente y nadie le lloró.

Cuando fue a verla un amigo casual tenía los ojos abiertos y la fisonomía de un hombre que repentinamente abandona este mundo para dirigirse a una estrella lejana. Estaba arrellanada en su sillón con el diario en las manos. Esperaba a la muerte que tenía cita con él, pero también había concertado otra cita de amor que quedó inconclusa encontrándolo la muchacha yerto y frío.

Unas horas después todo estaba vacío: la casa, su espíritu y lo que más amó: la tierra y las flores.

Una bandada de buitres vinieron y se llevaron el resto: lo encajonaron de prisa y hasta le torcieron los pies porque el cajón era pequeño para su estatura.

Y nada quedó de Federico.

Reposan sus restos en el florido cementerio de la ilustre ciudad de Sucre.

La Paz, 1958

NETCHAEW, EL REVOLUCIONARIO DE LAS GAFAS NEGRAS

Frágil como el cristal, un tanto opaco debido al traje negro y los anteojos ahumados, delgado como un fideo, flexible de movimientos, divagador y agradable, Netchaew era el nombre que le había puesto un amigo, recordando a aquel famoso personaje incendiario, discípulo del maestro Bakunin y que la fiebre anarquista lo trastornó definitivamente, muriendo en al prisión colgado de un poste.

Este otro Netchaew, nacido en las montañas altiplánicas, educado en el colegio de los buenos y beatíficos curas Lasallistas, con el aditamento de estudios superiores en el antiguo "Cominform", pagado y oleado, si así podemos decir, para la felicidad de los proletarios de la América Latina, no morirá en la horca sino en los brazos de alguna mujer viejona, mecido piadosamente en homenajes a la gastronomía y a la revolución...

El maestro Bakunin fue muy ducho en eso del regusto de platos fuertes. Comía como fiero, estudiaba y escribía no dejando ni un minuto de pensar en los desposeídos del mundo y por esta afición casi puso en quiebra a su amigo y admirador Cafiero, y a todos los que le nutrían abundantemente para que la fortaleza de su cuerpo de dos metros de estatura, no vacilara en la "acción directa" y, cuando se encontraba con sujetos de extraordinarias condiciones como el tal Netchaew, les calentaba la cabeza de tal manera que la fiebre les ardía diariamente, empujándolos al crimen poco a poco. El final es bastante conocido de la mayoría de los revolucionarios del mundo de esa época: la prisión o el cadalso.

El personaje que describíamos es más evolucionado y pulido, no obstante temerario. Verbalmente arrasa con todo, y es tan feroz que en un segundo hace estallar revoluciones en cualquier parte del mundo. Discute poniendo a prueba sus conocimientos aprendidos detrás de la "cortina de hierro" y, a pesar de su debilidad corporal s siente un hércules de la violencia.

Había estallado la huelga de los infelices, creídos e ingenuos, de que todo se arreglaría gracias al esfuerzo del líder. Pedían muchas cosas, entre ellas: salario doble, asistencia familiar, subsidio para los numerosos hijos, de tal manera de que la fornicación corriera por cuenta y riesgo de los patrones, alquileres congelados, seguro contra la enfermedad crónica y tantas reivindicaciones que es ocioso repetir. En resumen, vida regalada, cosa que en la Rusia Soviética se paga con la cárcel. Casi todo lo habían conseguido y seguían viviendo en la miseria porque es difícil conseguir todo lo que se desea; gastaban los pocos billetes de a mil, en la juerga y el sindicato, con la esperanza de la revolución mundial que, según Netchaew, estaba próxima, apenas contenida por los resortes débiles de los imperialistas yanquis.

Al hablar esa tarde delante de la multitud tuvo uno de esos gestos acostumbrados que se estudia en la “Academia Comunista” en la cual se graduó de agitador, siendo felicitado personalmente por el general Hoxha, dictador de Albania, pequeño país que cuenta con el 75 por ciento de analfabetos.

En esa ocasión recordaba él, que la bandera de su país a medida que avanzaba por el escenario, sobresalía entre las suramericanas hasta que la levantaron al tope y estalló la ovación de rigor, entre los abrazos fraternales de los camaradas y el juramento sagrado que le ungía *líder* para los pueblos meridionales de América, sedientos de justicia...

Tuvo también cierta actitud, que al instante arrancó nutridos aplausos, al expresar, que la América Meridional necesitaba su revolución libertaria. Netchaew se comprometía a realizarla...!

En uno de los discursos de capacitación de la Academia, le habían enseñado que había que comenzar el discurso eligiendo la frase precisa, humorística y que golpease en la cara a los ricos.

Netchaew gritó con voz de trueno: ¡Hay que acabar con esos parásitos!

Limpióse el sudor que corría por su cara morena sin que la vergüenza le asomase siquiera en un leve rubor.

Los aplausos se hicieron oír largos, anhelantes, sin término, como un trueno que amenazaba y volvía a empezar sin apagarse en el tumulto.

Netchaew había enseñado en un cursillo de iniciación práctica a los camaradas, que, cuando hablase él, se le debía aplaudir con las manos y los pies, golpeando en los bancos y en lo que tuviesen delante.

—No hay que olvidar la consigna, camaradas — insistió — y vigilar a los que no lo hagan quedándose en el preámbulo. Sobre todo la consigna, camaradas. Ya ustedes pueden espolvorear lo que les dé la gana, por ejemplo: “bandidos del capitalismo, ogros, chupa sangres y los demás”, etc. etc...

Y los camaradas que tenían el corazón cargado de odio contra los estúpidos ricos, los cuales les arrojaban mendrugos y paseaban ante su vista luciendo sus mujeres hermosas, repitieron a coro:

—Abajo esos cabrones del capitalismo! Abajo esos explotadores!

—Muy bien, muy bien —dijo, por lo bajo, Netchaew—. Estos hombres han legado a comprender por fin, que son la escoria humana y resueltos están a vengarse. Material excelente para mí: mientras más torpes, mejor. La revolución se hace con éstos, no con los idealistas ni con los caídos del catre! Al diablo esos zopencos que devoran libros y piensan, volviéndose trotskistas...

Muy bien, muy bien.

Una risilla de conejo, alentó el rostro moreno. Rió de corazón y la risa no la podía contener en las entrañas. Las vísceras le hacían cosquillas.

Comenzó a pensar lúcidamente, pero odiaba la lucidez que le traía a la mente sucesos y momentos desagradables. Al fin de cuentas, estos infelices creen en el reino de la abundancia... y no seré yo, que los desilusione. Cada pendejo se desilusiona a su hora cuando el hambre de verdad es implacable y la incapacidad absoluta. Y en esta continente estúpido comienza recién la hazaña...

Volvió a apoyarse en el pupitre de experimentos y su pensamiento no cejó:

—Lo malo es que todo lo quieren de inmediato y no son constantes, porque el hambre tiene exigencias. Un día se rebelan y otro vuelven al aprisco buscando al cura. De todas maneras mientras se les hable el lenguaje extremista uno se halla garantizado.

Dijo en alta voz, para que le oyese la muchedumbre sedienta:

—Hay que succionar a los pocos ricos que quedan y extraerles el tuétano para que sirva de abono a nuestras tierras estériles....

Un murmullo de aprobación se levantó como una ola y se prolongó durante algunos segundos. Luego volvió la calma.

Netchaew pensó nuevamente en un arrebato de su mente:

—Lo peligroso sería insinuarles la revolución en este momento. ¡Ah! Entonces nos devoran crudos. Felizmente la revolución no se producirá jamás... salvo, excepto, a no dudarlo, si los odiados imperialistas yanquis aflojan las clavijas. Pero las tienen bastante ajustadas y dejan que nosotros los revolucionarios demos nuestros paseos por calles y plazas con doble sueldo, y hasta festejen nuestros saltos de pulga...

Divago un poco más y encerró al “subconsciente” en la “cárcel revolucionaria” para que no apareciera, sobre todo en los momentos desagradables. El humo del cigarrillo y su imaginación hicieron lo demás.

Netchaew era revolucionario intelectual y agitador eficaz a sueldo de Moscú, de Pekín o de Cuba. Para él no habían distingos. Dotado de perspicaz inteligencia y de algunas otras dotes, le gustaban arengas, el diálogo con los camaradas de alto vuelo, (muy pocos), y la opípara vida. En el capitalismo o en el comunismo, llegando a su madurez, se daban esta clase de tipos. También el encantaba la risueña aventura y la juerga con mujeres que no fueran del partido, (generalmente feas y fanáticas como en todas las religiones), hablándoles de ideal, humedeciendo los ojos románticamente, y en el instante oportuno salía a relucir el instinto brutal y sin escrúpulos como el neblí en vuelo redondo sobre la presa.

Claro que el “materialismo dialéctico” — su filosofía — venía en su apoyo. Los hombres expresó, son producto del medio: ni morales ni inmorales, simplemente humanos como vicios y virtudes. En una época de decadencia del capitalismo los vicios predominan y de ellos no se libran ni los más prudentes. Incluso los comunistas que magnifican la mentira y saben como el prestidigitador convertir lo blanco en negro, y el amarillo en rojo. Había pues que aprovechar, digerir y, de paso empujar la revolución hacia delante.

Los que escuchaban a Netchaew, muy parecidos a los antiguos esclavos, ocultaban la cabeza en la arena para no ser perturbados por ningún razonamiento. Deseaban con simplicidad su conveniencia. Eran pobres, tan pobres que ni siquiera la piel les pertenecía disputa por los piojos. Sucios, carrasposos, hampones, con el apetito incontrolado por las bacterias y los microbios, pero con un ácido gástrico superior al de los cerdos. De ahí su capacidad vital y su ninguna preocupación por la salud. Si morían estaban bien muertos.

No obstante sentíanse pilares del proletariado y como en cada gremio había un ganapán, éste escribía los comunicados a la prensa. Cuando salían a la calle arrasaban todo con solo el aliento...

Netchaew que había leído mucho, entre sus lecturas a los clásicos alemanes — según decía él — recordó una frase de Feuerbach y reflexionó en silencio: “Estómago con hambre no tiene moral”. Pero se recuperó en seguida y exclamó: “Qué moral ni ocho cuartos”: Los hombres son bellacos desde el nacimiento y dispuesto a devorarse unos y otros...

Estos que constituían la élite del proletariado y del partido se ensuciaban en la moral y en todas las morales del mundo para subsistir...

Un grito unánime, multitudinario tronó en el aire cuando el líder terminó una de sus acostumbradas pausas para obtener aplausos.

—¡Viva la revolución social, la re-vo-lu-ción so-cial...!

El agitador degustando los aplausos comenzó un nuevo período. Actuaba ahora sobreseguro y con la ventaja de que nadie podía contradecirle, porque la estupidez en las arterias de la multitud circulaba como moneda devaluada, y sólo el verbo inflamado del orador tenía cotización.

Los pobres de espíritu, y así se han formado las religiones — creían a pie juntillas en las palabras encendidas y todo análisis estaba excluido, porque según el líder, la sociedad capitalista había acumulado muchísimas riquezas en siglos de especulación y de ahorro, y de acuerdo a la mecánica social bastaría un balance somero para establecer nuevamente la armonía. Este balance estaba próximo, pero para ello, requería de los hermanos proletarios mayor vigor y un inmenso odio, lucha sin cuartel contra el desalmado capitalismo.

Todavía Netchaew, tuvo frases de fuego que fueron coreadas al instante:

—Esos marranos, esos puercos, esos cochinos que nos succionan a diario nuestra sangre y la de nuestros hijos.

Habría completado la serie ininterrumpida de insultos de acuerdo al diccionario comunista, si es que Pancho Satanacho, camarada esclarecido y con aptitudes hercúleas y financieras, no le interrumpe:

—¿Y, para cuando Netchaew, la repartición de los bienes y el metálico? Yo deseo que se señale una fecha precisa. Tú vives bien y te olvidas de nosotros. Netchaew sin pisca de vergüenza y muy sereno gritó:

—Muy pronto camaradas. Eso depende de los que se sientan aptos y sepan apretar el gatillo.

Hubo un murmullo de desaprobación, porque todos creían que la revolución social estaba planeada científicamente y brotaría sin esfuerzo. Apretar el gatillo quería decir jugarse por entero y eso no estaba en los cálculos de los más temidos revolucionarios. Si había una sociedad que permitía el vicio había que seguir en el vicio, y eso era la sociedad democrática.

—¿Y para qué entonces los jefes? — gritó Pancho Satanacho — que comiencen ellos y nosotros les seguimos.

—Imbécil, desviado, trotskista — replicó al instante Netchaew— se precisa ser insolente para proponer semejantes cosas.

Hubo dudas y gestos de aprobación y desaprobación en la multitud.

No obstante en la próxima reunión del comité central del partido el camarada Pancho Satanacho fue acusado de “desviación” y separado *ipso facto* de los puestos directivos. Se le reconoció en el exordio su sacrificada labor por el partido pero que había cometido “pecado”, al interrumpir al líder máximo, ahora que andaba en tratativas y contactos con el “líder nacionalista” y presidente Paz Estensoro. Pero Pancho Satanacho acusó a su vez a Netchaew de burgués, adornándole en su requisitoria de todos los epítetos que los “trotskistas” han elaborado para defenderse de los burócratas “stalinianos”.

—Yo lucho por la “revolución científica” —decía Pancho Satanacho—. Queremos establecer la democracia en las filas del comunismo porque de otra manera concluiremos con la confianza de las masas.

—Pamplinas, infantilismo revolucionario — respondieron los del Comité —. Pancho Satanacho ha sembrado la duda entre los honestos obreros y esto no tiene perdón. Los líderes son infalibles y ahí lo tenemos a nuestro grande y heroico camarada Stalin conduciendo la revolución a través del mundo triunfante y naturalmente destilando una que otra gota de sangre que, para el final de la causa, no tiene la menor importancia. Que se ate la lengua Satanacho, porque de otra manera será liquidado!

Al oír esta palabra Satanacho frunció las cejas; por su cuerpo le corrió un escalofrío y sólo tuvo una frase de reacción:

—¡Me rayo!

—Rájese y abandone las filas que en el partido están demás los que nunca han apoyado a sus líderes incondicionalmente.

Satanacho masculló en silencio algunas frases pero nadie le entendió, igual que en la Iglesia cuando se excomulga a los herejes.

Netchaew habilísimo en la dialéctica empezó a buscar en las células cerebrales los hilillos que sujetaban a los verdaderos revolucionarios con la moral:

—En verdad —pensó— no existe moral hablando en términos claros. Los hombres, las sociedades a través de los tiempos y de los siglos han tenido diferentes morales. Unas veces la religión fue el único código que reglaba las relaciones entre los bípedos. Otras veces la impuso la fuerza, después los pobres fueron sometidos al yugo, se los humilló y se los mató en nombre de Dios y de una infinidad de dioses, suprimiéndolos hasta que no quedó vestigio de sus creencias. Una evolución lenta de los ricos fue creando prejuicios más duros que las leyes, sirviendo de cadenas y creencias al nuevo dogma. El hombre bípedo y tímido siempre propendió al vicio, escamoteando la ley; quiso ser más hábil que ella y la burló cuantas veces pudo. Desde lo alto del altar los sacerdotes de todas las creencias aniquilaron a los rebeldes, matándolos sin piedad o llevándolos a las mazmorras cargados de cadenas y de vergüenza. En este proceso doloroso los hombres aprendieron a ser cautos, maleables, corteses e hipócritas. Apareció la moral de la era civilizada junto con el capital, que es él que impone en resumen las costumbres, las modas y la política, y desde el sitial del Altar vigila con ojo atento las transgresiones. Ahora todo está reglamentado. Y hay miles y millones de imbéciles sobre la dura tierra marcando el paso. La estupidez se hereda al nacer y los mejores talentos son oleados y bendecidos por ella. Nada hay en la vida que pueda rebelarse sin padecer. Y el comunismo no se escapa de la regla; al contrario, sabe donde están los puntos débiles. Este imbécil de Pancho Satanacho mantiene todavía ciertos granos de honestidad y de moral propia; de ahí su miopía... La sala estaba alumbrada muy mal y en la oscuridad se veían rostros morenos y sudorosos, las paredes encaladas con banderas rojas y en un rincón la nacional, huérfana y triste. Algunos mascullaban entre dientes palabras absurdas, otros soñaban con grandes sueldos que los destinarían a la juerga, ordenando a su chola que les diera la comida gratis; muchos deseaban que la revolución estallase al día siguiente para comer y beber sin “dioses en el cielo ni amos en la tierra” (frase altoperuano, muy festejada en los diarios).

Netchaew presidía el Comité; leyó unos papeles en los que se acusaba a Satanacho, puso su firma y luego los rompió. Sin embargo dijo en alta voz:

—¡Que liquiden a Pancho Satanacho por imbécil!

Y la sentencia se cumplió en una calleja oscura en medio del barro y de sangre.

Netchaew después de la ejecución sumaría, se fue a dar una vuelta por las calles de La Paz y bebió uno copiosos tragos de whisky en casa de un amigo rico, simpatizante comunista y protector, aquellos que se encuentran en todas partes y que son útiles para los designios posteriores, intelectual frustrado y médico que vivía de los abortos y de la gente rica. Netchaew jamás perdía las fiestas y los bailes selectos del partido, en los que no aparecía el “partido” sino alguna asociación deportiva filarmónica y hasta religiosa. Además el amigo Dr. X, servía para las colectas y la aproximación de gentes cogotudas y tontas que, debido a frustraciones sexuales, también colaboran y eran fácilmente “sangradas” en unos miles de pesos.

Netchaew respiró el aire libre y se acordó de Julián: (Ah!, este Julián escéptico siempre y analítico; no es bueno para el comunismo, pero excelente camarada con tal que no se lo moleste con reglamentos y doctrina. De la doctrina Julián hacía un higo y decía que los reglamentos son para gente de tropa).

Agregaba: eso es para los seminaristas. Yo me he jubilado de obispo y no creo más. Engatusen a los que quieren, menos a mí. Me interesa un “comino” la revolución y que desaparezca el mundo capitalista. ¿Y el comunismo? También desaparecerá.

Netchaew sorbía el buen whisky de Escocia, país capitalista, elaborado finamente, muy superior al vodka ruso y murmuraba entre dientes:

—Esto no desaparecerá; no puede desaparecer: aboliremos, eso sí, la propiedad privada, manantial hipócrita donde se nutren los burgueses egoístas, pero algunas cosas de la sociedad capitalista son deliciosas, deliciosas...! En la casa de su amigo, el doctor, encontró a cierta individua viejona, aunque todavía potable, el oxígeno descompuesto en la cabellera rubia y los ojillos de animalito del bosque, muy vivos como los del lince y catadora de muchachos en flor y de viejones con pesos. Aunque paridora la individua, mantenía la fortaleza de sus senos duros y fuertes, porque los hijos que tuvo jamás se alimentaron de la ubre materna sino de los billetes succionados y de las caricias extrañas de clientes de rango...

Pasaba de los cincuenta la muy tal, sin embargo se la veía en los cuarenta, con menstruación corriente y arreglos porfiados para amortiguar la tremenda vejez que ya se insinuaba en las nalgas flojas y en el andar, que ella los atribuía a debilidad cerebral y a mucho estudio...aunque no había leído sino tratados y novelines de Pitigrilli. Pero conocía todos los recursos de memoria, y a esa edad en que las arrugas se disculpan con cremas y menjurjes de farmacia le inflamó nuevamente el ardor y quiso jugarse su última carta.

Netchaew el revolucionario altioplánico comenzó a besarle las manos y luego le habló largo rato de temas comunes, admirando a los del círculo por su extraordinaria erudición sobre platos raros y marcas de licores, hasta dio consejos prácticos de ciertas salsas y comidas refinadas. Era más erudito y sapiente que Nikita Krushev, el sustituto del camarada Stalin.

Detrás de los anteojos negros que le daban aspecto fúnebre y cierto aire de misterio, huroneaba los encantos otoñales de la individua que prestaba interés en la charla.

Se bebieron algunos vasos recargados de whisky y la sangre comenzó a afiebrarse en la revolución y el sexo. Netchaew estuvo a tono cantando canciones revolucionarias con su voz de bajo. Cantó con calor los “Barqueros del Volga” y “Ojos Negros” que habían llegado hasta el altioplano.

La individua se trasladó al piano y tocó uno de esos vales de escuela para niños, y para ponerse a tono con el ambiente dijo que, aunque burguesa le gustaban los “revolucionarios”. Se refería a Netchaew que se encontraba feliz flirteando con uno de sus ojos bizcos.

En seguida cantaron todos, porque estaba de moda y las manos empezaron su faena de acariciar los muslos. Había otras individuos opacas que también participaban de la fiesta, pero muy discretamente, porque eran casadas.

Las casada, según “las leyes de la sociedad”, sólo debían fornicar con sus maridos aburridos e insípidos, pero esas leyes de la sociedad, que en vida oscurecía su imaginación las hacía tan felices y tontas, que no temían dar su carne y sus encantos a los gusanos.

Los ojos enlutados de Netchaew zigzaguearon. Sintiese halagado por la individua; elevó el timbre de la voz y en un instante de descuido insinuó la mano por debajo de la falda. Luego la invitó a bailar y se acoplaron largamente como dos perrillos riendo y bromeando, navegando en un mar de amor, entre la embriaguez de las promesas, bajo un palio de incienso y mentiras recíprocas. Lo cierto es que ambos se comprendían, ella como embaucadora corriente con cincuenta años de práctica, con trampas preparadas para hacer caer a los viejones con plata y él, todo azúcar y la esperanza de la revolución y los millones que ya los manejaba y se los entregaba a ella para que los depositase en los “Bancos de Aladino”.

Desde esa noche durmieron juntos.

Ella pretextando debilidad cerebral y el rubor que le comía las carnes flojas desnudóse en el baño. Netchaew apareció como un espárrago entre cobrizo y amarillo, las gafas que tapaban el misterio de sus ojos enlutados.

Acopláronse de nuevo jugaron al amor rendidamente como los perrillos en celo, cariñosos, cebándose en la pena y el deleite, absolutamente convencidas de que cada uno contribuía a la revolución social...

* * *

El epílogo es histórico.

La individua le comía el seso a Netchaew, el revolucionario, y le obligaba a tareas extraordinarias, para lo cual el “materialismo dialéctico” no tenía ninguna explicación. Para compensar el sacrificio que hacía ayuntándose con ella, le dio buen yantar, vinos generosos y un poco de intimidad aunque seguía puteando con los viejos amantes. Como tardaba la revolución social, compróbole coche de segunda mano, sospechando que el líder tenía que hacer frecuentes visitas al proletariado, revistando sus huestes.

Este era un coche negro que igualaba a las gafas de Netchaew y su traje de luto. Miraba el líder por la ventanilla a los amigos y camaradas, saludándolos con ceremonia, como hacen los burgueses en las calles y en los círculos.

Nadie sabía los negocios de Netchaew para poseer ese lindo coche. Los camaradas leales callaban, porque la consigna era callar repitiéndose a “sotto voce” que tal vez el camarada Stalin o algún otro de alta jerarquía le había encomendado tareas difíciles para el triunfo de la revolución...

En tanto el extremismo de Netchaew era cada vez más agudo y la vez podía repetía en público:

—¡Muy pronto liquidaremos a esos parásitos capitalistas que succionan al pueblo hambriento!

Pero la individua a medias satisfecha y desconfiada repetía a su turno, avezada ya en el negocio:

—Eso de la revolución me está pareciendo un cuento sabroso amigo Netchaew. Mientras llegue ese gran suceso, procura sacar cupos de harina, de azúcar y algunos miles de divisas extranjeras, porque cada uno no sabe lo que sucederá mañana. Aprovecha tus relaciones con el gobierno y con el doctor Paz Estenssoro que, a uno dudarlo, deposita su confianza en el líder de las masas, porque los de derecha están a mi “lado y al tuyo” y parece que ya se han cansado de ayudarme.

Netchaew, gran revolucionario altiplánico, conocía la tierra y la dialéctica, y sabía como actuar. La política era un sucio negocio y había que ser lince para no dejarse quitar el puesto.

Jaranas, bailes, proclamas y discursos. Los imbéciles seguían domesticados y acostumbrados a las continuas transgresiones. La masa seguía rumiando su desgracia.

Andando el tiempo Netchaew se convirtió en el personaje inolvidable y familiar de las crónicas sociales de los diarios junto a la veterana que imponía si figura en los “rummy canastas y lobas”, alternando con gentes curiosas de mentalidad de pulga, que le presentaban, en resumen queridas de ministros y generales que comerciaban con cigarrillos americanos de contrabando, cupos y otras delicadezas.

Atado a la cadena de amor, domesticado y lleno de zalamerías se acostumbró a este trabajo. La viejona le había abierto la ventana que él ansiaba pero que no podía entrar.

* * *

Netchaew no ha concluído su carrera. Aunque se le tilde de comunista, un general dios su golpe de estado, lo ha nombrado ministro.

Usando de la dialéctica, “su arma favorita”, puede confundir a cualquiera. Tan pronto es rojo en la oposición como blanco hasta derramar lágrimas en el poder.

Le gustan los buenos trajes, los perfumes y las suculentas comidas.

La viejona es “la tradición”, la tierra y la vida, que giran inútilmente alrededor del sol...

La Paz, 1970.

MISTER TAYLOR

No se con seguridad si se llamaría mister Taylor, lo cierto es que me interesó y que lo conocí en uno de esos viajes vespertinos que solía hacer a Santa Margarita, en la costa ligure. Me gustaba su charla, su risueño cinismo del que se jactaba y una bohemia inglesa con el dominio del mar y de las gentes. Taylor no era agresivo ni indiscreto. Varias veces los cónsules británicos lo habían repatriado y él volvía a aparecer en Génova como si le hubieran concedido unas vacaciones para ver a la familia. Me dijo que escribía poemas, que le entretenía Italia, porque en este país podía beber vino en cantidad y emborracharse sin que nadie le impidiese con la ley en la mano, y que jamás volvería a Inglaterra aunque le proporcionase el boleto. Alguna vez andaba por las calles gritando, presa de delirio, dormía en cualquier portal de la vía pública y al día siguiente estaba sano y riente como si se levantase de una cama de un gran hotel.

Humorístico, lleno de gracia, cuando estaba sano relataba su historia en los largos paseos que hacíamos a lo largo de la orilla del mar. Recordaba entonces a Schelley, recitaba sus poesías y me contaba con una que otra lágrima ficticia que el gran poeta inglés se había ahogado en la playa por disposición de su alma. Alto, de pelambre rubia, los ojos picarescos, tal inventó el nombre de Taylor y se presentó a mí con ese nombre porque carecía de papeles, de ropas y de hogar, viviendo a la buena de Dios sin pena ni gloria. Noté que Taylor era afecto a los conventos de frailes porque lo alojaban gratis y podía beberse el vino de la iglesia, ayudándoles de paso a los santos hombres en las tareas de su oficio, rezando con ellos, nadando a las seis de la mañana en el mar y arreglando sus jardines. También confesaba sus innúmeros pecados y recibía la hostia sin el menor inconveniente a condición de que le diesen un buen almuerzo.

Aunque las mentiras de mister Taylor se notaban a la legua, su labia tenía color y matiz, reía entre dientes y remedaba los actos de contrición como nadie sabía hacerlo. Creía él que poniendo un poco de voluntad podía reformarse y que entonces daría al mundo literario grandes poemas iguales o mejores que los de Schelley.

Yo me encontraba en esa época en la edad azul y mi corazón era grande para los hombres inteligentes o que se hallaban en desgracia. Le dí a mister Taylor ropa, lo vestí como un “gentleman” y le llevé a un buen hotel.

—¡Ah, si yo tuviera un cuarto, siquiera por un mes, concluiría mis poemas! —exclamaba a menudo.

—Ya tiene usted hotel y comida — le dije — ahora a trabajar.

—No deseo hotel, menos el que usted me ha proporcionado; me sentiría feliz con un cuartucho, y entonces! — respondió.

Le trasladé del hotel a un cuarto que alquilé a una patrona italiana, en un suburbio simpático llamado “Croce Verde” y fui en persona con mister Taylor a instalarlo, pagando un mes de pensión y recomendándolo. Le advertí que si seguía bebiendo le cortarían la ayuda. Mister Taylor me dio sus dos manos, agradeció mi gesto que lo juzgaba natural entre “hombres de letras”... y me hizo promesa formal de que no bebería más hasta concluir sus poemas.

—¡Son maravillosos! — añadió —sólo me falta la última parte en que el Diablo interviene decididamente y destruye el mundo, venciendo al Ángel y poniéndolo a disposición del Soviet; algo así como el “Paraíso Perdido” de Milton, pero muy superior...superior...

Me pidió papel para escribir y algunas liras. Su rostro iluminóse y despidiéndose rápidamente dijo que debía dormir para inspirarse en el sueño.

Una semana después vino a buscarme la patrona, acompañada de sus hijos, para comunicarme que el poeta inglés había roto las ventanas y luego de proferir los insultos más groseros contra toda la familia se fue, no se sabía donde. No dejó de causarme inquietud la noticia porque yo hacía de Mecenas, y tenía que cumplir mis deberes. Lo buscamos por todas partes y por fin lo hallamos a mister Taylor en la puerta de una cantina borracho, dando gritos y provocando a la gente en un italiano perfecto. Les decía como para que oyeran: “Mariscalzone, bellaqui, grasatore”, y finalmente concluía dirigiéndose a él mismo “ *to be o nor to be*”.

Antes de que pudiéramos hablar con el célebre poeta llegó el carrito verde de la policía y se lo llevó. Lo tuvieron arrestado muchas horas y le amenazaron con expulsarlo del país por reincidente. A los pocos días vino a verme. No lo quise recibir y él me esperó horas y horas frente a la puerta de mi oficina hasta que saliera. Me envió papelititos saludándome a expresando que tenía enormes ganas de hablarme. Añadía que si no lo atendía posiblemente terminaría sus días en el mar Schelley. Lo atendí finalmente en la puerta y él se inclinó con gran ceremonia, pretendió llorar y me habló en inglés, en italiano, algunas palabras en español para decirme que era la última vez, que debía perdonarlo en homenaje al gran Cervantes, a Góngora y a los mejores ingenios del siglo de oro; que si no lo hacía yo sería culpable de que sus mejores poemas quedasen inconclusos. Estaba excitado y de sus labios brotaban a cada instante las palabras: “Este porqui italiani; tenía necesidad de beber, todos los poetas han bebido usted comprenderá, usted que es tan sensible”...

Me convenció su particular gracia, su lado humorístico, su cinismo que le excusé nuevamente y le dí alguna ayuda. Tenía la ropa sucia y aceptó mis prendas con alborozo, arrojando las que tenía puestas a un jardín público. Supe después por la patrona italiana que cada vez que deseaba cambiar de ropa decía alegremente: “I go to my store”. Volvimos a ser amigos y me confesó con altiva dignidad que pretendía ganarse la vida por cuenta propia. Simuló cierto rubor como sólo los “gentleman” ingleses sabe hacerlo y obtuvo una carta de recomendación para el cónsul mexicano, un tal Mr. Couret, para dar clases de inglés a su familia.

—Esta es la última oportunidad que tiene usted — le dije—. Nunca más haré nada por su bien.

Me dio sus dos manos, se inclinó como un acordeón y los ojos picarescos le bailaron, riendo con agradable humor.

Se dirigió esa misma tarde a lo del señor Couret que se encontraba convaleciente de una paliza que le habían propinado los fascistas pero no pudo recibirlo de inmediato y le mandó decir con la empleada que le esperase en el comedor. Sentase en una silla y atendió pacientemente más de media hora. Le pareció excesivo el tiempo y mister Taylor comenzó a hacer investigaciones en la sala. Muebles antiguos que no tenían ninguna importancia para él; algunos comestibles que no le agradaban. Sin embargo alegróse al divisar sobre la mesa una botella de “chianti” con la cubierta de paja y el color tinto; una botella de “grappa” y otra de “whisky” escocés.

Mister Taylor andó sobre las puntas de los pies e hizo pasos medidos para no llamar la atención. Cercioróse de que el señor cónsul estaba ocupado y destapó el “chianti”: le pareció delicioso. Cerró la botella y probó la “grappa”. Era también de buena calidad. Pero el “Whisky” hacía tiempo que no lo probaba. Se embocó la botella para abreviar: tomó un sorbo, dos, varios sorbos. Estaba en el paraíso... ¡Qué buenos licores gastan los cónsules, y todo eso, pagado por el Estado! — reflexionó. A él no le pagaba nadie, ¡qué iniquidad! Pero el señor cónsul no venía y él daba fin con la botella de “whisky”. “¿Qué le pasa al señor cónsul que tarda tanto?” “Debe estar muy ocupado. Muy ocupado”. Pero las botellas estaban delante de él y no podía despreciarlas. Pensó seriamente: “Los grandes escritores y los grandes poetas has sido unos borrachos; se han emborrachado siempre, y si no, ahí están: Dostowiesky, Baudelaire, Verlaine, Edgar Poe ¡y no contemos a los ingleses...! Se acordó también de sus poemas inconclusos y prometió terminarlos al día siguiente”. Pero le vino una duda: había prometido no beber. No obstante se reconfortó con el diablillo dentro del cuerpo de que era una simple promesa... Además él vivía los instantes más agradables. Parecía que alguien le suspendía de los brazos al cielo y lo depositaba allí blandamente... Tuvo un minuto de alucinación soñando vagamente en la tardanza del señor cónsul. Sentóse nuevamente en su asiento, convencido de que el funcionario tardaba demasiado. Rióse estruendosamente. ¿Pero qué idea dejarlo en el comedor a él, delante de unas botellas de licor, precisamente el día que había prometido no beber más? Pensó un segundo: abandonar el local y volver a buscar al señor Couret la semana siguiente. No obstante una fuerza irresistible se lo impedía; le obligaba a esperar pacientemente y las botellas deliciosas le hacían señas y le sonreían. Volvió a levantarse de puntas de pies y las acarició a todas. El “chianti” estaba muy bueno, inmejorable. Hay muchas clases de “chianti” y éste que el cónsul le obsequiaba involuntariamente al dejarle en espera, le pareció de los mejores de Italia. Combinado con la “grapapa” y el “whisky” nunca se le había ocurrido hacerlo. ¡Qué feliz oportunidad!...

Y pasaron las horas y no vino el cónsul. Posiblemente se olvidó de Mr. Taylor, y él no podía dejar de esperarle teniendo las botellas delante, que contenían delicioso licor. Le daba inmensa pena retirarse, aunque quería hacerlo a instantes. Pero el diablillo le advertía que el licor es una de las drogas más baratas para enajenarse y salir de la realidad estúpida del mundo. Taylor comenzó a embriagarse a medida que bebía; dio las voces de costumbre, los insultos afluyeron a sus labios. Ya no podía tenerse de pie. En ese instante apareció por fin Couret, el cónsul, y le expulsó a Mr. Taylor de su casa a empujones. Cuando estuvo en la calle, arrojado como a un trapo andó a tropezones y se arrojó al suelo. De allí lo recogió la asistencia pública y lo guardaron en una celda.

Todo este relato me hizo Mr. Taylor dramáticamente después, dispuesto a concluir su vida, porque según decía él sentía la más negra vergüenza y no podía vivir un día más. Me pidió zapatos y aunque no le iban muy bien, dijo con segura confianza:

—El pies es el alma; el zapato soy yo, igual que un zapato, finito...

* * *

La historia de Taylor es humorística y triste. Hombre de cultura, abandonó los lazos de familia y de cuanto lo retuvo la sociedad, encontrando su expresión en la bebida. Bebía por placer, por necesidad fisiológica, para estimular sus nervios y evadirse de sí mismo. Para tener una razón de gritar y sentirse hombre de acción, él que era tímido y sencillo. Le importaban un higo las instituciones y los amigos del mundo. Vivía su mundo de pobreza y de vergüenza, recurriendo a su fértil imaginación para sobrellevar su carga. De esa manera obtenía mediante palabras amables lo que necesitaba. Había escrito en otras épocas poemas y hacía tiempo que no escribía una línea. Borroneaba, rompía sus papeles, se burlaba de sí mismo. Su hermano, par del Imperio Británico lo borró de su recuerdo. En los comienzos de su carrera literaria tuvo nombre y hasta fue corresponsal de diarios ingleses en Rusia, antes de 1917. La revolución bolchevique le encontró en la bodega de un palacio, borracho y sin sentido. La muchedumbre le quiso matar pero se contentó con exhibirlo como “príncipe ruso” sujetándolo como a un muñeco. El mismo contaba su historia entre miles de historias.

—“Apenas estalló la revolución bolchevique busqué refugio en la casa de uno de mis alumnos, pues en esa época daba clases de inglés en Moscú. No encontré en el palacio a nadie ni siquiera a los sirvientes; todos habían huído. No teniendo otro lugar donde ir me quedé allí y me pareció delicioso. Descendí a la bodega y encontré los licores más finos, alineados por orden de antigüedad en anaqueles. Me pareció la bodega el mismo paraíso. ¿Qué me importaba a mí la

revolución ni cien revoluciones? Que tomasen el poder los que quisieran. Tampoco me preocupé de los disturbios en las calles. Empecé a descorchar una botella de champaña y por primera providencia me la bebí íntegra, brindando a mi propia salud. Luego se me ocurrió probar todos los licores que pude. Como había tal cantidad, descorchaba una botella y la arrojaba al suelo. Naturalmente quedé muy pronto borracho, pero muy borracho. Casi no atiné a gritar como de costumbre. Me quedé dormido en el suelo. De allí me sacaron los revolucionarios en forma indecente: me tomaron de los cabellos, me dieron de puntapiés y luego me presentaron a la turba en medio de gritos. Recuerdo o sospecho lo que decían:

—¡Vean, camaradas, cómo se emborrachan los burgueses!

Pero me seguían golpeando. Alguien quiso matarme y se opusieron los demás.

—¡Hay que exhibirlo — decían — para que sepa el pueblo la degeneración de la clase que nos ha gobernado!

—Pero si yo no soy príncipe — alegaba.

—¿No es ruso, usted?, Canalla, si se le siente en el aliento.

Me cerraron la boca a golpes de puño y aunque gritaba que nada tenía que ver con la nobleza, no me creían.

—Nada, nada — repetían los más feroces.

Por fin me dejaron en calma pero con la condición de que les enseñase la bodega. Yo les enseñé y la borrachera entonces se hizo general. Se bebieron los mejores vinos de Francia, de Chipre y del Rhin, los más antiguos “whiskys”, tantas botellas divinas que guardaban los “barines” de la Santa Rusia, todo fue vaciado en un santiamén. Los revolucionarios cogían las botellas y las tiraban contra las paredes y los espejos. Muchos defecaron en las alfombras y vomitaron. Por mi parte aprovechando el delirio de la muchedumbre alcoholizada me fugué y al día siguiente todavía medio ebrio logré salir de la ciudad y luego de Rusia. Por fin vine a Italia y aquí me tiene usted viviendo entre estos “italiani mascalzone”.

Cuando hacía estas confidencias Mr. Taylor sentía una sed inextinguible. Bebía y no se ataba la lengua para contar mil aventuras de su vida trashumante y miserable.

Después del incidente que le pasó con el cónsul de México frecuentó poco mi casa. Trataba de no encontrarse conmigo. Sin embargo un tiempo después recibí una carta en buen papel, escrita con delicadeza y en buen inglés. Era de Mr. Taylor. Me pedía excusa por su conducta y me preguntaba si podía emigrar a Bolivia como ingeniero porque había leído en un diario que había minas de oro en abundancia, pero tenía una duda: si en Bolivia había suficiente libertad para embriagarse sin ser detenido por la policía, aunque se diese gritos en la calle. Alguien le había asegurado que entre todas las libertades republicanas ésta era una de las más respetadas. “Europa — concluía la carta — se encuentra en decadencia; ya no se respeta a nadie, ni siquiera a los súbditos ingleses”.

Génova, 1930.

DESTIERRO Y FUGA

Atravesando la altipampa y trepando riscos hasta Pelechuco, provincia de La Paz en la república de Bolivia, el último poblado altioplánico que comercia con el Perú vendiendo coda y otros artículos como incienso y mirra para los templos indígenas, se desciende al valle; se bajan miles de metros y se ingresa al trópico.

El primer caserío es Santa Cruz del Valle Ameno, nombre poético y tierra del escritor paceño Nazario Pardo Valle, que trasciende a jazmín y heliotropo. En sus cercanías habita el tigre y no es raro verlo en los arroyos.

Aquí se desarrolló el relato interesante de una de sus novelas: "Trópico del Norte". Aunque el poblado consta de algunas casas y está diezmado por el paludismo gentes bondadosas reciben al viajero invitándole café y frutas.

Yo estaba desterrado por el Presidente Hernando Siles, jurista alambicado y perfecto hijo de Sucre, arrubiado y meloso en el hablar, que emergió en la política boliviana traicionando a don Bautista Saavedra, caudillo de hígados y al cual el señor Siles en carácter no le alcanzaba a los tobillos. El señor Siles me consideraba un hombre peligroso y yo consideraba al Presidente de entonces un gobernante de cartón. Eso no obsta para que toda la intelectualidad boliviana de ese tiempo le rindiera homenaje por paga, y lo elevara a los cuernos de la luna llamándolo "nuevo Bolívar y nuevo Libertador." Igual cosa ha sucedido con todos los presidentes.

El señor Siles quería que yo muriera en el destierro y me mordiera las víboras...

Ese destierro duró once años; interrumpió parte de mi vida.

De Apolo, nombre poético, fui a dar al Perú y luego a México y Nueva York, al Brasil y Argentina, ganándome el pan en duras circunstancias. Pero ese es otro capítulo.

* * *

Llegamos a las tres de la tarde a Santa Cruz del Valle Ameno y una señora que nunca la habíamos conocido nos recibió con lágrimas en los ojos, a mi esposa y a mi, sintiendo por nuestra suerte y hasta reconfortándonos. Lo que más me agradó en esos instantes fue el aliento espiritual que puso en mi alma su bondadosa piedad. Teníamos tal fatiga que nos tendimos en el suelo como si fuera blanda cama.

Dos horas después entrábamos a Apolo, pueblo risueño y alegre con una calle larga a manera de avenida que cortaba en dos los caseríos en cuyas puertas se veían tiestos de flores, vecinos cordiales, comedidos y hospitalarios. Pronto advertí en el villorrio que habían familias de apellidos alemanes y británicos, descendientes de algunos hombres intrépidos que en un tiempo se habían aventurado en la selva en busca del preciado caucho.

Nuestro ingreso al pueblo produjo sorpresa en el vecindario. Llegué a pie, vistiendo traje gris, la barbilla negra, acompañado de mi mujer que fue la única que tuvo buena mula durante el trayecto gracias a la bondad de un señor de "Puerto Acosta" llamado Mantilla. Seis carabineros al mando del teniente Endara me custodiaban.

Posiblemente las buenas gentes murmuraban por lo bajo:

—¿Quién puede ser este hombre que lo vigilan tantos policías? Es posible que sea feroz.

Pero los comentarios más interesantes sin duda fueron sobre mi mujer, entonces de veintiséis años, guapa y valiente, que no se intimidó al acompañarme, corriendo los riesgos.

Descendimos al corregimiento, en esa época a cargo de don Dagoberto Ferrufino, vecino respetable del lugar, petisón, de grandes bigotes y de buenas entrañas. Francamente don Dagoberto estaba intrigado con mi presencia y, sobre todo cuando hubo leído los oficios que le entregó el teniente Endara. Entre frase y frase me examinaba con cuidado. El poblado es psicólogo perspicaz y curioso por naturaleza: conoce a una fiera y a un hombre en un segundo. Por fin alzó la voz y dio gritos llamando a su mujer, señora de alguna edad, arrubiada y de buenos modales. Luego de las palabras de cortesía que se advertían sinceras invítanos a permanecer en su casa disculpándose al mismo tiempo de no poder ofrecernos mayores comodidades. El teniente y los soldados se alojaron en la Intendencia, solar desocupado y triste que estaba reservado para cuando llegasen las autoridades de La Paz. (En el pueblo no había ninguna autoridad desde hacía mucho tiempo, excepto el corregidor; pero cada vecino armado de un Winchester de quince tiros cuidaba sus intereses y sus vidas).

En adelante el corregidor Ferrufino era mi custodia y para mayor seguridad me alojaba en su propio domicilio.

Al día siguiente conversamos largo rato. Volvió al gruñir como tenía de costumbre. A cada instante se le salían las exclamaciones ¡uh, uh, qué barbaridad, qué zopencos...! Leyó los oficios de las autoridades de La Paz nuevamente y los rompió en mi delante.

—No me infunden temor las cosas que dicen de usted —agregó—. Le pintan como a un hombre desaforado y lo curioso es que yo también lo he sido en mi juventud. Me río cuando quieren obligarme a perseguir a alguien y a molestarlo. Soy yo, corregidor, pero no esbirro. Bebamos una copa. ¡A su salud!

Bebimos dos o tres y en breve tiempo nos hicimos amigos. Festejamos mi arribo al pueblo con cerveza, vino y aguardiente. ¡La juventud da para todo y uno se siente héroe!

—Puede usted nomás ir donde le parezca —agregó—. Me dicen que lo custodie pero sería lamentable que no conozca las delicias del campo. Yo también he sido...

Hubo un silencio de segundos.

—¿Revolucionario?

—A mi manera. He desafiado a las autoridades en mi juventud. Me han perseguido a bala cuando trataba de internar mercaderías del Perú.

Calló don Dagoberto y bebimos unas cuantas copas más. Me hizo confidencias curiosas de la vida apolense, de lo que se decía de mí, de lo que debía hacer.

En los días subsiguientes los vecinos principales vinieron a visitarme. Les importaba un hizo el “socialismo” y ellos apreciaban las calidades humanas de los que conocían. Mi alojamiento se llenó de gentes de toda condición. Para ellos era un hombre en desgracia como sucede en la política boliviana con frecuencia. Por eso no había rencor sino cariño, mucho más a mi esposa a la cual la señalaban como un ejemplo. Las preguntas no escaseaban y para satisfacer su curiosidad los ilustraba en lo que podía. Hasta se volvieron mis partidarios sentimentales, incluso los más ricos. Me daban acogida cordial, trayéndome de paso algunos obsequios: frutas, alojas y comestibles. Después fuimos ya parte integrantes del pueblo. No había fiesta donde no estuviéramos invitados. Participábamos de sus sencillas costumbres, de sus inquietudes y todo era una novedad. El correo llegaba de vez en cuando y las cartas venían abiertas por la censura, trayéndonos las noticias de siempre. El “silismo” consolidado gracias a la traición del presidente, apoyado por los intelectuales a sueldo como en todas las épocas. Persecución a los opositores; elogios desmedidos al “gobernante salvador” que en este caso era el señor Siles. Mis amigos seguían desterrados en Pelechuco y otros en la cárcel pero todos con una fe ciega en un socialismo que yo había predicado por primera vez en el país, dando ejemplo.

Abraham Valdez que años más tarde fue ministro de Educación y Natush Velasco, empleado hoy de la casa Suárez, tenían esperanza en que las cosas cambiarían. En efecto cambiaron para ellos. Yo seguía desterrado y por muchos años duró mi destierro hasta que fui a dar a México. Pero en esa época la pasión por las ideas que habían leído en los libros era completa así como su entusiasmo. Todo lo que hicimos en las filas del pueblo, en los distritos mineros y en todas partes servirá más tarde para que otros más despiertos y menos románticos, abusados de la demagogia y del poder desprestigiaron el socialismo y se aprovecharon del poder. Robasen el tesoro y la hacienda, y con un “nacionalismo copiado de los manuales del nazismo alemán” se impusieron por el terror.

Creían también mis amigos que algo inesperado debía producirse y que las masas se levantarían en armas, sin organización, sin un partido férreo que no existía y que comenzaba a brotar! Nada sucedió. Pasado un tiempo el olvido nos cubrió con su indiferencia. Nadie ya se acordaba de los abanderados que en gesto altivo y romántico habían luchado junto a las masas obreras. (Las masas, como siempre estaban al lado del triunfador en un país pobre donde la necesidad se transforma en cobardía). Yo escribía a mis amigos que debíamos insistir y tener paciencia y analizar los acontecimientos con perspectiva histórica y sufrir con resignación la mala fortuna que nos había tocado, y que tal vez otras generaciones recogieran si no el ejemplo la inquietud, que habíamos sembrado.

En ese tiempo se agitaba la cuestión del Chaco en disputa con el Paraguay y los diarios casi siempre sin seso escribían toda clase de insinuaciones guerreras. Tal vez la guerra se había desencadenado si es que la Argentina alienta al Paraguay como alentó más tarde. Siles que no entendía de estas cuestiones a fondo, lo que le interesaba era perpetuarse en el mando: la guerra lo había liquidado al primer instante como liquidó a Salamanca y su enorme prestigio, hasta convertirlo en criminal. Este es el único servicio que el país le debe al señor Siles. Ya he dicho muchas veces que su gobierno fue raquítico, de baja adulación y mediocre.

Nadie recuerda a media docena de silistas ilustres y creadores, y los que le rodeaban le hacían consentir que era un “nuevo libertador como el mariscal Sucre”.

* * *

Los vecinos de Apolo alarmados con las noticias de guerra me visitaban para preguntarme más detalles y qué posesión adoptaríamos, porque entre charla y charla les iba conquistando a mis jóvenes, haciéndoles ver que los pequeños propietarios no tenían porque odiar las reformas y que en la lucha económica eran tan explotados como los obreros y además comprimidos en su desarrollo. Había que darles largas charlas y poseer paciencia infinita puesto que su experiencia era nula y en realidad vivían una vida plácida, sin preocupaciones y en la pobreza, primitivamente.

* * *

Nos instalamos en un cuarto que nos brindó el corregidor don Dagoberto Ferruffino en su casa, nombre que recordaba a uno de los reyes de Francia. Era un hombre divertido, amigo del trago y charlador, con cierto humorismo y franqueza. Le importaba un rábano su cargo y festejaba los arrestos del teniente Endara y su tropa de soldados maltrechos y mal pagados.

—Ya verá Ud., como gastan sus tiros y no les queda uno —me dijo— sonriendo. Yo les entusiasmo para que disparen a cualquier blanco. Como los apoleños son tiradores de oficio y matan venados a la carrera estos soldados no pueden competir. En una semana quedarán sin munición y entonces usted es el amo.

Mal nutridos, sin disciplina, aburridos los carabineros y en el ocio no eran bien vistos por el vecindario, porque es odioso ser guardián o carcelero de alguien; no tenían otra ocupación que el “resecado” (aguardiente casero) y emborracharse a su antojo. Y como la borrachera altiplánica termina generalmente a tiros o golpes de puño peleaban con los vecinos del lugar y éstos los zurraban de lo lindo. Naturalmente mi nombre estaba mezclado en la riña. Había entre los carabineros un cochabambino díscolo, matoncillo y petiso que deseaba sobresalir en las pendencias. Se jactaba de sus fuerzas y creíase “muy macho”, disparando su fusil sin objeto alguno para atemorizar al vecindario. Gritaba en la ebriedad que nadie le había puesto las manos y que cualquiera que se creyera hombre saliera, va nomás para enfrentársele. Un apolense recogió la injuria y una noche lo revolcó en la arena, herido para muchos días. Desde entonces hubo relativa tranquilidad en el pueblo.

* * *

Antonio Padúa natural de los Yungas de La Paz, badulaque y enamorado se enroló en el ejército y luego se convirtió en carabinero de oficio. Había sido en su mocedad criado del doctor José Estenssoro tío de mi esposa y por esta razón demostró su solicitud hacia nosotros durante el viaje. Pero una semana después que llegó a Apolo se volvió loco de amor por una sirvientita de la casa del corregidor que le ablandó el seso y lo perdió. Al comienzo creíamos que se trataba de una de tantas aventuras que tienen los soldados en todos los lugares. Sin embargo Antonio Padúa que era negro enloqueció de verdad, comenzando a divagar y cantando por las noches a las puertas de su amada aunque ésta no le hiciese caso y lo despreciase cruelmente. Poco a poco fue perdiendo la razón hasta tornarse energúmeno, furioso de atar; bebía sus propios orines y daba gritos diciendo que una mujer le había embrujado. Como no había quien le curase, una viejita llamada doña Florinda quería introducirle una aguja de coser costales al cuello como a las gallinas cuando están cluecas, diciendo que este procedimiento era un “santo remedio”. Por fin el teniente Endara dispuso enviarlo a La Paz amarrado en una mula y bajo la vigilancia de un indio y de un soldado. Para calmar su furia los vigilantes le daban latigazos y el negro se enfurecía mucho más.

No me vuelto a ver a este negro solícito y de tan mala suerte. Es posible que haya fallecido. Fue la primera víctima; yo iba a ser la segunda tal vez, por que los soldados ebrios tenían costumbre de disparar sus fusiles a la dirección de mi casa cuando notaban que salía.

* * *

En el apacible y cordial pueblo apolense pasamos más de tres meses rodeados de la consideración del vecindario. La mayoría eran hombre de pelo en pecho, como se dice muy amables pero muy hombres y, sobre todo hospitalarios con los que llegaban a su hogar sencillo y participaban su vida, sus costumbres y sus fiestas casi diarias. Las mozuelas bailaban admirablemente; no eran presumidas ni cortas de ingenio. Hablaban igual con los hombres y aunque carecieran de cultura tenían el encanto de su sencillez. Además eran bonitas y muy bien formadas de cuerpo, con la locuacidad del trópico.

Yo me distraía con la charla de don Dagoberto que me hizo su confidente. Salía por las tardes en busca de amigos y encontraba en sus casas a don Manuel Postigo caballeroso y cordial, a los Frank, de origen alemán pero mucho más apolense en su espíritu y sus costumbres; a don Casto Oliver vecino principal y ganadero con muchos cientos de vacas. Veía de vez en cuando a don Enrique Flower que tenía la manía de los escritos y de los pleitos, poseyendo una buena biblioteca, herencia de su padre, un viejo inglés, y de esa manera leí en Apolo "El Paraíso Perdido" de Milton, algunos libros de Dickens y versos del poeta Kyats.

El clima suave de Apolo, templado, era una delicia. Nadie lo conocía excepto los desterrados que los gobiernos enviaban allí. Antes que yo habían estado diversos personajes que años después llegaron a los altos cargos de ministros y presidentes.

Esta tierra apolense era pródiga: producía todo, desde las frutas del trópico hasta una variedad de productos de las alturas y no obstante estaba poblada por unos miles de habitantes cuando podía contener millones.

El vecindario vivía pobremente, consistiendo su felicidad en la ausencia de ambición y la placidez del ambiente. Se despertaba el apolense eufórico, dispuesto a reír y a cantar como los pájaros; comía los platos de la región y daba sus comidas a los que le inspiraban simpatía; brindaba copas en su homenaje y las fiestas le producían enorme satisfacción a su espíritu porque se complacía a sí mismo: el luchador de la selva y la aventura. Tenía además el paisaje admirable, la naturaleza pródiga, el aire tibio, los frutos abundantes, un trabajo limitado que sólo es posible en las tierras bolivianas alejadas y calientes.

Al amanecer las admirables mañanas apolenses doradas y frescas le animaban a vivir y a amar. La vista extendíase en las lejanas pampas floridas, los llanos inmensos, las montañas mágicas y el aroma perfumado de las flores silvestres, la quebrada de agua clara que bañaba el pueblo y entre sus arenas granículas de oro. Todo esto le daba aliento para querer esta tierra olvidada y virgen. Me acuerdo del río Tuichi manso y domesticado por la inmensa pampa con sus aguas como acequias corriendo dulcemente, inundándose a veces y dejando el saldo de ciento de peces rezagados que los vecinos los cogían con las manos llenando cestos. Y los ricos lechones preparados en los cumpleaños, rociados de jugos de piña y sabrosos cócteles; las risas bulliciosas de las mujeres, los brindis continuados y el baile. ¡Esa sencillez y esa hospitalidad! Algunas tardes iba a cazar a las montañas próximas y cuando estaba cansado me tendía a la sombra de algún árbol para leer mis poetas favoritos. Me entraban ganas de quedarme para siempre en este lugar paradisíaco, rehacer mi vida y volverme agricultor, pero el demonio de la juventud se interponía soplándome al oído la canción del viaje, cosquilleándome la aventura: proseguir la ruta y cumplir mi destino. El espejo engañoso y las ilusiones en flor de la edad acompañados de la fiebre política me dominaron finalmente y destruyeron la quietud para lanzarme a la fuga, dar otra vez cara al mundo y luchar.

Una noche preparé mi huída y salí de Apolo.

* * *

Preparé con cierta minuciosidad la huída. Conseguí una mula de un vecino, hablé con un guía que me acompañaría hasta la frontera peruana y un sábado al anochecer entre los brazos y las lágrimas de mi mujer que no podía seguirme y las despedidas cariñosas de los vecinos abandoné Apolo.

Mi guía se llamaba Max Molina, mozo intrépido que todavía vive. Se presentó armado como para ir a la guerra, montado en una mulita petisa. Trotamos toda la noche seguros de no ser alcanzados por los guardianes que me custodiaban y hacia el amanecer llegamos a la orilla del río Amantala. Aquí nos sucedió un percance, pues la bestia mía al pisar las tablas del puente colgante comenzó a dar brincos y tan fuertes que cayó al agua. Apenas pudimos recuperar los arreos y luego abandonarla.

En adelante el camino tenía que hacerlo a pie y tenía delante unos doce días de viajes.

Felizmente los perseguidores estaban imposibilitados de darme caza por lo menos las primeras horas dedicados como estaban a consumir una arroba de "rescado" que les hice obsequiar por interpósita persona.

Cuando advirtieron mi fuga y alguien les anotició que había dejado Apolo comenzaron a perseguirme. Pero yo les llevaba muchas horas de ventaja. Los divisé desde la cumbre de una serranía que iban serpenteando trabajosamente, fatigadas y llevando sus inservibles fusiles sin balas en una acémila.

El camino ascendía entre cumbres, cruzábamos desfiladeros, descendíamos y volvíamos a subir. Parecía próxima la pascana y sin embargo distaba leguas. Por fin perdimos de vista a los soldados y nos ocultamos en las quebras de la montaña. Comimos un poco de carne seca y de pan, bebimos unos tragos y nos acostamos debajo de grandes piedras que nos servían de techo. Al día siguiente continuamos la marcha llegando a un rancho perdido en la soledad más absoluta. Tropezamos con un pastor altiplánico muy parecido a los del Tibet que no dio tostado de maíz a cambio de azúcar. Molina era charlador y hombre de aventura cuyos relatos consistían en amores simples y contrabandos. Conocedor de caminos perdidos hacia la frontera me llevaba por uno que había elegido por lo más abrupto de la cordillera. A los cuantos días dejamos la selva y subimos la sierra nevada a más de cuatro mil metros de altura. Ahora veíamos sabanas blancas que se entendían leguas y leguas. El espectáculo era maravilloso. Picachos rojizos, empurpurados con toda la gama de colores, heridos por los rayos del sol parecían surgidos de un encantamiento. A instantes oíamos ruidos de cañonazos y eran bloques enormes de hielo que se desprendían de las montañas para luego formar torrentes que se desbordaban aguas abajo en catarata. El glaciar que teníamos delante no concluía y tratábamos de ganarlo en pocas horas. La tarde decaía visiblemente amarillenta y melancólica. Ni un alma en esas soledades ni un rebaño ni briznas de paja ni refugio alguno. Para animarnos levantamos la voz pero la voz no se oía; levantamos más y cantamos algo. Max Molina era decididor y comedido, sus cuentos me entretenían.

—En dos días más si tenemos suerte llegaremos al Perú —dijo — siempre que no estemos errados.

—¿Errados? — le pregunté.

—Claro; la nieve borra la ruta. Muchas veces hay que tomar un desfiladero aquí o bien a dos leguas de distancia.

—¿Entonces?

—Llegaremos de cualquier modo, toda la cuestión ahora es encontrar un lugar donde echarnos o caminar toda la noche para no helarnos.

Bebimos un buen trago y comimos restos de carne que en otras circunstancias nunca lo habríamos hecho. La sentimos deliciosa a pesar de su olor. El hambre no hace distinciones y uno se hace menos delicado.

La tarde agonizó repentinamente y cerrada ya la noche nos vimos como fantasmas sobre la nieve. Sonaban descargas de mil cañones; el viento soplaba con fuerza y oímos ruidos y aullidos de animales que no existían. Comenzó a nevar por nuestra mala suerte y no teníamos donde acurrucarnos como en noche anteriores. Luego se desencadenó una tormenta horrible y el zigzag de los relámpagos alumbraba la sabana como una visión dantesca. Parecía que estuviésemos en un escenario siniestro. Sentíamos todos los sonidos y el silbido del viento nos

traía espantosos rumores de un mundo que no era el nuestro. Por fin hallamos un hueco en un recodo del camino y nos cobijamos con un abrigo de caucho por lo menos las extremidades inferiores. Así permanecemos unas horas sin dormir pero el sueño nos venció pues estábamos fatigados por la marcha del día hasta que la aurora irradió sus tenues luces como si la noche anterior hubiera sido una pesadilla. Nos sentimos reconfortados. Miramos a unos metros y nos dimos cuenta de que habíamos acampado al borde de un barranco. La bruma sin embargo nos envolvía por todas partes y nos veíamos suspendidos entre nubes. Bebimos unos tragos y esperamos el sol transidos de frío; no podíamos movernos. Al cabo de unas horas apareció y sentimos súbita alegría. El panorama más conmovedor y bello presentóse ante nuestra vista. Era el cielo nimbado de cumbres de nieve, de sol, de colores y de nubes. Hasta sentimos música de arpas y violines. Empezamos a descender pausadamente, poniendo atención a las pisadas. Ahora aparecían lagos azules y quietos que parecían níveo levantaban el vuelo rítmicamente dibujando su lenguaje en el aire. Cruzamos arroyos de agua caliente que advertía el desagüe de algún volcán. El panorama era otro: montañas negras, ríspidas, desafiantes teníamos delante en sucesión, plantadas como guardianes con los crestones salpicados de inmaculado blanco. Divisamos finalmente el llano, la altipampa donde pastaban llamas y alpacas. A lo lejos un rancho solitario y perdido. Alguno que otro rebaño apareció. Oímos ladridos de perros y nos apegamos a la casucha de un pastor pidiendo alimento pues hacía días que no comíamos sino briznas y restos de pan. Nos dio un poco de maíz cocido y papas y le ofrecimos dinero pero él prefería licor y azúcar. Gracias a sus indicaciones pudimos llegar a la posada del patrón que estaba a dos leguas.

Tenía este pastor altiplánico fisonomía mongólica, adusta y triste. No le conmovía o parecía no conmoerle. Vivía solo cuidando sus rebaños, posiblemente reías pocas veces y le causaban temor los seres humanos que interrumpían su silencio teniendo como únicos compañeros sus perros tan tristes y fieros como él. (El perro altiplánico leal y huraño merece otro capítulo).

* * *

El patrón en efecto vivía a dos leguas largas al borde de un riachuelo. Su casa era una especie de aduar chato, rodeado de corrales y casuchas con techo de paja, oliendo a estiércol. Nos aproximamos con cautela, creyendo Max Molina que desde el poblado de Pelehuco hubieran dado noticia de nuestra fuga, siendo probable que estuviesen esperándonos soldados altiplánicos para concluir con nosotros en nombre de la “ley de fuga”. O por los menos para conducirnos otra vez a la cárcel, mala fortuna, después de haber recorrido la mayor parte del camino. Molina se acercó al rancho, habló con el patrón y luego de unos instantes volvió a darme la noticia de que era amigo suyo.

—Es Solórzano —me habló. — Se trata Solórzano, antiguo amigo, pero conviene que usted no le dé su nombre.

—Buenos días de Dios, — le hablé, con suma cordialidad.

— Buenas las tenga en su nombre, —respondíome.

Solórzano estaba tendido en un poyo de barro que hacía de lecho tapado con unos “fallos” sufriendo de reumatismo. Tenía la cara abotagada, las piernas hinchadas y el dolor le arrancaba gritos ahogados.

—Estoy así desde hace dos semanas, no me puedo mover y ahora que ha nacido una criatura mía.

Pero qué tiene que hacer la criatura con el reumatismo —interrumpí tontamente.

—No podemos pues, señorniy, festejar el acontecimiento, señorniy. Hay que bautizarla esta misma noche.

Se me ocurrió decirle que yo era médico o algo parecido y que tratará de curarle su enfermedad.

—Dios me lo ha mandado —exclamó — qué felicidad señorniy. Ya me soñé anoche que llegaba un enviado del Señor.

Hizo unas cruces y una serie de exorcismos llamando a entes invisibles en los que creía y luego puso sus ojos en mis sabiduría.

—Haré lo que pueda: a ver muéstreme sus piernas.

Tenia las piernas hinchadas y envueltas en trapos, se sentía un olor repugnante, mezcla de almíscle y de sudor.

El médico no tiene olfato. Pedí grasa de llama, mezclé gotas de limón que todavía quedaba a en las alforjas y con el resto preparé al instante cierto unguento maravilloso, ordenando que le hiciera frotamientos al señor Solórzano, al mismo tiempo que para darle fe, le repetía palabras extrañas que conjurasen su dolencia Indiqué además que le diesen un trago fuerte de jugo de limón con “resecado”.

—Vamos don Nivaldo — le decía — lo que usted tiene es nada, desaparecerá. Extienda la pierna izquierda. Continúe el frotamiento. ¿Ya no siente dolor?

Los pases magnéticos sucedíanse con suavidad, todo marchaba bien y sea por el efecto de la sugestión o del unguento don Nivaldo parecía que sentía una mejoría visible. Se le veía en los ojos, que no se desprendían de los míos, impresionándole tal vez mi apariencia extraña: la barba tupida y negra, las manos huesudas y las fuerzas que le transmitían para satisfacer sus íntimos deseos de festejar dignamente el bautizo de su criatura.

Al breve instante se sintió con ánimo y pudo levantarse. Dio gracias a Dios, y a mí quería besarme las manos. Me pidió sin embargo la fórmula del unguento, por si acaso... agregó:

—No estoy equivocado; tienen que ser sus manos...

Tomó valor y con voz de trueno llamó a uno de sus indígenas:

—Ponguito, a ver que vayan a lo del compadre Elías y traigan unas botellas de “resecado”, pero volando... volando...

—Es usted médico o brujo, señorniy, mi señor, — habló alborozado Solórzano — porque no hay duda: su curación es mágica. Me dispensará, pues, en esta oportunidad le haga mi compadre. Acepté nomás, señorniy, por favor. ¡Se lo pide Solórzano!

Max Molina no cabía de sorpresa. Cavilaba y me miraba fijamente, luego ya metido en si, me dijo:

—Con que de esas teníamos; no me confesó usted que era también mago. Y yo andando con Ud., y no lo sabía. Vaya, pues...

Creía que yo sabía muchas cosas y que las ocultaba. Entre él y Solórzano se insinuaron varias miradas y signos de interrogación, y Molina no perdía detalles alguno de la curación para transmitirla a los vecinos de Apolo como si fuera milagro y de los buenos...

Entretanto el patrón deba órdenes y más órdenes a sus subordinados.

—Una gallinita pues, que maten en seguida. Se quedará usted un día siquiera. Podemos servirnos un lechoncito. Qué lástima que se vaya en seguida y ahora que estoy sano debido a sus manos...

Se puso a reír estruendosamente, hablando a raudales:

—Je, je, je, pero vean si no es cierto. Ya puedo andar y hasta se me enderezan mis piernas para una cuequita... Soy Solórzano, señorniy, un servidor de los buenos. Vivo en estos

parajes, soltando de la mano de Dios, criando ovejas y llamas por un accidente de la política liberal; pero sirvo para algo: lo que quiera usted. ¿No ha llegado el ponguito? — preguntó.

—No ha llegado — le respondió una mujer medio bizca envuelta en trapos que resultó ser “amasia” de don Nibaldo Solórzano, precisamente la que había parido la noche anterior y ya estaba de pie de acuerdo a las prácticas altiplánicas y además porque tenía que preparar el bautizo.

—Cómo las ovejas — pensé en silencio — tiene usted una fortaleza admirable.

—Así es señor.

Don Nibaldo daba gritos y no podía estar quieto.

—Si son apenas dos leguas; ya debía estar aquí, el Choque, y lo precisamos junto con la banda, ahora que está el señor y me ha sanado.

A mí turno intervine para decirle a Molina, en silencio:

—¿No cometimos una imprudencia, permaneciendo en este lugar? En cualquier momento se presentan las tropas y nos cuecen a balazos.

—No — respondió mi guía —. No tenga cuidado; ya me he enterado de que el rancho éste se encuentra fuera de cualquier camino transitado. Don Nibaldo protege a los que hacen contrabando con el Perú. — Agregó:

—Es hombre de agallas. Vive huido y por eso se ha retirado a estos andurriales.

Empecé a cobrarle simpatía al señor Solórzano. Era un hombre de pelo en pecho. Vivía semiculto y trabajaba en las fronteras.

Esa noche las casuchas se iluminaron y llegaron hasta tres vecinos a la redonda anoticiados del bautizo, entre ellos el compadre Elías. La mujer de Solórzano enjuta de hombros, huesuda y enérgica trajo al recién nacido envuelto en una especie de lienzo. Yo actué de cura y de padrino, tomando unos granos de sal los disolví en un plato. Luego haciendo diversas señales y mascullando palabras extrañas, mezcla de latín y de mi invención puso el óleo y crisma al niño que en adelante debía llamarse Leónidas. Finalmente don Nibaldo en el deseo de comprobar su salud, habló:

—¡Esta copa a la salud de mi compadre Juan!

—Por el niño, —repliqué.

—¡Salud, salud! — dijeron todos — que sea en buena hora.

El compadre Elías se aventuró a preguntar:

—A lo que parece, ¿el señor es extranjero?

Mi guía Max Molina aseguró que andaba explorando el terreno y cateando minas, viniendo de Pelechuco. Se nos habían escapado las mulas y andábamos a pie en busca de cabalgaduras. Los vecinos creyeron a medias; me miraron cazarmente y callaron; todos bebían sin descanso y se invitaban mutuamente entre frases cariñosas y la malicia del poblado. Bebieron hasta el amanecer y don Nibaldo expresó lo que él creía respecto a mí, excitado por el alcohol:

—Este señor me ha salvado la vida. Es un gran hombre. Ahora es mi compadre, anda por aquí en busca de minas. Lo conozco muchísimo. Sabe todo. Es el señor Martínez.

Me abrazó muchísimas veces y me hizo confidencias. Esos pobladores altiplánicos mitad españoles y mitad indios, muy enteros cuando quieren serlo. Hombres de una raza bravía que

pocos los conocen y se equivocan siempre, porque son ladinos y astutos. Al compadre se entregan, creyéndole pariente o lago de ellos en su intimidad. Son políticos, caudillistas y hombres de acción y mueren en las revoluciones por los compadres. Eso lo sabía muy bien don Bautista Saavedra.

Era el viejo de unos cincuenta y pico de años, fornido y de fisonomía mestiza, muy hombre. Me prestó un jamelgo y despedime del compadre esperando volverle a ver, nunca más lo he visto.

Max Molina el mozo valeroso que me había acompañado tantos días en su mulita y yo en el jamelgo, caminamos una cuantas leguas más. Eran las ocho de la mañana. Vimos unos desfiladeros y un rancho, las montañas negras.

—Aquí está la frontera peruana — me dijo —. Camina un poco más y se introduce al Perú. Yo le dejo aquí porque mi amigo Solórzano me ha comprometido a que regrese. El nuevo guía le cuidará mejor que yo y más adelante está Cojata.

Me dio un abrazo y quedamos de escribirnos si llegaba bien y me protegía la suerte.

* * *

Años después, muchos años después habiéndome olvidado completamente del acontecimiento del bautizo, cruzaba un día las calles de La Paz y me vía interrumpido por un mocetón que me llamó familiarmente padrino.

—¿Padrino?

—Sí, mi doctor; usted es mi padrino: me llamo Solórzano...

Inmediatamente todo el turbión de la extraña aventura y de mi fuga, del bautizo, de la cura mágica, del muchacho que había nacido la noche anterior me vino a la memoria.

Le dí un abrazo y le pedí noticias de su padre. Había muerto hacía años. El mocetón no se quedó callado.

—Soy su ahijado, doctor y de los buenos. Ya he sufrido un arresto por vivarlo en la calle y lo seguiré vivando, padrino...

La Paz, 1940.

EL VIEJO SOLDADO

El viejo soldado es un pequeño burgués desilusionado de su clase y de los que puede dar su clase.

Oprimido por su conciencia y de acuerdo a la explosión de su cerebro, se rebeló de las cadenas que le ataban a la sociedad burguesa y rompió con sus manos los prejuicios miserables. Pudo ser general el viejo soldado, pero los generales mueren en la cama y los soldados en las trincheras. Además, el viejo soldado amó siempre la aventura, el fusil y la sonrisa tierna.

El viejo soldado recorriendo pueblos, cárceles y mesones, se hizo poeta. Pero es un poeta cuyos versos irregulares brotan como aletazos en medio del camino. Apenas florecen unos segundos o unos minutos y ya han muerto. Sin embargo los versos de su vida se prendiera en un papel. Papel tan estropeando como su alma.

El viejo soldado lleva en el morral tres cosas y un pedazo de esperanza: su risa, su afecto cordial y espontáneo y unas alas rotas amarradas con alambres. En el recuerdo un libro, donde están escritos a lápiz éstas frases sencillas:

El pan no brota del cielo; hay que tomarlo en la tierra.

El dolor y el amor son hermanos.

Con puños fuertes y corazón ardiente se conquistan mundos...

EL "LOBO ESTEPARIO" Y LA NIÑA DE LOS OJOS DE CIERVA EN LA NOCHE CALLADA

Paisaje

Figuraos amable lector, una doctora brasileña, muy menudita, muy inteligente y muy amable. Ojos enormes e interrogantes. Cuerpecitos frágil y nervioso. Figuraos el paisaje del Brasil con sus palmeras cimbreantes, sus cocoteros y su mar azul, en la Bahía de Guanabara, y sus pequeñas islas encontradas.

Tengo que hablar de un lugarcito gratamente agradable: "Santa Teresa do Curvelho". Mi amigo el poeta Raúl González Tuñón ha escrito poemas magníficas y hasta un libro sobre el "refugio". Conoció también la casita humilde y tierna donde vivía la niña de los ojos de cierva. Desde sus balcones se divisaba el mar como un sueño. Y desde ese ventanal que daba a nuestro cuarto los ojos podían mirar sin cansancio el panorama divino que sirvió de marco a un amor fugaz y tan profundo que quedó registrado en este poema.

Yo, en esa época, era el mismo "viejo soldado" que nunca ascendió en la vida. Llevaba en el alma mi sagacidad y energía. La casa de "Santa Teresa do Curvelho" albergada a más de un a media docena de desterrados y artistas. Comíamos bananas y "feijón", pero como estábamos siempre con hambre nos hartábamos de teoría y de luz... Algunas veces las discusiones y las batallas eran tremendas. No obstante jamás hubo muertos ni heridos...

En ese grupo que el azar de la vida lo reunió en Río de Janeiro, en la altura, camino a San Silvestre, el vinillo verde importado de Portugal era una novedad. Nuestros bolsillos estaban llenos de ilusiones pero no de monedas. Sin embargo el viejo soldado, maestro en el arte de la guerra, lo conseguía en habilidad su dialéctica...

Las comidas aquellas, muy pobres pero muy alegres, tenían el sabor inolvidables de lo que se puede hacer en este mísero planeta cuando se reúnen hombres y mujeres sensibles, cantando a la vida y soñando en transformarla...

Ella, la doctora, tan gentil y tan noble, inspiradora de este poema, era un producto de esa tierra ardiente y profunda. Animaba las charlas, discutía sobre todos los problemas, nos recitaba versos y hasta nos inyectaba optimismo cuando momentáneamente lo habíamos perdido. Ella, también nos escanciaba el vinillo verde de Portugal y no relataba cuentos e historias olvidadas.

Y desde la tierra brasilera, con el ardor que da la pasión, tendíamos nuestros hilos hacia el continente íntegro...

Una noche, entre el perfume de las flores y la luna que hería nuestros rostros, el viejo soldado, que nunca había hecho versos, fue incitado a escribir este poema que lo váis a escuchar y del cual sólo hay un ejemplar. Aunque fue roto, la niña de los ojos de cierva lo conserva en su memoria:

El lobo estepario era alto, muy alto; su cabeza se perdía en las nubes...

En su pecho ardía un volcán

En sus pupilas vagaba un mundo...

Sus manos eran enormes, magníficas y diestras para jugar con las estrellas...

Amaba los astros, los lirios y las becas frescas como si fuera rosas.

Amaba el Sol, porque era hijo del Sol.

Amaba la tierra, porque era su madre.

Amaba el vino, la aventura...y por amar demasiado...

estaba siempre con hambre...

La niña de los ojos de cierva era pequeñita: diminuta con una hostia.

Y en su pecho ardía también un volcán.

Frágil como un lirio,

Inocente como una paloma

Sensual como una pantera

Y además...

¡Muy buena, muy buena!

Un día el lobo estepario, hambriento como de costumbre

Salió en busca de alimento.

Recorrió la estepa blanca leguas y leguas...

Divisó la luna, cogió una estrella y se supo a cantar...

Los demás animales se burlaron de él.

¿No comes, hoy día, lobo estepario? — le dijo la cierva — ofreciéndole su carne joven y palpitante.

El lobo tenía un hambre terrible.

La miró un instante, la tomó en sus brazos

y lejos de comerla

se enamoró de sus ojos profundos.

El lobo y la cierva andan juntos!...

Esto no se ha visto sino en los romances.

El lobo estepario es el último lobo de un cuento.

Hoy se hasta de estrellas y detesta la sangre:

Viejo, enfermo y temblando reclina la frente

en las manos suaves y cándidas de todas las

ciervas.

Más hay una que tiene los ojos negros.

Ojos negros tan grandes, tan grandes

¡Que caben dos mundos!

Río de Janeiro, 1930.

EL TUERTO SOLARES DEL SUCRE

A Felipe Navarro L.

El tuerto Solares era un famoso tuerto de Sucre. Se llamó en sus buenos tiempos el “cadete Solares”, luego el doctor Solares, y el periodista y panfletista Rodolfo Solares Arroyo.

Sucre, tiene otros nombres. Era la comarca de los indios Charcas, resabidos y civilizados, que el Imperio Incásico los conquistó y fueron buenos súbditos. También, lo que es hoy Sucre, se llamó Chuquisaca, La Plata y, finalmente en homenaje a un militar colombiano, moreno y de cabello rizado, mariscal de los ejércitos libertadores, se tituló Sucre.

Chuquisaca o Sucre, desde al colonia, fue una ciudad especial, llena de encanto y de gentes habladores e imaginativas, de doncellas católicas y de caballeros españoles y criollos feudales. No se parece a ninguna de América y aunque no ha pasado de los cuarenta mil habitantes se creyó siempre urbe por jactancia y por su inteligencia.

En esta ciudad nació el tuerto Solares como nació Jaime Zudañez, y tantos otros de talento y de agallas, que la memoria es corta para recordarlos.

Yo no sé por qué coincidencia, todos los tuertos de la ciudad han hecho historia y se los recuerda. Algunos todavía circulan en las charlas: el tuerto Sanjines poeta humorístico, agradable y lleno de imaginación; el tuerto Gómez excelente profesor de derecho cuyas clases eran verdaderas conferencias por su verba, su conocimiento y su actitud tribunicia; e tuerto Mendieta, con su ojo de vidrio, poeta festivo, lleno de anécdotas y de insolencias para propios y extraños. Una especie e Quevedo familiar, que sólo Sucre podía producir en esa época de abundante burla, de poesía y de riqueza. Chuquisaca ingresaba a su decadencia después de cuatrocientos años de señorío.

La ciudad ha dado todo lo que podía dar, desde el padre de la Calancha, autor e uno de los primeros libros de la Colonia (Crónica Moralizadora) hasta que aparecieron los pequeños cronistas y los estudiantes dedicados a la política casera, que son los intelectuales de la basura de Sucre.

Por eso, recordar a los tuertos de Sucre, es una hazaña. Fue la última élite que brilló y se expandió en la República.

La gente chuquisaqueña, tan española en sus dichos y las cholas en el pintoresco quechua, no podían hablar sin “citas latinas”, y su lenguaje era picaresco, mezcla de burla y de insinuación irónica, sin herir.

Los acontecimientos comienzan a esfumarse en la noche de los siglos. La gente ha perdido la memoria, y lo que es peor su alegre vivir, que eso era Sucre en sus buenos tiempos.

Ahora ingresamos a una etapa de “técnicos” que nos anuncian “felicidad y el progreso”, y lo que se verá dentro de veinte años!... Y no disponen de diez millones de dólares. Pero ya se puede anticipar lo siguiente: Bolivia, país mediterráneo y que ha sobrevivido a todas las catástrofes, se habrá convertido en país industrial, y lo primero que hacen es destruir su capital de inversión. Nadie vendrá a Bolivia por la desconfianza, la estupidez de sus gobernantes y de su clase directora. Todos los proyectos quedarán en el papel y los que surjan por casualidad serán robados como en todas las épocas. Pero me alejo del tema y no me interesa el “desarrollo” y tampoco los gobernantes que padecen de dislalia!

El tuerto Solares era un magnífico hijo de Sucre, fuerte, aguerrido y peleador, muy diferente de la mayoría de gentes pacatas y cautelosas que pernoctaban en los bancos de la plaza contando chismes de vecindario y atentos a sus sueldos de maestros, de pequeños rentistas y cultivando el cretinismo como la planta casera en su maceta. Los viejos ilustres con

mujer paridora ostentaban su apellido y sus mujeres, enormes nalgas bendecidas por el arzobispo.

El tuero Solares aparecía en este ambiente como una flor malsana y el aspecto no era de confiar. Llevaba un pañuelo de seda negro atado a la cara que le cubría el ojo dañado, sin alma, apenas un punto con horrible cicatriz a consecuencia de un balazo de rifle mauser que se dio para matarse cuando estudiaba en el Colegio Militar y le hicieron una injusticia.

Nadie le vio esa cicatriz pero sospechaban las gentes que debía fruncirle parte de la cara. Esas cicatrices que avergüenzas toda la vida. El pañuelo negro la protegía y el tuerto se veía rubio, bien parecido: alto, delgado, de buenos músculos y carácter locuaz. Gozaba de la simpatía de sus conterráneos que compartían sus ideas políticas, aunque los más le temían.

Sus ideas políticas eran simples: anticlerical, casi anarquista, liberal a sueldo del gobierno el general Montes, periodista, médico sin clientela aunque leía tratados y sabía. Lo que sabía era pernoctar toda la noche y emborracharse para luego agredir a alguien y, rendido, caer en los brazos de su amante la "Refojos".

Tenía sus virtudes en medio de sus borracheras: quería a Sucre la vieja capital que iba desmijándose después de tantos lauros, de tantas vanidades, y de tanta riqueza. Después de la revolución federal del año 1899 Sucre la vieja ciudad de la colonia, se vino abajo. Empezó a decaer la ubre de las minas de plata, las familias ricas se volvieron opacas y sin brillo. Y llegaron los "orilleros", los de provincia a instalarse en la capital. Ya no era Sucre.

El tuerto Solares no olvidaba este hecho y cuántas veces podía, en la euforia de las copas hablaba a voces desafiaba a todo el mundo.

Su historia es sencilla y no pudiendo soportarla volviese matón, periodista del gobierno y bohemio lamentable en las noches interminables con poetas de barrio y con mujeres alegres y abundante licor barato.

Había sido cadete de Colegio Militar y habiendo obtenido el grado de brigadier, por un motivo frívolo le revelaron y resolvió suicidarse como ocurre a los jóvenes hipersensible. Antes del suicidio quiso vengarse del comandante, ejecutándolo sumariamente. Lo esperó en la tarde y cuando pronunciaba unas palabras a los alumnos le disparó un tiro de fusil que le hirió gravemente. El autor era Solares del "cadete" y, viéndose perdido se disparó otro tiro que le atravesó la boca y salió por el cerebro dejándolo tuerto para toda la vida.

Recuperado en salud y maltrecho, se dedicó a estudiar medicina graduándose de doctor. Sobresalió en su nueva profesión porque tenía inteligencia y sentido de investigación, pero no ejerció ni curó a nadie. Convirtióse en escritor en los años 14 y 20 de este siglo. Publicó un libro que nadie lo recuerda, homenaje póstumo a su ciudad natal: "Chuquisaca se muere", escrito con pasión y la angustia que sentía por su lar. Sucre o Chuquisaca, ciudad señorial, la única desde la colonia hasta la República, se moría de verdad, puesto que había gastado sus rentas y aniquilado su cerebro siempre lúcido. Los ricos que sobrevivían eran pobres diablos con fortuna hipotecada, coches y salones con espejos venecianos, una vida regalada que nunca fue ganada con el trabajo.

Los grandes millonarios de otra época como los Arce, los Pacheco, los Lora, los Sainz, los Melgarejo, los Ibarnegaray habían gastado pródigamente su dinero hasta quedarse pobres. Reemplazó a esa aristocracia del dinero otra de la vanidad, cuya cabeza visible eran los "príncipes de la Glorieta" oleados y bendecidos por el Papa, la cual creó una sociedad al estilo de París en una ciudad de treinta mil y adornos sociales que daba risa.

Acababan de matar a la ciudad de los cuatro nombres! Porque nadie trabajaba y los matrimonios se hacían entre parientes para que nos se perdiese la sangre... Y el resultado fue lamentable a la primera generación. Y estas consecuencias las tuvo que soportar la ilustre ciudad.

Apasionado como todos los hijos de Sucre, el tuerto Solares vagaba y buscaba su entretenimiento. Conocía los nombres de todas las cholas y sus apodosos y le deleitaba repetirlos

en el hotel de Villarpando. Las “Blanquillas, la Selfa, la Hueso, las Cuatro Reales, la Pisco, la Racku Tucuyo, la Zamba, la Bernita Harriague, la Murobandola”, y también le gustaba divertirse con la “Fuente del Inisterio” que brotaba de una peña que según la tradición, desde la colonia, fue fuente de sabiduría de los chuquisaqueños ilustres.

Como era atrevido no daba cuartel a nadie. Sus polémicas fueron ruidosas. Un día atacaba a los buenos frailes y los ponía verdes. Otras veces le disgustaban las beatas y las hacía toda clase de travesuras. Una ocasión se le ocurrió al tuerto Solares trasladar la “Cruz de Popayán” de un barrio de Sucre a los suburbios, dejando un letrado que decía que la Cruz no podía tolerar que un cura fornicase con mujer casada. Se profesión a media noche y con todo el ornamento de la Iglesia, con aleluyas y música de armonio. Al día siguiente fue un escándalo de los más grandes en la ciudad católica y bendecida.

El tuerto Solares era adicto al gobierno liberal del “doctor-general” Montes, que en su primer período fue anticlerical; gozaba de las prerrogativas de los esbirros del gobierno y nadie le disputaba su título. Era fuerte, agresivo y matón. Redactaba una hoja periodística “La Mañana” en compañía del vate Claudio Peñaranda, gordiflón y poeta rubendariaco, étlico consumado y aficionado a la buena vida, a la charla literaria en medio de poetillas como se estila todavía en Centro América.

“La Mañana” era un pasquín temible y nadie se libraba de la garra de estoa pasquines a sueldo y los adversarios quedaban tan mal heridos que se les quitaba el sueño. Usaban y abusaban de la burla sangrienta, de la mentira y del ultraje con tal de cumplir su labor. Todo les parecía igual, el cinismo, la calumnia y la bajeza, jactándose entre copas de sus crímenes y de que destruían las telarañas de Sucre...

Esa costumbre no ha desaparecido en los medios periodísticos de Bolivia ni desaparecerá mientras no se haya superado en riqueza y cultura, pero a lo que vemos la cultura va para atrás y creo que es una exageración el decir que no hay en el país quinientas personas cultas entre cuatro o cinco millones de habitantes.

Pero me alejo del tema y lo que quiero escribir es sobre el famoso tuerto Solares.

Peleador, agresivo, dicharachero, deslenguado, era el azote de la población. Y como era fuerte y valiente nadie se atrevía con él. Doblaba a cualquiera de una buena trompada y luego le ayudaba a levantarse y le acompañaba a lo de un médico a reparar la lesión. Cuando entraba a un café las gentes se despedían y él tranquilamente utilizaba su revólver para disparar sobre los focos de luz eléctrica hasta que el local quedaba a oscuras.

No se le conocía asomo de cobardía y aunque tuviese que batirse con dos o tres les hacía frente, sufriendo golpes y recibiendo heridas.

Con el tiempo el tuerto se hizo famoso y yo, que estaba en los diez y ocho años y más, le admiraba a pesar de que me declaré enemigo político.

Claudio Peñaranda, poeta temblón y gago, hacía versos rubenarianos y se emborrachaba en las cantinas, siguiendo las enseñanzas de sus maestros franceses Verlaine y Baudelaire, en compañía de sus admirables discípulos el bate Guzmán Tellez que concluyó su vida en un asilo, el llamado “chino Arroyo” versificador natural y borracho de cantina gratis, y el poeta Juan José Campero, descendiente de los marqueses españoles del Tojo, los cuales admiran a Peñaranda a rabiar.

Habían otros que se distinguían en ese ambiente. El vatecito Ortiz Pacheco, locuaz e imaginativo muy superior al medio aunque muy joven y muy borracho disputábale el cetro al poeta Peñaranda y siempre se le veía acompañado del tuerto Mendieta, tuerto famoso en las letras y en las malas lenguas, con su ojo de vidrio y su cinismo que se burlaba de las gentes de Sucre como si se burlara de París...

Tal es el ambiente que viví en mis tiernos años. Sucre sobresalía a la mayoría de las capitales suramericanas y había tal desdén por las otras que lo que pasaba en Sucre, mínima capital, no pasaba en ninguna parte. Igual cosa debía suceder en Bogotá y Lima.

Las lecturas del tuerto Solares eran las corrientes para esa época: Vargas Vila en primer lugar, Luis Bonafoux el portorriqueño, Unamuno tal vez y los españoles del 98. Lo raro es que Carlos Medinaceli crítico comentado, al cual se lo recuerda hasta ahora, no se hubiera ocupado jamás de estos intelectuales de la culta Charcas. Medinaceli que también murió con la copa en la mano, es tan culpable como los que le precedieron, y ésta visto que en esas épocas había manía de imitar a Europa y todavía no se había descubierto América y menos Bolivia. Eso ha venido posteriormente pero ya sin gentes ilustres y sin esos individuos que han historia, que nadie los menciona.

Cuando no estaba embriagado el tuerto Solares era afable, irónico, expansivo y pleno de humanidad. Su charla entretenía y el matón que tenía adentro desaparecía. Era un ser introvertido en el estado etílico y ese trasfondo intocado que deseaba aparecer con todas sus cualidades de hombre, y sin embargo él las disfrazaba de asperezas. Entonces era otro, muy simple y muy humilde, capaz de sacrificarse por un amigo. En este estado se dejaba dar palizas tremendas por su amante la "Refojos", "chota" madura de Sucre, fornida y de aspecto viriloide. Era media rubia, alta y de abultados senos, con amplias caderas: "tal para cual, el tuerto y la "Refojos". Si no hubiera sido querida del tuerto Solares habría sido de algún militar faccioso, porque esta clase de sujetos generalmente eligen sus pares en la ley del instinto. La "Refojos" vestía falda de lana, blusa, mantón y zapatillas de charol. No era ni señorita de sociedad ni chola con polleras de bayeta. Agraciada y de labios gruesos, los ojos vivos y sus caderas movibles se imponían en el baile. Vivía en una tienda redonda, con puerta a la calle de Calixto, donde todas las noches había fiestas, juegos de azar y badulaques. Aunque pegaba al tuerto Solares cuando se recogía borrado y lo desvestía, sin embargo le temía. "Capaz no más de darme un balazo, este tuerto del demonio". Como el tuerto no le daba nada sino escasos centavos la "Refojos" organizó en la tienducha un puesto de venta al mercado. Y las noches que podía atendía a los amigos que venían a beber unas copas y les succionaba sus billetes. Entonces invitaba dos o tres bailadoras que con promesas de amor se divertían con los borrachos. Por lo demás la "Refojos" cocinaba bien platos criollos, fuera de que atendía al famoso tuerto como a un hijo, tolerándole sus debilidades humanas. Sólo tenía una obligación: adivinar lo que él deseaba: unos reñoncitos al vino, una criadillas o un asadito de lechón. Y abrirle la puerta de la tienda a cualquier hora de la noche, acostarlo silenciosamente sin preguntarle dónde había estado ni de dónde venía. Le succionaba los últimos centavos que encontraba en los bolsillos y dormían tranquilos con un café amargo para la borrachera del amante.

* * *

El vate Claudio Peñaranda sujeto rechoncho, escriba del gobierno de Montes, risueño y afectuoso entre copas, era temerario cuando escribía en el diario "La Mañana" editoriales a su sabor, condimentados con insultos y mentiras que hacían rabiar a los opositores conservadores. No faltaban los versos trasnochados, romanticones y llorosos de los poetillas que hacían coro a Peñaranda, que nunca pudo salir de Chuquisaca en viaje a París para emborracharse con los poetas franceses a los cuales adoraba. El tuerto Solares era amigo de Peñaranda y entre los dos distribuían mercedes a los pequeños intelectuales que buscaban acomodo en la vida. Pero su obligación era servir al gobierno montista y convertirse en matoncillos de barrio. ¡Lo que ha sucedido siempre desde hace cien años y más!

El tuerto Solares y Peñaranda, (que le temía al tuerto por arbitrario), con su hoja periodística hacían la vida intelectual de Sucre o Chuquisaca, la capital de la República...!

Era una hoja tan virulenta que cada día habían víctimas y el comentario sabroso. Ya se tratase de la joroba de don Luis Paz, viejo conservador, jefe de la oposición o del innúmero de intelectuales que merodeaban los predios de la literatura. La muerte era instantánea. El general doctor Montes, protegía a esta hoja y a sus partidarios que en su primer gobierno fueron anticlericales y cerraron convento de monjas, luego en su segundo período, el doctor Montes volviese conservador y el liberalismo no tenía esencia sino politiquilla de vecindario, transó con todos los que querían sostenerlo. El doctor Montes estaba rico y sus partidarios de primera fila también. Quedaban los partiquinos, los periodistas y los intelectuales a quienes le distribuían migajas para que no se murieron de hambre. Esto ha pasado ayer y hoy.

El tuerto Solares y Peñaranda intelectual etílico, se excedían en sus ataques a hombres indefensos como el presidente Balcázar, director del diario conservador "La Capital", pobre

hombre y sufrido, que tuvo que soportar durante años el veneno de “La Mañana”. Alguna vez el señor Juan Manuel Sainz, millonario sucreño de la decadencia, dedicada a las letras salía en defensa de los derechos del pueblo que eran los de él, pero daba inmediatamente lugar a que le refutasen los liberales montistas, aplicándole toda clase de sarcasmos. Sainz contestaba en términos castelarianos y con altura para producir nuevamente la risa de los intelectuales étlicos.

Este duró muchos años. Los de “La Mañana” les decían clericanallas. Los de “La Capital” y “La Industria” replicaban: “esbirros, paniaguados, sicarios, hijos de la calle”, etc. Solares y Peñaranda entre un trago y otro, festejaban sus ocurrencias, rodeados de sus admiradores, pobres diablos de la prensa de entonces y de sus contertulios.

En estos trajines se le ocurrió al curita Fernández de Córdova sacar a luz una hoja de combate que la bautizó con el nombre de “El Cruzado”. Se vendía esta publicación en las puertas de las iglesias y los fieles la reclamaban como hoja de la fe y de la creencia del pueblo. Los redactores de “La Mañana” idearon un pasquín con el nombre de “El Vigorón”, medicina que en esos días se hacían propaganda como reconfortante de la salud. Inmediatamente el pasquín fue puesto al índice por las autoridades eclesiásticas y excomulgó a los redactores y a los que se atrevieran a leerlo. El verso y la sátira de “El Vigorón” era de mejor calidad que la de “El Cruzado” sin duda, pero no podía circular porque las beatas se hacían cruces y lo maldecían. Para subsanar este inconveniente se les ocurrió a los de “El Vigorón” convertirse en “El Cruzado” mediante el disfraz de la cubierta. Las páginas interiores eran del pasquín excomulgado y todavía más virulentas y feroces que las beatas que compraron por engaño esta vez, no sólo se hacían cruces si no que pedían ser exorcizadas al instante.

En las noches de luna los badulaques cantaban con guitarra coplas de “El Vigorón” y sus correspondientes letanías. Posiblemente nadie conserva ejemplares de esos diaruchos que, aunque pasquines, estaban escritos con malicia y habilidad.

El vate Peñaranda padecía de un defecto, de no poder expresarse con soltura, porque tenía la lengua trabada. En cambio el tuerto Solares era lenguaraz arbitrario y le importaba un bledo que lo elogiaron o le combatieron. Le gustaba divertirse con las gentes y atemorizarlas. Se indignaba cuando le cobraban las cuentas, especialmente los tragos.

Se le recuerda en Sucre como el demonio terror de las beata madrugadoras que iban a la misa. Era también lo que en sexología se llama “exhibicionista” y lo hacía con las beatas en los templo. Una noche, estando entre copas se dirigió a la policía y luego de expulsar al comisario de turno se acostó en su cama, cerrando las puertas del local hasta el día siguiente, hacia las diez, hora en que se levantaba. El incidente no tuvo consecuencias porque se trataba del tuerto, amo de la política local. Lejos de culparlo, festejaron la ocurrencia. Los gendarmes se pusieron a disposición del él y le sirvieron el desayuno con cerveza y un buen lomito de res.

Años más tarde cuando había caído del poder el gobierno liberal lo encontré en La Paz sin empleo y sin dinero. Andaba de un lugar a otro, sin rumbo y no sabía qué hacer. Yo había sido enemigo político de juventud pero le tendí la mano, sin rencor, olvidándome de sus bellaquerías.

El tuerto Solares no se había corregido y le interesaba poco lo que ocurría en el país. Bebía con exceso y se burlaba de todo el mundo. Trajo a su amante la “Refojos” a La Paz y se alojaron en un hotelucho muy próximo a la Plaza Murillo. Fue en esa época que él se hizo mi amigo y confidente de todo un pasado turbio y risueño. Me hacía sus confidencias y festejaba sus aventuras con un desenfado algunas veces colorido, otras siniestro. El matón se volvió humilde y deseaba sobrevivir a la ventura, pero tampoco tenía ninguna esperanza.

Poco a poco fue decayendo en ánimo y vigor, y una mañana que la “Refojos” fue de compras, tomo un fusil mauser que lo llevaba siempre consigo y se disparó un tiro haciéndose volar el cerebro en pedazos. Momentos antes había escrito en un papelucho, en líneas gruesas y con desdén: “me mato porque me da la gana”...

Fue su adiós y nunca más se volvió a hablar de él.

Yo le recuerdo como uno de los hombres más temerarios que he conocido.

En la Plaza Murillo a esa hora temprana, se oyeron unos gritos de mujer que pedían socorro. Era la “Refojos” que volvía y encontró a su amante tendido en un charco de sangre y esquivadas desparramadas por el suelo; de ese hombre que no conoció el miedo, duro, terrible, tan loco y fuerte que desafió al mundo. La muerte lo envolvió en una neblina que fue desvaneciéndose hasta convertirse en nada.

La Paz, 1920.

EL “DIVO” Y LA TONTERIA DE LAS MUJERES.

Una Charla de Café

Sabiduría querrás decir — interrumpió el viejo echando largas fumadas de su pipa—. No hay mujer tonta en el sentido práctico. La más infeliz, la arácnida, la deforme que camina con las piernas torcidas y tiene los senos flojos, posee siempre el imán de atracción que le ha dado la naturaleza para defenderse del hombre y someterlo, explotarlo hasta que no le quede una gota de sangre. Y la intuición formidable, adivinatoria para alejarse de los bolsillos vacíos o cuando sabe que estarán vacíos dentro de poco, porque ella no quiere caminar a tuestas y caerse en mitad de la calle. Es la sobreviviente en todo caso de las catástrofes mas tremendas que ha tenido que soportar la humanidad a través de su triste historia de millones de siglos. La vez que los hombres en actos de conmiseración o de amor le dicen “pobrecita”, ella recoge el mimo con la lengua y pide más. Es una equivocación que se paga bastante caro eso de que la mujer se apasiona del hombre. ¡Puede que sea así en los comienzos de su carrera!

—Supongo que no desearás hablar tú solo —arguyó Lucho— periodista de agallas cuyas excelentes cualidades de bibliotecario y de galán las cotizaba cuando encontraba alguna vejancona literata, aunque ya había perdido muchos cabellos en la coronilla y se deslizaba pícaramente a ser uno más en el club de los calvos.

—Este café de Yungas es magnífico — opinó Olmedillo pidiendo a la dueña de casa otra poción.

—Lo dices por patriotismo — le replicaron — o porque tiene necesidad de cafeina en dosis extraordinarias para estimular tu poesía.

—Lo que es bueno se debe elogiar. Es natural que en un “instante nacionalista”, degustemos lo mejor que tenemos: el café.

El viejo volvió a echar bocanadas de humo de su pipa y con cierta malicia pretendió que los poetas jóvenes que habían en la República por centenares hiciesen estadística de las poetisas bonitas que alumbraban el cielo patrio.

Las hay preciosas y adornadas de un talento extraordinario —dijo Olmedillo — tomando un papel escribió: Alcira, Yolanda, junto con Elena, mujeres de América; etc., etc...

En la mesa redonda del bar los tres amigos sorbían la esencia a tragos pequeños tiñendo los dientes y la lengua de tintura negra. Bocanadas de humo se iban pausadamente en tanto la discusión alegre continuaba alentada por las contradicciones sagaces y la burla que era también una manera de expresarse en tiempos míseros.

El viejo pidió una copa de pisco y le trajeron algo fabricado con cáscaras de durazno y tal vez de zapatos viejos.

—Esto si que está malo — exclamó — no protesto por patriotismo sino defendiendo mi salud. ¿Mozo no tiene usted de otra marca o por lo menos pasable?

Le enseñaron varias marcas con elegantes etiquetas y todas de la misma procedencia: el delito en las etiquetas y el crimen en el contenido.

El mozo, un mestizo experto y nacionalista, salió al punto a defender el producto, alegando:

—Combatimos a la sociedad por encargo del patrón que es un reaccionario y que ha hecho fortuna con los piscos mal fabricados. Nos ha dicho que su obligación es liquidar a los ciudadanos independientes y desacreditar la producción nacional por antihistórica. ¡El bebe whisky...!

Reímos de buen grado y jamás nos habíamos tropezado con un fenómeno, felicitándolo por su espontaneidad.

—Pero por lo menos, déjenos con vida a nosotros insistimos, poniéndole un billete de a mil, devaluado.

—Gracias —nos dijo,— yo soy lector del poeta Jaime Saenz y de alguno más que viene a este local y no paga el justo consumo. A pesar de que tengo estrictamente prohibido por el patrón les voy a servir un singani de uvas que es muy superior al coñac francés, si me lo permiten.

Gustamos el delicioso singani que trascendía a unas moscatel y nos reconciliamos con el país que estaba en plena transformación “nacionalista”, bebiendo licores falsificados y ruines. Y así en todo...

—Y a propósito —dijo Olmedillo — saben que se casó Uris.

—¿Quién es Uris?

—La mozuela esa. ¿No te acuerdas? Sí, te debes acordar, creo que fue tu novia. Aquella que todas las mañanas aparecía por el Prado luciendo tocados baratos, confeccionados por la costura de la vecindad. ¿Esa mocita?

—Las hay tantas.

Y se extendió el poeta sobre la insignificancia de Uris, entre la indiferencia y el hastío de sus amigos.

—Nuestra sociedad es de calco. Hay muchachas que sueñan con galanes de cine y jugadores de “football”. Nuestras abuelas de bigotes y nalgas apuestas, mucho más mujeres que la de hoy, soñaban con los guerrilleros de la independencia, con los doctores, los generales y los domadores de circo. Los tiempos han cambiado. Tengo una primita que le gustaría ser robada por el actor Cooper, y como en Bolivia no los hay, se ha dejado robar por un malandrin. Casi todas hablan de los hombres que ven en el cine de anchas espaldas y cintura estrecha. El cine ha producido la mujer zoológica de un dedo de frente, con la mentalidad de la mosca, cuyos hijos tendrán frente más estrecha. Las generaciones del año mil novecientos noventa y nueve, aún con los aparatos técnicos a la mano es posible que canten el himno nacional en cuatro pies y pasten en los jardines de instrucción al paso que vamos, ya sin gusto para la poesía y la aventura. Nuestro ministro de Educación que se jacta de reformador, preparar actualmente unos programas. Hemos avanzado en la técnica (quiero decir en la impostura) y lo que se ve en la sociedad es un animalidad “fútbolística” que comienza en las peluquerías y termina en la Universidad.

Arrancó carcajadas Olmedillo y sus amigos le felicitaron.

Olmedillo era un poetilla surrealista, esmirriado y de una debilidad corporal que había que protegerlo, pero de una exhuberancia verbal que llegaba a la temeridad; usaba gafas negras para disculpar sus ojillos curiosamente insinuantes y lúbricos, aunque a decir verdad ocultaba su imaginación y su excelente apetito cuando con precipitadas frases discurría sobre el amor. Pero algo había aprendido en los avatares de la vida, distinguiendo de qué lado salía el sol...

Lucho, el periodista, con voz compungida de galán en receso, se atrevió a intervenir en la charla, expresando:

—Una mujer que no lleva firma de oficial del registro civil y óleo del cura, no puede cohabitar alegremente porque se siente defraudada. Otra cosa es el amante, pero eso lo aprende muy tarde, que es el único que le enseña amor. No obstante comete pecados tremendos y efectivamente pone cuernos al marido cuando va al cine o cuando pasea de brazo de él y se topa con deportista, “divos”, cantores de tango, seductores de barrio y finalmente cuando recibe la bendición del cura, el amigo afectuoso de la casa.

Olmedillo se quitó los lentes y los limpió cuidadosamente. Se le vieron sus ojos turbios y confusos, con la pasión que pretendía salir y expandirse. Luego se puso a comer pedacitos de queso y cebollitas en vinagre explicando que le gustaban mucho. Pero le gustaban tanto que no dejó una sola en el plato.

—Es una manía —disculpóse— el vinagre despierta la imaginación.

—Sin embargo no hay que abusar porque te puedes lanzar a los abismos como cuando te proporcionen dos docenas de ostras y un par de doncellas.

El viejo intervino y con mucha laxitud, explicó:

—Las jovencitas poseen experiencia ilimitada del amor por instinto, pero nunca gozan como las mujeres de treinta y cinco años. Digo que las jovencitas jamás pueden sentir lo que esas respetables damas casadas o solteras que se dedican al culto. Una jovencita piensa en los ángeles de iglesia y en las estampas de la primera comunión a pesar de sus ardores y cosquilleos que los ocultan con hipocresía refinada. El amor, para ella, es incógnito; por eso está dispuesta a la transgresión cuando puede y sale de la zona prohibida de la sociedad y el prejuicio. Luego vienen el cine y los bailes absurdos con muchachos también absurdos. En la casa se deleita con la mala litografía italiana de santos y querubines, pérfida y corrompida del gusto estético. De ahí que sus primeros amores sean, por así decirlo, evangélico, pueriles y tontos. No obstante he conocido a una muchachita enamorada de un hombre ya maduro, el cual la ilustró y la hizo su amante. Si no poseen esa suerte, las jovencitas tienen que sacrificarse con maridos de una brutalidad que espanta. De ahí el fracaso de cientos y miles de matrimonios...

—¿Y ese hombre maduro tenía algunas condiciones?

—Era hombre de mundo.

Lucho hizo uno de sus acostumbrados gestillos, tiróse de la nariz sonriendo. Olmedillo continuó como si saliera de una academia y le hubieran encargado la propaganda de las cualidades del “divo”.

—Para mí en estas tierras —dijo— la mujer es horriblemente retardada. En verdad posee tontería hereditaria, que data de los abuelos españoles que la hicieron consentir que el honor, la decencia, están situados en el himen, aunque ella sea una corrompida moral como acaba de repetirnos el viejo. No importa que ella haya hecho ejercicios de piano con los dedos y recorrido la gama entera con tal que el hombre casadero crea en su virtud. Además las mujeres de esta tierra y de otra quieren anidar muy jovencitas sin conocer el amor. No piensan por el momento en el “Divo” sino en el “Diván”. El “Diván” es lo confortable, lo que ofrece prosternarse ante el cura y dejar su impronta en la oficina del registro civil. El “Diván” es el elegido por las madres, naturalmente, con buenas letras bancarias o propiedades. Pero una vez que ha sido atrapado la mujer se divierte a su antojo. No importa que el “Diván” sea feo, gordo, de ojos saltones e inclusive huelan mal. La mujer, debo confesarles, amigos míos no tiene olfato. Le interesa sólo una cosa: vivir bien. Y procrear... y tener hijos. Uno que otro celo innecesario y sin trascendencia. En la antesala de la imaginación está el “Divo”, el hombre soñado, el estúpido, con el cual, si se presenta la ocasión puede engañar al “Diván”. Además uno que otro cuernillo bien puesto produce la armonía en el hogar...

Lucho, saboreando el singani de uvas, al mismo tiempo que protestaba por la industria casera encargada de liquidar a los patriotas del país, honestos ciudadanos y de buenas costumbres, que daban a los mozos billetes devaluados de a mil, se atrevió a decir:

—El matrimonio en resumidas cuentas es una manutención por treinta o cuarenta años seguidos. En cuanto al “Divo” es complejo del cine mexicano, el peor de los cines del universo. Las mujeres viejas se deleitaban con novelones de Carolina Invernizzio y toda es literatura de trastienda de personajes sucios, caricaturescos, imbéciles y pornográficos. El mal gusto de la literatura italiana ha sido superado por el cine mexicano. Hoy día volvemos a lo mismo. No hay casa honesta y de buenas costumbres que no tenga la radio encendida para oír los novelones de amor que vienen de México. El malandrín buen mozo y consentido, elevado a la categoría de héroe, suficiente para llenar la mentalidad de las muchachas iletradas de provincia. Uris, de la cual hablamos hace un instante, no es una excepción de la regla: tontilla, sus gustos y sus feos vestidos delatan el mal funcionamiento del tiroides. Ha logrado la suprema aspiración de su vida ayuntándose a un tal por cual, pero en el fondo deseaba casarse con un “Diván”, juntar dinero y recrearse en su propia tontería. Uris andando el tiempo tendrá hijos que honrarán a la especie zoológica, tal vez algunos nazcan con dientes ni más ni menos que sus abuelos para coincidir en la sangre y la ascendencia mosaica.

Olmedillo opinó que había que amara sin escrúpulo alguno, cuando la naturaleza estaba henchida, aprovechándose de la flor de la edad.

El viejo interrumpió, sin ánimo de contradecir: los grandes amores sin embargo han sido de los hombres que han pasado los cuarenta años. Casanova por ejemplo. Los jovencitos hacen el amor como los insectos; se ayuntan en el aire o en cualquier parte sin regusto y sin arte, degradan el amor que es un rito y que puede ser una religión.

Lucho que conocía a las mujeres vejanconas por el trato diario, fuera de que gozaba de la amistad de las agraciadas y bellas poetisas cuyos triunfos enaltecían el parnaso nacional, interrumpió con suavidad:

—Las mujeres, si las analizamos a la luz de la experiencia, no son estúpidas. Cumplen con la misión que les ha dado la naturaleza y gozan a sus anchas, examinando minuciosamente como el cambista el valor de las monedas. Ellas no tienen otra cosa que dar... pero si la dan lo hacen de aburridas y ociosas, rogando como el alquimista guardar el secreto. Y se refocilan diez veces más que los hombres, aunque no lleguen al orgasmo, pensando en las joyas que les van a obsequiar y en lo que ellas con una sola mirada ya se han apoderado. Y todo esto suave y deliciosamente ante la animalidad del varón.

—¡Ah, si yo fuese mujer! — dijo uno de los amigos.

—¿Qué harías?

—Explotaría a los hombres y viviría de ellos.

—Pero si justamente es lo que hacen desde el tiempo de Moisés y mucho antes.

Olmedillo comedido y poético, con dos copas demás, exclamó:

—El amor es gratuito como el sol, la lluvia y el canto de los pájaros, como Dios.

—Todo eso sucedía en los antiguos tiempos, hoy está tecnificado, enjaulado y atomizado. Olemos a cadáver y a una fatigosa ciencia. El canto ya no es canto y el amor vive en los sótanos en las casas de crédito, — dijo el viejo sin rencor ni ironía.

Apareció en el café Orteguilla pintor de éxitos, menudo, suave y de aspecto melancólico y triste. Cuando hacía exposiciones alguna vez y le chorreaba dinero abundante comía por cuatro en los mejores restaurantes; después ya nos comía y pasaba divagando sobre arte en un país pobre, donde los más ricos tenían en sus salones retratos de matrimonio, y como sumun de aristocracia alguna que otra litografía y la cena de Jesús con sus discípulos enmarcada en marcos de plata.

Como era de una tenacidad a prueba y de una absurda testarudez, moviendo los ojillos morenos y blancos, intervino como si fuera juez:

—El amor es cerebral y no hay otra clase de amores. Que no me digan que brota de los cuerpos, y porque es cerebral es misterioso. Se puede fornicar en plena juventud más de una vez pero cuando uno lo hace tiene que buscar el encanto del matiz. Mejor si la mujer no habla, no discute y no interviene sino en calidad de modelo. Las mujeres bellas y brutas además de explotar a los hombres se dejan poseer sin amor. Su amor es muy parecido a los animales de las cuadras.

El viejo con piedad — exclamó también piadosamente, de acuerdo a su técnica:

—Las mujeres son compañeras que Dios nos ha dado para que no ayuden en los momentos difíciles — ¿y qué momento más difícil cuando uno desea amar y no posee un centavo? — pero generalmente nos abandonan cuando sienten el peligro de la inseguridad y del naufragio. Su instinto (que es un radar perfecto) les anuncia la desgracia y jamás se equivocan. Por otra parte el amor es una anécdota, un episodio divertido, un poema inconcluso que los poetas quieren que dure sin conocer las leyes físicas de la luz y el movimiento de los astros. Alguna vez se complica con sello legal pero esto ya no es amor sino contrato civil. Las mujeres son como son: cálidas según las circunstancias, cuando sienten en la casa el calorillo de la fortuna y la vanidad del triunfo. Inquietas cuando la barquilla amenaza zozobrar y no hay respuesta al mañana. Las mujeres desinteresadas sólo existen en las novelas y no son de este planeta. Las que habitan la tierra tienen necesidades apremiantes y esto no se lo puede resolver con besos.

El viejo calló y se encerró en su mutismo. Era un viejo mezcla de sabiduría y de absurdo al cometer en su juventud los peores desatinos. Quiso reformar el mundo pero estaba delante la mujer que es la levadura y esencia, tropiezo y risco, altitud y bajeza y en realidad la biología de los seres humanos se encuentra en los genes y los cromosomas desde el comienzo del mundo. Y así será por los siglos de los siglos...

Olmedillo ya bastante chispa con los tragos de singani quiso poner la nota final al expresar:

—Aparentemente las mujeres son románticas entre los diez y ocho y los treinta y cinco años — esa es su trampa...— Hasta que descubren el sexo. Lo más poético y elemental para las tempraneras y las otoñales. Ningún manjar lo iguala. Puede la mujer desafiar la injusticia y la injuria, aun el desprecio pero jamás ese manjar que se anida primero en el cerebro y que conduce a la locura y a las más delicadas elaboraciones mentales como la de esa monja de Portugal de veinte años que, al enamorarse de un estúpido oficial francés del ejército de Napoleón, escribió las cinco cartas más hermosas que se han escrito en el mundo sobre el amor. Ellas saben la hora precisa, lo milésimos de segundo; conocen el instante y se dan. Nadie las puede sujetar y el sexo vence a la vida y ya no les espanta morir. La mujer busca al hombre, al muy hombre, porque en su yo interior late permanentemente el súcubo. Y en el segundo en que lo encuentra puede ayuntarse con el rey o con el plebeyo, con el asno de Apuleyo o con el perro de la casa, en la relajación de los sentidos. Y su curiosidad no tiene límites...

Se despidieron alegremente, intentando la charla esclarecida que siempre ha perturbado el mundo: la mujer...

La Paz, 1955

CARLOS SALAZAR Y MARTINEZ

Le ofrecí a Federico Ostria Reyes, íntimo amigo mío, escribir sobre este personaje anónimo que hoy nadie lo recuerda, representante de la clase media de Bolivia, muerto cuando tenía veintisiete años. Muerto miserablemente en 1952 en una de las calles de La Paz, en una "revolución" sin tomar parte en ella. Más bien asesinado en circunstancias terribles sin que en su ánimo y en su alma hubiese el menor deseo de dejar este mísero planeta.

Carlos Salazar y Martínez deseaba vivir. Vivía en la tierra florida y su ambición diaria era superarse.

Su muerte por eso fue un accidente fatal que le avergonzó y aún su alma debió sentir pudor, encontrándose tendido en la morgue con un letrado que no coincidía absolutamente con sus aspiraciones de nobleza y de petimetre criollo bien afeitado, elegante y displicente. En las

tablas de la morgue no aparecía su personalidad, “su nombre hidalgo de Carlos Salazar y Martínez” que tanto lo había cuidado él, ostentándolo en tarjetas de fina cartulina y en las presentaciones a sus amistades, en el paseo matinal de “El Prado”, a las once de la mañana en la ciudad de La Paz.

Carlos Salazar y Martínez estaba reemplazado por un cartel vulgar en el que se leía: “Juan Choque”, nombre indígena de algún combatiente heroico del altiplano que se sacrificó por la revolución libertadora... como todas.

Aquel que lo bautizó estando muerto y le quitó la prestancia y la vanidad de su apellido español fue posiblemente un empleado de sanidad que deseaba abreviar su trabajo estadístico lo antes posible.

* * *

En vida Carlos Salazar y Martínez era un mozo apuesto, delgadón, locuaz y dispuesto a todo con tal de sobresalir en la escala social. Hablaba a la manera argentina, abusando de la jerja rioplatense, cotizando a las mozuelas que veía con ese lenguaje doméstico y primitivo de los gauchos como si se tratara de legumbres o platos asados a la parrilla. Decía así: “esa churrasquito, es potranca o esa papita”, términos pintorescos en los que se confunde o se conjunciona el yantar con el apetito sexual y se identifica la yegua de ancho belfos con la mujer.

Pero en los labios de Carlos Salazar y Martínez tenían mucha gracia, porque imitaba a los argentinos petulantes con quienes había convivido algunos años y los ridiculizaba en el fondo, imitándolos por lo bajo como si el destierro en Buenos Aires le hubiese dado patente de “compadrito” y galán honorario de cabaret barato.

Aún en el andar parecía argentino: contorneaba su cuerpo y lo explotaba como arco de violín simulando pasos de tango. Si veía una buenamoza de deslizaba un requiebro halagándole su vanidad. No había feas para Salazar y Martínez y todas le servían... Además su cabello brillaba de gomina y uno que otro mechón como ala de cuervo le revolaba por la frente morena.

Alma simple y buena, Carlos Salazar y Martínez, trabajaba en publicidad y se movía todo el día ensartando a unos u otros con ese juego de lagartija y esa labia que poseía, explotando vanidades, contándoles “chascarrillos aprendidos” y algunas historias locales, hasta penetrarlos muy bien, y entonces los succionaba a su antojo, recolectando billetes que los gastaba con elegancia, si la ocasión se ofrecía en una rueda de whisky. Su pretensión era vivir a lo grande, como en el cine, con cuenta corriente, como en los Bancos, aunque los fondos no pasaban de unos dos a tres mil pesos, hablaba de su heredad y de su apellido con respeto: los Salazar y Martínez se perdían en la noche interminable de la colonia...

Su más grandes placer era acercarse a ciertos amigos que él los consideraba aristócratas locales, tomarles el brazo y tutearlos en público, como lo hacen los nobles españoles en la “Peña” y dar una que otra vuelta por El Prado para que la gente le viese ¡qué clase de amistades eran las tuyas! Creía en su simpleza que de esa manera su apellido sonoro se cubría de gloria y se elevaba en categoría social.

Hablaba de sus conquistas amorosas toda vez que podía delante de Federico Ostría y de mí, y displicente nos enseñaba su cuaderno de notas con las citas que le daban sus enamoradas... Nosotros nos divertíamos con este mozo locuaz y le concedíamos amistad porque era agradable, sano y servidor, basta que le creyéndose hombre de mundo... Nos daba la mano como un perfecto caballero y nos preguntaba por la salud, la familia e incidentalmente por los negocios. Andaba garboso, taconeando con la importancia de un millonario.

Toda la frivolidad de su juventud y su esencia simplista se notaban en seguida. Pretendía estar cabalgado en la nube y mirar el mundo desde una estrella, jactándose en sus arrebatos de “irresistible”, una especie de Casanova familiar en el primer curso, con nociones elementales de amar, desviado cuando hablaba con “birlochas” y no le entendían. Seductor de mujeres de cabaret fáciles y cotizables, héroe con las prostitutas al extremo de jurar que nunca le habían cobrado. Fanfarrón siempre, cuando por azar, alguna mujerzuela casada le sonreía y entonces brillaban sus ojos pequeños y ariscos.

En su círculo, clase media arribista, en el mundo que frecuentaba Carlos Salazar y Martínez e hacía notar inmediatamente por su movilidad, por las promesas que brotaban de sus labios, por su enorme aspiración de figurar y de ser más que un agente de publicidad. Confundía voluntariamente “publicidad con publicista” y ostentaba así en sus tarjetones: “Carlos Salazar y Martínez: Publicista”.

Para satisfacer el ansia de figuración, su caudalosa sed de vivir y de ser alguien en el ajedrez de una sociedad de rastacueros se hizo político, pero cosa rara, no para usufructuar ni recibir mercedes sino para llevar el “estandarte del Partido” por las calles, en manifestaciones ruidosas, plantado en el pecho, como las hacía “Falange Boliviana”. Entonces Salazar y Martínez aparecía en El Prado con la cabeza erguida, el cabello engominado caminando con paso marcial mientras los demás le seguían fanáticos y orgullosos. Entonces él, detrás de los pliegues de la insignia, veía a las mozuelas y les hacía guiños inteligente, satisfechos del “papel histórico y político” que la vida le daba para que la representase.

En su ingenuidad creíase héroe, sospechando que las gentes se ocupasen de él y murmurasen por lo bajo: “ahí va Carlos Salazar y Martínez”, porque había que agregar los dos apellidos sonoros con los que se le conocía.

* * *

Su muerte fue de lo más absurda y horrible.

El día 9 de abril de 1952 salió de su casa a dar unas vueltas por las calles convulsionadas. Se combatía en todas partes, se moría a cada paso. En todas las esquinas y en los techos franco-tiradores disparaban sobre los soldados regulares y los transeúntes. Carlos Salazar y Martínez se detuvo frente al “Colegio Americano” en la calle Ecuador y ganó el refugio de una puerta hasta que una ráfaga de ametralladora vecina se apagase. Esperó media hora, esperó mucho más hasta que no hubiese peligro alguno. Vio pasar a las gentes con prisa, luego una a una. No quiso salir de su refugio aún. Por fin se atrevió como esos animalitos tímidos. Volvió a su escondite. Arreglóse la corbata, alisó sus cabellos y atravesaba la calle silenciosa hacia el atardecer cuando por su mala suerte funcionó la ametralladora en ese preciso instante y le partió el cuerpo a balazos cerca de la acera. Cayó muerto y estuvo tendido toda la noche en la calle, sucio de sangre y de barro. Su propia sangre le servía de mortaja. Sus ojos pequeñitos y abiertos asombrábanse de la muerte...

Lo más curioso es que él nunca quiso morir.

Pero estaba la muerte en sus labios apretados y sus brazos descompuestos y laxos se prendían al polvo de la tierra.

Vino la noche y vinieron las turbas a desvestirle y robarle sus prendas. Comenzaron por el reloj de oro, luego los pantalones y la camisa, el saco, la cartera, los zapatos y los dejaron en cueros, escupido y pisoteado. Lo volcaron a tierra y lo dejaron así hasta que una ambulancia se lo llevó a la morgue.

No existía más Carlos Salazar y Martínez...!

* * *

En la morgue alguien apresurado y con el deseo de identificarlo le puso un cartelito sobre el cuerpo desnudo y sangriento: Juan Choque.

Nombre indígena, aimara, que no coincide con el de Salazar y Martínez.

Había allí muchos muertos y la mayoría eran pobres obreros, indígenas recogidos en las calles.

Pasaban los familiares revolviendo cuerpo y heridas en el afecto postrero de encontrar a sus seres queridos para enterrarlos en la ley de Dios y derramar una lágrima y una flor. El

cuerpote Juan Choque permanecía tirado en un rincón con el cartelito sin que nadie se acordase de él.

Por una rara casualidad un estudiante de medicina pasó delante de Juan Choque y de fijo en el cadáver que nadie reclamaba.

—¡Pasó si es Carlos Salazar y Martínez! — exclamó.

Efectivamente era nuestro amigo, muerto en la calle por una ráfaga de ametralladora, herido en su vanidad aún después de su fallecimiento, con la agravante de que él, que tanto cuidara su apellido en el postrer instante, un extraño le había jugado una mala partida confundiéndolo con el portero de los fabriles.

* * *

Carlos Salazar y Martínez muchacho cordial, interesante a su manera, vivaz y lleno de euforia se fue de la tierra a los veintisiete años. Amaba la aventura, bailaba bien, gustándole las mujeres y el vino. Nos quedamos fríos Federico Ostria y yo al saber la noticia de su muerte y en circunstancias tan horribles, cuando acababa de comprar "Vidas Paralelas" de Plutarco, para ilustrarse!, cosa rarísima en un boliviano...

La Paz, 1952.

© Rolando Diez de Medina, 2007

[Inicio](#)



TRISTAN MAROF, el "viejo soldado", escritor y político boliviano, es demasiado conocido en los medios revolucionarios y literarios de América; ha recorrido los cuatro puntos cardinales de la tierra, luchando y sufriendo como un apóstol por sus ideas. Exuberante de vida y energía, su obra siempre se mantiene expresiva y seductora.

Actualmente, vive tanto en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, como en la ciudad de La Paz.

Con este libro Tristán Marof se desprende de su acostumbrada tendencia polémica para emerger con una prosa emotiva, ágil y penetrante, saturada de fuertes vivencias humanas.

"RELATOS PROHIBIDOS". constituye un libro apasionante que recoge imágenes verídicas; son confesiones de instantes vividos; confidencias más que historias; relatos de un intenso dramatismo o de una ternura cristalina.

Marof sabe, a ciencia cierta, que el alma humana es un universo misterioso y como cábala mágica nos entrega 13 relatos, con sencilla elegancia y estilo moderno, ágil y fantástico.